



575

5675





BIBLIOTECA FRANCISCANA.



**APUNTES**

DE UNA VISITA

**A TIERRA SANTA.**

*ms. 5. 2. 1. 1. 1.*

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

PHYSICS

PHYSICS DEPARTMENT

APUNTES  
DE UNA VISITA  
Á TIERRA SANTA,

POR

el R. P. Fr. Rafael Sans,

missionero apostólico,

ex-guardian y ex-prefecto del Colegio y misiones de la Paz, en Bolivia;

ex-definidor general y Comisario visitador apostólico

de la Provincia de Franciscos de Chile.



BARCELONA:

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, bajos.

1873.

APUNTES

DE LA VISITA

A TIERRA SANTA.

TOM

el R. P. Fr. Rafael Sana.

*Es propiedad.*



BARCELONA:

IMPRESORIA CATORRA, P.º 11, 1890.

1890.





A. M. D. G.

APUNTES

DE UNA VISITA Á TIERRA SANTA.

I.

**Introduccion. — Salida de Roma. — Llegada á Alejandría. — Nuestra iglesia. — Ferrocarril. — Gran-Cairo. — Nuestro convento. — Mezquita. — Cairo viejo. — Cementerio. — Entierro turco. — Boda. — Fuentes. — Monjas. — Regreso. — Abd-el-Kader.**

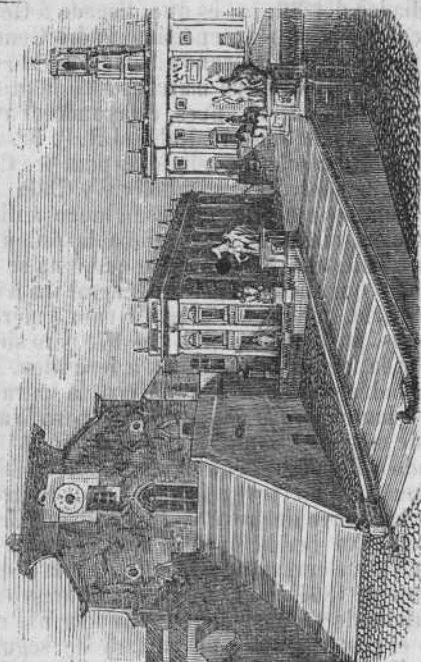
¿Por qué escribo estos apuntes? Para dar alguna idea de los Santos Lugares á mi querida madre, deudos y amigos, que probablemente no

irán á verlos, y para inspirar alguna devocion mas á los que quisieren leerlos. Muchos han escrito ya de Tierra Santa, y con mejor estilo y mas alto objeto. Pues bien; pido que se me lea con la indulgencia que se lee el último é inferior de todos ellos. Empecemos.

Desde mis primeros años de religioso nutria el vivo deseo de ir á visitar aquella parte del Oriente en que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob habia obrado tantas maravillas, y en que su divino Verbo se habia dignado habitar entre los hombres, enseñar y redimir con su sangre á los pecadores. El valle de Mambré y el de Josafat, el mar Muerto y el de Genesaret, el Jordan y el Cedron, Sion y el Tabor, Jerusalem y Nazaret, Belen y Betania, excitaban en mi espíritu una especie de entusiasmo indefinible, que me hacia decir, como el Pastor de Madian, *Vadam et video*: yo tambien quiero ir á ver esa tierra de portentos, esos montes y valles immortalizados por la Biblia, esos pueblos y ciudades tantas veces destruidas y aun conservadas, esos campos y colinas fecundas empapadas del rocío celeste y de la sangre de pueblos rivales; esos rios y lagos, testigos del tránsito de tantas naciones diversas, del poder, de la justicia y de la gran misericordia de Dios. Sí, yo deseaba ver todo eso; y sentia no poder satisfacer luego esa especie de aspiracion. Esperaba, pues, que, concluidos mis estudios, me permitirian mis superiores realizar mis deseos, desde que nuestra Orden seráfica es la milicia encargada de custodiar aquel pesebre y aquella tumba que no pudieron conservar los pueblos, los cruzados, ni

los monarcas de Europa. Creí llegada la hora de ir á relevar al centinela del santísimo Sepulcro, cuando expulsado de España, me asilé en Italia á mediados del 36: así es que, llegado á Génova, pedí luego al reverendísimo Padre General de la Orden la debida licencia, y me contestó que quedaba admitido y que marcharia en la primera expedicion. Estaba, pues, esperando el aviso de marcha cuando llegó á Italia el R. P. Fr. Andrés Herrero á coleccionar religiosos para los Colegios de Misiones del Perú, Bolivia y Chile. Mis condiscipulos se agregaron desde luego á dicha coleccion, mientras yo esperaba la orden de partir á Palestina: pero viendo que esta se retardaba y que dicho Superior General iba á dejar de serlo, me decidí á partir para América. Partimos, pues, á principios del 37, pero siempre con la idea de ir algun dia á Jerusalem. Dos veces habia vuelto á Europa con la mira de aprovechar cualquiera oportunidad; pero lo apurado de mis comisiones me lo impidió. Al fin, llamado á Roma de Definidor general, ví abierta la puerta á mi peregrinacion: pedí la licencia, y la obtuve del reverendísimo Padre General, con cuya bendicion y la de Dios partí de Aracœli y me embarqué en Civitavecchia el dia 5 de junio de 1864 en el vapor de las Mensajerias imperiales de Francia, cuyo Embajador nos concedió el pasaje gratis, en cámara de segunda clase. Tocamos en Nápoles el 6, y el 7 en Mesina, donde pasamos cuatro dias. El 11 volvimos á salir surcando aquel estrecho de Scila y Caribdis tan temido de los antiguos que despues atravesó tan bonancible sobre su manto aquel

Calabrés heróico, cuya divisa era la caridad; y ahora ha poco lo surcó de otro modo otra clase de héroe contenido en Aspromonte, cuya divisa



Convento de Araceli, en Roma.

es trastornar. ¡Cuán opuestos son los hombres, y cuán diversa la influencia que algunos ejercen en los destinos de la sociedad! La caridad á todo se sacrifica: *omnia suffert*; la libertad todo

lo sacrifica; es como aquella palabra funesta que mata, *littera occidit*. Pero Dios ciega á los hombres soberbios, y los hace errar como ébrios.

Bellas son, risueñas y pintorescas las playas, cerros y valles de ambas Sicilias, que en mar tranquilo y en dia sereno contemplábamos desde la cubierta del vapor, cuya rápida quilla atravesaba cual golondrina aquellas aguas tan enrojecidas antes con la sangre romana y cartaginesa. ¡Cuánto varían los siglos! pero los hombres y las pasiones siempre son los mismos. Eva sacrificando al género humano por un placer, Cain sacrificando á Abel por envidia, tendrán imitadores en todas las edades.

Antes de acabar de aspirar aquella brisa acariciada por las llamas del Etna y del Vesubio debo pagar mi tributo de gratitud al R. P. Querubín Torio, comisario general de Tierra Santa en Nápoles; al R. P. Provincial de los Reformados de Mesina; á los RR. PP. Guardianes Observantes de Mesina y del Retiro, por las atenciones que me dispensaron. Omíto la descripción del gran puerto, de la inmensa población, inexhausta de abundancia de víveres y demás bellezas de Parténope; pero no puedo omitir el gusto que me causó ver sobre la casa del desembarcadero una bella estatua de la Virgen, en mármol blanco; así como otra mas bella aun que vi en una plaza sobre una columna, que bien puede rivalizar con la de Santa María la Mayor y con la de la plaza de España en Roma. También vimos una iglesia, que mas bien debe llamarse un museo, por sus estatuas de gran mérito, principalmente la de Nuestro Señor Je-

sucristo tendido y cubierto con una sábana transparente que permite ver las facciones y las venas del santo cadáver; siendo esa sábana del mismo mármol, pero hecha con tal ilusión, que alguno ha querido levantarla de una esquina, no pudiendo persuadirse de habilidad tan rara.

El 13 llegamos á Alejandria, cuyo puerto tiene muchos escollos y muchos pillos de playa. Como teníamos que transbordarnos al otro vapor de la ruta de Jafa y Constantinopla, que salía el 20, aprovechamos con los compañeros fray Luis Bieli y Fr. Juan Bautista de Rivarolo aquellos días para visitar el Gran-Cairo. Descansamos aquel día, vimos un poco aquella gran ciudad que participa de las bellezas de Europa y de los basureros de Egipto, cuyo contraste se nota sin quererlo en las aseadas calles y plazas modernas al lado de las indecentes calles de los barrios turcos. Casi en medio de las construcciones europeas tuve un grandísimo placer de encontrarme con una hermosa iglesia y convento nuestro, que eclipsa todas las mezquitas del falso profeta. Sabía que cerca de la columna de Pompeyo y del obelisco de Cleopatra teníamos una casa, pero no podía figurarme que fuese un templo de la capacidad, belleza y solidez que tan gratamente me sorprendieron. Su forma es de cruz latina, de unos sesenta metros de largo y casi cuarenta de ancho; buena cúpula, con ventanas, lindos altares de mármol, ancho presbiterio, coro circular, orquesta con órgano, capilla de San Marcos, primer obispo de Alejandria, bellissimo cuadro de santa Catalina vencedora de los filósofos, sacristía capaz con cajonería

muy decente de pino barnizado, lavatorio con pila de mármol, paramentos muy ricos, escaños muy cómodos, buena asistencia por parte de la comunidad, buena concurrencia por parte de los católicos tanto indígenas como europeos, y un sacristan muy aseado. El frontispicio aumenta su realce con un jardín que le precede desde la plaza formando calle con copudos árboles y con enrejado en ambos lados: esta frondosa alameda termina en una plazuela semicircular delante de la iglesia. El convento es capaz, con buenas celdas, buen patio y un huertecito con su noria. Los religiosos ocupados en las escuelas, en sus oficios, y muy atentos con los huéspedes. De modo que allí dentro se cree uno todavía en alguno de los conventos que antes embellecían las costas de Valencia; excepto que al salir se ven los trajes de los hombres y mujeres turcas, que hacen recordar hallarse *advena in terra Ægypti*, de lo que se convence al oír por las calles *linguam quam non noverat*: trabajo irremediable de todo viajero cuyos abuelos estuvieron en la torre de Babel.

Peor es el Cairo, cuya marcha por el ferrocarril no es tan grata como podría ser; pues aun prescindiendo del calor, que no se puede evitar porque está en su casa, en su tiempo y en su derecho, la mala administración, y principalmente en las estaciones, el tropel de árabes y gitanos, sus desaforados gritos y suciedad, sus grandes pipas y sus armas, su mal mueblaje y su mal olor convierten los coches del tren en un insufrible receptáculo de galeotes, entre quienes es preciso conservar ó tomar el asiento á fuerza

de gritos y de audacia, como si uno se hallara entre bandidos. Particularmente al arrancar de Tanta, fué tal la afluencia de pasajeros y tan violenta, que mas parecia invasion ó irrupcion de beduinos que marcha de gentes semi-cultas. En la seccion de nuestro coche, de diez asientos, éramos tres frailes, tres bultos tapados que decian ser mujeres, una enferma, con sus cántaros, sus atados y su colchon, seis hombres mas y dos muchachos, cada uno con su costal y alguno con dos. Por consiguiente, la opresion casi no podia ser mayor; si bien los de las otras secciones aun estuvieron mas sofocados; al menos se quejaban y gritaban mas, y estuvieron en continuada camorra hasta llegar al Cairo. Al salir de Alejandría y aun por Cafarzayat íbamos desahogados contemplando la extension y el buen cultivo de aquellos campos, las velas de los barquitos que suben y bajan el canal de Mahamet-Alí; las recuas de camellos, tan feos como útiles, que van marchando lentamente por aquellos caminos casi paralelos al carril; los burros, hombres y mujeres que cruzan en todas direcciones; las vacas y cabras negras con largas orejas conducidas por chiquillos casi desnudos; algunas aldeas con casuchas bajas de barro con sus miserables mezquitas, algunas palmeras, bastantes olivos, muchos algodoneros, la miés en trilla, varios charcos con muchachos que se bañaban ó ensuciaban, y uno que otro bosquecillo; todo presentaba un horizonte risueño que nos hacia admirar la feracidad de aquel suelo que el sol tuesta y el Nilo fecundiza. Mas despues de la invasion susodicha, ya no pudimos menearnos



ni observar si atravesábamos las praderas del Menfis, ó los arenales de la Arabia: apenas, alargando mucho el cuello, pudimos ver las puntas de las pirámides.

Al fin, casi ahogados por la opresion, el polvo y el sudor, llegamos al Cairo. Bajamos de los coches á campo raso, ó mas bien sobre tablas, vigas, piedras, cajones y bultos que tiran de los vagones sin compasion ni cosa parecida. Fuera de ese campo suelen haber algunos coches y muchos jumentillos ensillados para los viajeros: como nos hallábamos tan molidos y el convento estaba léjos, tuvimos que decidirnos. Contaba que, yendo algo despacio (al pasito del burro), no nos desgonzariamos tanto, y podriamos ver esa gran ciudad de tantas historias. Pero no fué así; porque los muchachos, verdaderos gitaniños, arreaban, punzaban y azuzaban á los jumentos con tal empeño, que nos llevaban al escape sin poderlos contener y sin poder ver las fritanguerías, bodegones, confiterías y cafeterías *sui generis* de la entrada, ni la gran alameda que se hallaba al paso, y casi sin ver las basuras de los callejones angostos, torcidos y oscuros que atravesamos hasta llegar al convento. Fué una verdadera corrida de burros; pero nadie hizo atencion, porque así van todos, caiga quien caiga; aunque no sé si todos quedan tan molidos como nosotros. La muñeca me dolia atrozmente de tanto refrenar á mi rocin.

La fraternal acogida de nuestros Padres nos hizo olvidar las molestias del trayecto ferril y asnal. Su iglesia es obra del mismo religioso que trabajó la de Alejandria; casi tiene igual

estilo y dimensiones que aquella, aunque no sus adornos y elegancia. El conventito es menos espacioso, porque está rodeado de edificios y de la casa ó colegio de nuestras misiones, que tambien tiene su linda iglesia con una fachadita graciosa medio árabe, medio gótica, metida en otro callejon. El cuadro del altar mayor representa la llegada de la santa Familia á la tierra de los Faraones. Y como el visitar la morada de los divinos refugiados habia sido la causa principal de nuestra ida á esa antigua corte de Egipto, le supliqué al Padre Guardian que tuviera la bondad de acompañarnos á la famosa Heliópolis ó Cairo viejo. Accedió gustoso, y cuando el sol bajaba al Ocaso, hizo traer unos burritos y marchamos. Atravesamos varias callejuelas, especie de bazares, viendo algunos cuerpos de guardia, muchas casas caidas con las ruinas hasta media calle, bastantes mezquitas con sus minaretes y testos del Alcoran en sus puertas: de modo que si san Pablo hubiese pasado por ese gran décalo del Islam, podia decir de sus habitantes lo mismo que dijo á los de Atenas: Veo que sois los hombres mas supersticiosos de la tierra. Y con tanta mas razon que aquí eso se dirige á un Dios mas desconocido. Duele el corazon al ver la ceguedad en que el impostor de la Meca ha sumido á estas gentes sensuales. Parece que Juvenal se reia de los primitivos egipcios que creian que los dioses nacia en sus huertas; pero mas irónicas podrian ser sus sátiras si hubiese sabido lo que estos creen y esperan de su dios y de su lúbrico paraíso. Vimos las abluciones y las postraciones de estos creyentes; pues

á pesar de ser viernes (fiesta de musulmanes) nos permitieron entrar en la gran mezquita, que efectivamente es digna de verse por su suntuosidad y grandeza. Despues de haber visto los anchos pórticos y las fachadas exteriores de ese cuadrado edificio, nos hicieron poner unas babuchas ó zapatos de paño colorado para que no ensuciáramos con nuestras sandalias el pavimento del interior, cuya capacidad, columnas, púlpito, tribunas, cúpula, todo de mármoles y alabastros riquísimos, vidrieras de colores de mórbido efecto, raros mosaicos, faroles dorados, todo acumulado por Mahamet-Ali, cuyo sepulcro está al entrar, nos causaba pena, lamentando que un templo tan magnífico no estuviese dedicado al Dios vivo. Pero quizás algun dia lo adoren allí los verdaderos creyentes de aquel Jehová que habló en el Sínai y que sumergió á Faraon en las olas del mar Rojo. Desde el plano exterior de esta basilica turca, contemplamos un momento la gran pirámide de Cheops, otras mas hácia al Norte, aquellos colosos y aquellos campos que vieron pasar la carroza triunfal de José, aquellas aguas del Nilo que respetaron la cuna de Moisés; y allá léjos la inmensa planicie por donde saliera el libertado pueblo de Israel; los arenales que vinieron atravesando desde Judea unos santos Peregrinos y la sombra de un árbol que se inclinó al cobijar bajo sus ramas una Virgen Madre.

Al bajar de aquella colina coronada de fortines y cañones, pasamos una calle cortada en la peña, atravesando luego una plazuela llena de camellos y burros, hombres y mujeres de mala

catadura, súcios santones y muchachos desnudos, gentes despilfarradas y grupos nada atractivos. Entramos por unos callejones, y despues de varios rodeos salimos del pueblo ó de la ciudad, no al campo, sino á varios montones de broza, de basura, de cantos, de ladrillos y de fragmentos que indudablemente son de otra poblacion anterior, ó al menos de algun gran arrabal arruinado: lo confirma así un grandioso y roto acueducto, bajo cuyos arcos pasamos, y que nadie piensa en restaurar. Parece que el genio de esa raza levantina no gusta de componer los edificios ni los pueblos derruidos, sino dejarlos caer, y despues hacer otro nuevo en otro punto. Lo cierto es que esas capas de escombros forman el piso del camino al Cairo-viejo, que dista cerca de una legua. Entramos en él por una callejuela angosta, pero fresca, pues no le penetraba el sol, el viento, ni el polvo que casi nos ahogaron al venir. No es extraño que la gente esté allí tan tostada y súcia.

Nos apeamos en nuestro hospicio, cuya devota capilla visitamos, y luego fuimos á hacer otra visita mas detenida á la mansion ó cueva de los santos Peregrinos de Galilea, objeto de nuestra ida allí. Aquel sacro asilo se halla bajo el pavimento de una iglesia que fué nuestra, y que ahora es de los armenios; pero á pesar de esa usurpacion y de la poca limpieza con que la tienen, se olvida uno de todo al recordar solamente que pisa aquel suelo, que toca aquellas húmedas y ennegrecidas paredes que sirvieron de nido y tal vez de cama al mismo Dios, de agujero á la tórtola divina y de taller á aquel José

castísimo, cuyos desvelos y fatigas les habían salvado del furor de Herodes y les alimentaba con su trabajo en aquel país extraño que sus piés santificaron. Besamos aquella tierra postrándonos devotamente ante una especie de nicho que sería el reclinatorio del divino Verbo, y la pieza que sin duda serviría de retrete á su Virgen Madre. Contigua á esta hay otra habitacion que tal vez le serviría de cocina, y luego otra pieza que se cree es el taller del santo Patriarca. Las tres subterráneas y oscuras, aunque entonces supongo que no lo serian, sino que la incuria de desmontar ruinas hace que las casas queden sepultadas ó subterráneas. Bajamos á estas con velitas encendidas que llevábamos con precaucion, las reconocimos atentamente y admiramos su larga conservacion en medio del islamismo y de tanta ruina. ¡Cosa rara! Esa Menfis, Heliópolis, Babilonia, Cairo, que tantas veces ha sido destruida, cambiando de nombres y de dueños, que nada ha conservado de los templos misteriosos de Isis ni de Apis, de los palacios de los Faraones y Tolomeos, de Sesostris y de Putifar, conserva entre sus escombros esa casita ajena habitada pocos años por una pobre familia de Nazaret, desconocida allí y perseguida por el cruel tirano de su patria! ¿Qué designios tendrá en ello la Providencia? Creemos que sean de amor sobre los hijos de ese Egipto, donde él entró sobre una leve nubecilla. Al considerar cuánto sufrieron aquellos resignados acogidos para llegar hasta allí, atravesando á pié un desierto sin etapas, que aun ahora espanta á los mas cómodamente monta-

dos, no pude menos de encomendar al perseguido Hijo de David á todos los perseguidos y expatriados, para que les dulcifique sus penas y les dé paciencia para sufrirlas con mérito. Ningun siglo ha tenido mas perseguidos y desterrados que este de la libertad.

Al salir me acordé de la gran fe de los primeros cristianos de aquel país, y principalmente del incomparable fervor de los anacoretas, monjes y vírgenes que poblaron la Tebaida y que sirvieron de modelo á tantas Ordenes religiosas. ¿Si volverá á ser el Egipto un teatro de virtud tanta, el ejemplo de la Europa, el consuelo de la Iglesia? La conservacion de aquella santa guarida y el celo de los misioneros puestos allí como en un vivac de vanguardia, con sus centinelas en Suez, en Mansura y Puerto-Said, recorriendo los oasis de aquel istmo y del gran canal que se está abriendo para comunicar el Eritreo con el Mediterráneo, hacen esperar la comunicacion del espíritu del Cristianismo, impulsador y propagador activo de la regeneracion moral de los pueblos. Con estos pensamientos estuve mitigando el pesar que infunde el ver ahora tan abyecto y degradado ese pueblo que fué modelo de sabiduría en la antigüedad, y de religiosidad en el siglo de Antonio y de Atanasio.

Al regresar volvimos por otro camino de menos polvo y mas frondoso que el de la ida: entramos en el cementerio de los católicos, hecho por el estilo de los de Italia, con árboles y flores que disipan algun tanto la fúnebre tristeza de la mansion de los muertos. Vimos su capillita y algunos sepulcros de mármol con estatuas

de mérito. Rezamos un responso por el eterno descanso de los que nos han precedido en la carrera de la vida, y al salir nos encontramos con un entierro turco, de mucho acompañamiento y lloradores. Hubiera querido observar mejor su ceremonial mortuario; pero pasamos ligeros, porque esas gentes no gustan que les miren sus cosas. Por eso en Alejandría tuve que reprimir la risa y pasar como distraído por el lado de un cortejo nupcial, cuya novia llevaban varias mujeres dentro de una especie de pálido de quimon, cantando ó chillando con un coro de muchachos que iban brincando por delante, gritando al compás de un tamboril y de una como dulzaina de ridícula armonía. Sin embargo, nosotros, como extranjeros, respetamos y dejamos pasar sin enfado aquella comitiva de boda, celebrada por los indígenas que la festejaban en su país y en el pleno derecho de sus usos, que ellos creen mejores que los nuestros, y que el mismo Himeneo bajado del Olimpo no era capaz de solemnizar con mas garbo el enlace de Vénus con Vulcano.

Al volver á entrar por las callejuelas de esa inmensa ratonera, tuvimos que pararnos varias veces á los gritos de los batidores que avisan la venida de un coche, y sin cuya precaucion sucederian muchas desgracias: así como muchos se ahogarian del calor y de sed sin las muchas fuentes que se ven, principalmente al lado de las mezquitas, cuyos caños no arrojan el agua, sino que la dejan chupar; cosa que para los europeos no es la mas delicada del mundo, pero que es de gran aseo para los poco escrupulosos

orientales. De cualquier modo, es un gran refrigerio para los sedientos transeuntes, cuya afluencia marea por aquel hormiguero. En París, Nápoles, Barcelona, hay sin duda mas movimiento; pero sus calles son anchas, las tiendas dentro de las casas, la gente mas atenta, y por lo mismo no se sufren las pisadas, repujones y choques que son inevitables en las sofocadas vias de ese pueblo de 6 á 700,000 almas, además de una infinidad de cabras, burros, vacas y camellos que demandan paso franco con menos comedimiento y mas molestia que los vehiculos y caballerías de las ciudades europeas.

Cuando pasé por Marsella el año anterior, habia en la casa donde me alojé una jóven que iba á hacerse monja clarisa en el Gran-Cairo. Me acordé, y quise visitarla. Fuimos con el Padre Guardian, y tuve el gusto de encontrarla contenta en medio de aquella pequeña comunidad de religiosas italianas y francesas consagradas á la educacion de huérfanas y á la curacion de las enfermas, en medio de aquellas gentes poco gratas y de un clima insalubre. Dios bendice su caridad, y esperamos que hará fructificar sus sacrificios. Su actual monasterio es una casa reducida, y vimos que estaban construyendo unas habitaciones y una capilla ó iglesita, pues la que tienen ahora es una piececita que habian acomodado interinamente para poder oír misa y rezar de alguna manera con sus discípulas, á las que no solo enseñan la Religion, sino las lenguas cultas, las virtudes y las labores propias de su sexo. Esta es una semilla preciosa que la filosofia materialista huella, pero que la ci-



vilizacion y la humanidad deben cultivar y proteger. El plantear y dirigir una clase, un pensionado, un hospital en las grandes poblaciones del mundo civilizado, con el auxilio de artistas inteligentes, de hombres peritos, de mil brazos auxiliares, de materiales y recursos de toda clase, es cosa fácil, y para cuyo desempeño basta por lo comun un regular talento; pero el fundar un colegio, un orfanotrofio ó cosa igual en el país de las dificultades y contradicciones, con continuos desvelos y graves disgustos, careciendo de medios, de coadjutores, y teniendo que atender á todo, venciendo inconvenientes á fuerza de voluntad, de constancia y de abnegacion, eso raya en heroismo y demanda mas que talento, una virtud acrisolada. ¡ Castas esposas de Jesucristo, amadas hermanas en el Señor! al veros tan oprimidas y ocupadas con vuestros hábitos usados, vuestras sudadas tocas, vuestros rostros lánguidos, no por la vejez ni el vicio, sino por la incesante alternativa de vuestras mortificaciones y tareas, por el continuado sacrificio de vuestro reposo, interrumpido solamente por actos de la mas santa caridad con infelices criaturas que no son de vuestra patria, ni de vuestra lengua, ni tal vez de vuestra creencia; os bendecimos con todo nuestro corazon. Y ya que los hombres afectan desconocer vuestro mérito, pedimos al Remunerador de los justos que os fortifique en vuestra carrera, y al concluir la os premie en su reino con la duplicada corona de vuestra pureza y de vuestra abnegacion caritativa.

Estuve deseoso de ver Suez y los trabajos del

canal que inmortalizará á Lesseps; pero el sofocante calor me acobardó: el tiempo escaseaba para esa excursion que demandaba mas dias, y nos resolvimos á regresar. El viernes 17 fuimos, pues, á tomar nuestro asiento en el consabido carril, y verificamos nuestra vuelta con mas calor y mas incomodidad que á la ida, pues el sol y la concurrencia estuvieron en auge. Creimos mitigar la gran sed que ya presentimos llevándonos una jarrita de esa tierra particular del Cairo, que dicen mantiene siempre el agua fresca; pero esta vez la prueba faltó, pues se puso tibia y disgustada. En Cafarzayat comimos un poco de pescado, sirviéndonos de bebida una sandía, sin bajar del coche, por no perder el asiento. La marcha del tren es lenta, la parada en las estaciones arbitraria, el roce con gentes de insectillos inevitable, el respeto á los oficiales de la empresa nulo; pero aun así bendecíamos al que puso aquel ferro-carril, sin el cual las molestias y gastos serian infinitamente mayores, como puede asegurarlo Dumas y cuantos tuvieron que atravesar antes aquella zona por el canal ó en el lomo de los camellos, empleando cuatro ó mas dias en el trayecto que el tren recorre ahora en seis horas. Bendijimos tambien al Virey de Egipto, que tiene concedido el pasaje gratis á los Misioneros franciscanos que viajen por sus Estados. Gracia que no sé tenga concedida á los de igual clase ningun príncipe católico.

En veinte y seis horas fuimos de Alejandría á Jafa, en cuya rada anclamos el 21 de junio á mediodía. Hizo esa travesía en el mismo vapor el insigne Abd-el-Kader, que regresaba de la

Meca. Celebré conocer á este célebre prisionero de la Francia: es de mediana estatura, de cara redonda, barba negra y corta, noble continente, sencillo, traje y ojos muy reposados; pero mas que por sus facciones me interesaba aquel valiente Emir de la Argelia por su buen corazon, manifestado en la proteccion que prestó á nuestros hermanos de Damasco, sacrificados por los crueles drusos, de cuyo furor quiso él salvarlos mandándoles su escolta; pero los religiosos no los reconocieron, recelaron que eran los asesinos, y fueron martirizados antes que él pudiese ir en persona. Por lo mismo, valiéndonos del práctico turco que hablaba el italiano, le fuimos á saludar, agradeciéndole sus esfuerzos, aunque malogrados, en favor de los hijos de san Francisco. Se levantó muy atento, aceptó nuestra gratitud, asegurándonos de su decidida voluntad por los cristianos, tomando á Alá por testigo de su sincera estimacion, y al decir esto levantó sus ojos al cielo con tal nobleza y acento de voz, que nos conmovió. ¡Dios le bendiga y le salve!

II.

**Vista de Jafa.—Su puerto.—Hospicio.—Iglesia.—Mezquita de San Pedro.—Escuela.—Beaterio.—Bazar.—Fuente.—Mercado.—Sicomoro.—Camellos.—Camino de Ramle.—Torre de los 40 Mártires.—Ruinas.—Hospicio.—Iglesia.—Religiosos.—Palmera.—Parra: sus uvas.—Camino de Jerusalem.—Latroum.—Fecundidad de la tierra.—Iglesia de los Macabeos, de Jeremías.—Colonia.—Terebinto.**

Así como el ciervo desea saciar su sed en una fuente, con igual ansia se desea ver y pisar esa primera playa de Tierra Santa; y apenas empezó á divisarse, nos pusimos á la proa del vapor para contemplarla. Su aspecto es grato, pues aun cuando la ciudad es reducida, sus casas apiñaditas en una colina, cuyos flancos están embellecidos con el verdor de sus huertas y el fondo del horizonte terminado con la pequeña cordillera llamada las montañas de Judea, le dan una risueña perspectiva. Es verdad que los áridos arenales de las costas inmediatas forman cierto contraste; pero al acordarse uno que pronto pisará aquel puerto de los Santos Lugares, su imaginacion le reviste de aquellos recuerdos de los tiempos del heroísmo y de la fe, que la historia hace reflejar hasta nosotros, alternándolos con los desastres, al par que la Providencia divina para hacer así resaltar su bondad sobre el oscu-

ro fondo de las pasiones humanas. Así es que, al ir á desembarcar, se representa uno aquellas olas manchadas con la sangre de los crueles ahogadores de los doscientos israelitas, invitados á pasear (*II Mach. xii*), y agitados por el monstruoso cetáceo que se tragó á un profeta inobediente para irlo á vomitar vivo en la direccion de Nínive. Al aproximarse á la playa, se miran con recelo aquellos escollos donde dice la fábula que estuvo encadenada Andrómada, y donde dice la realidad que han perecido tantos infelices, y perecerán mas mientras el gobierno turco no piense utilizar aquellas mismas rocas para construir un muelle ó desembarcadero. ¡Es imperdonable semejante omision! Parece imposible que, mientras las murallas de esta colonia de Jafet han sido restauradas mas de cien veces desde los Filisteos, los Cruzados, san Luis é Ibraim-Bajá, contra la demolicion de Cestio, de Saladino, de Bendocar y de Bonaparte; nadie haya emprendido el construir un tajamar que sirva de alguna seguridad á las embarcaciones, ó una grada que pueda pisar seguro el navegante. Es cierto que se ha colgado á una mala puerta un tablado, pero tan mal y tan podrido, que da mas miedo que un escollo; de modo que es preferible desembarcar en hombros de esos árabes desnudos con detrimento de la decencia y de las mercancías que se mojan y se arruinan. Pero al gobierno de la Sublime Puerta eso le importa un bledo, acostumbrado á servirse de los hombres como de bestias, y á verlos perecer con la mas fatalista indiferencia; pero me olvidaba que hay otros gobiernos parecidos, sin ser turcos.

De la playa brincamos á una especie de cañonera de la desmoronada muralla, que está al frente de nuestro hospicio, cuyos Padres al vernos tuvieron la bondad de bajar á recibirnos. Este conventito es de dos solos corredores y de pocas celdas, con su iglesia de cuatro altares, que fui luego á visitar para lograr la indulgencia plenaria concedida al besar aquella santa playa luego que se pisa. El cuadro del altar mayor, aunque no es muy clásico, representa al vivo la vision de san Pedro con aquel lienzo lleno de animales diferentes que figuraban á los gentiles, llamados á la filiacion divina por Jesucristo, y cuyo bautismo debia empezar por Cornelio y su familia. (*Act. x*). Y aunque ese sitio no es la casa de Simon, como algunos han creido, está allí cerca, como ví despues; y es muy justo que se venere aquella manifestacion de la misericordia de Dios al Príncipe de los Apóstoles, en la única iglesia católica de esta ciudad, donde tambien existe un convento é iglesia griega cismática, que tampoco es la casa de la mision, sino una mezquita que se halla unos cuarenta pasos mas allá, cuya construccion es evidentemente cristiana, y los turcos la aplicaron á su culto, como lo han hecho con muchos de nuestros santuarios. A su lado hay un pòzo comun, y tambien un sarcófago ó baño de piedra, de una pieza, que se supone ser la pila donde remojaba sus cueros el generoso huésped del resucitador de Tesbita. De la casa, pues, de esta caritativa matrona de Joppe ya no se halla ruina ni tradicion; aunque la Iglesia conservará siempre en sus anales el tierno panegírico que con sus lágrimas,

sus ruegos y sus vestidos pronunciaron las viudas y los pobres al pié de su féretro, del cual la restituyó á la vida la voz de san Pedro, para continuar sus obras de misericordia. (*Act. XIX, 40*). Uno de los mosaicos del Vaticano expresa muy bien este gran milagro.

Nuestro hospicio con sus dos corredores es muy reducido; pero en la parte superior tiene otro edificio capaz, llamado la hospedería, con habitaciones suficientes para los peregrinos, á quienes se asiste con cama y alimentos al ir y regresar de Jerusalem. Esta hospitalidad, que se da á toda clase de viajeros, es un servicio que solo pueden agradecer los que saben con cuantos sacrificios de paciencia y dinero se fabricó el local, se proporcionan los útiles, los víveres y la limpieza de estas tierras. A mas de esa pensión hospitalaria cuidan los Padres una escuela de dos secciones; la primera de lectura árabe para niños pequeños, regentada por un maestro del país pagado por la Orden, y la otra es de jovencitos, regentada por un religioso que les enseña á leer y escribir en italiano, francés, árabe y aritmética, dándoles á los alumnos tinta, papel, plumas, libros, etc. (Véase el apéndice).

A la izquierda de la escuela y de la hospedería hay otra casa como Beaterio, perteneciente también y sostenido por Tierra Santa: tiene seis religiosas de San José, que desempeñan con las niñas el cargo de maestras, catequistas y enfermeras, y con su caridad y buen ejemplo han logrado ya tener en su número dos hijas distinguidas de Jafa, que podrán prestar á sus compatriotas los oficios de la veneranda Dorca. ¡ Quiera

Dios que su ejemplo sea un estímulo para otras vocaciones!

Vimos en esa ciudad varias mezquitas, aunque ninguna notable; sus calles son menos concurridas, pero mas molestas que las del Cairo, porque á su angostura y suciedad hay que añadir las subidas y bajadas de ese promontorio, que si de afuera le da elegancia, de dentro le da sofocacion pestilente. El Bazar es una calle oscura y poco recta, con tendones de madera, nada parecidos á las tiendas de otras partes. Y ese bazar, obstruido de gentes y de animales, es la calle principal, la via pública que debeis pasar para salir, pues Jafa solo tiene una puerta. Antes de ella se ve una cosa buena, una fuente pública con sus caños para hombres y su bebedero para bestias. Al salir al campo hay como un mercado público de frutas, verduras, cocinas y cafeterias (no digo cafés, porque los infamaria), formados por unas enramadas y esterados peores que los de nuestros indios; pero siempre atestados de ociosos concurrentes sentados en el suelo ó en escaños de malas tablas, fumando sus largas pipas ó flexibles tubos introducidos como culebras en unas redomas especiales, cuya agua dicen que comunica al humo cierta frescura muy grata. Parece que la indolente ociosidad de estas gentes aguza su ingenio para absorber del tabaco todos los sabores posibles, colocando en su humo su placer mas grande, que parece les sacia sus demás necesidades. No se comprende cómo vive ese pueblo, que está uno tentado á creer vive de tabaco y café, frutas y pan malo: cubiertos de andrajos y de inmundicia, ellos no



se afanan por calentar su estómago con comida de sustancia, contentándose con su torta, su cebolla cruda, su sandía ú otro alimento semejante. Son mas incuriosos y parcos que los tatitos de los Andes, que parecen viven de la coca y de chuño. Sin embargo, estos y aquellos se hallan contentos con tan mal trato y peor higiene; prueba de que nuestro bienestar mas pende de nuestros hábitos que de las comodidades ficticias de la civilizacion, creadora de necesidades y caprichos.

Dos cosas notables observé en los alrededores de Jafa: fué una el sicomoro, eso es, aquel árbol donde subió el pequeño Zaqueo para ver á Jesucristo al entrar en Jericó. Su elevacion es de quince varas y mas, sus troncos y ramaje nudosos y de color blanquizco, sus hojas de verde lustroso de forma y tamaño de las de la yedra; su fruto, que nace aglomeradito en las ramas, como en los algarrobos, es como un higo pequeño con resabio á mora, cuyo gusto y figura parece explica el nombre del árbol, pues si *sicos* en griego significa higo, claro es que el vegetal que produce esos higuitos con sabor de mora debe llamarse sicomoro; y que tambien con razon lo llamó san Gregorio higuera fátua, pues es higo insípido de mucha pulpa y poco grano, que poco se aprecia y muy poco se come. La otra cosa notable fueron unos camellos comiendo los higos de Faraon, que llaman acá higos de moro en Cataluña, y tunas en América, no solo con las finísimas espinas de su piel, sino con las penca espinosas que los producen, erizadas de espinas peores, que deberian clavárseles en la

lengua, labios, paladar, fauces y entrañas; pero el apetito y la facilidad con que mascan y engullen tales espinas, prueba que ni les punzan ni les molestan. Quisiera que Bacon nos explicara en qué consiste este raro preservativo que la naturaleza ha dado á esos cuadrúpedos para no lastimarse con unas espinas tan finas y aceradas que se clavan y encarnan con encono á cuantos las tocan; así es que el imprudente que coge una con la mano, la arroja al instante como una brasa de fuego, porque el dolor le arde como quemazon.

En las calles de Jafa se oye á veces hablar en mal castellano, y son los interlocutores descendientes remotos de los judíos arrojados de España hace mas de tres siglos, que esperan volver á poseerla, como esperan al Mesias.

A las cuatro de la tarde del 22 salimos para Jerusalem, acompañados de un buen dragoman y dos múcaros ó mozos; porque si bien á cada legua hay una casa como resguardo para los vigilantes del camino, los robos y fechorías son frecuentes, á pesar de ser el camino ancho y frecuentado: al menos hasta Ramle es un continuado trajin, y va uno marchando entre gentes de todos trajes, animales de toda especie y veredas de tunales espesísimos que custodian huertas con toda clase de árboles y verdura, por mas de media legua, con tres fuentes para los caminantes, una mezquita con cipreses y varias norias. Despues sigue el camino por campiñas risueñas, con variados sembrados, árboles y producciones que muestran la fecundidad del terreno. A la legua se ve á la izquierda sobre un

promontorio Asur, aldea de turcos en medio de un inmenso tunal que sirve de valladar á unas huertas mal cultivadas. Luego se encuentra una mezquita con nueve cupulitas, un pórtico y una fuente. Vuelve la campiña, alternando con colinas, olivares, algarrobos y muchos melonares ó sandillares que nacen y sazonan sin mas riego que el rocío y la feracidad del terreno algo arenoso. Otro pueblecito ó aldea llamado Betdeya se ve á la izquierda, y luego se descubre la torre de los Cuarenta Mártires de Ramle. El hospicio Franciscano es la primera casa de esa ciudad, cuyas iglesias convertidas en mezquitas, con callejuelas súcias y muchas casas ruinosas, indican la transición, la decadencia, ó mas bien el retroceso de la civilización á la estupidez musulmana. Antes de llegar á dicho hospicio se deja á la derecha del camino, como á trescientos pasos de la ciudad, la indicada torre de los Cuarenta Mártires, cuya solidez ha desafiado los siglos, pero que no puede resistir al genio destructor de los árabes, que van derribando las piedras de su parte superior para construir sus chozas ó sus tumbas. Fuimos á visitarla, porque de su altura se ve Lida, otros varios pueblos esparcidos por las dilatadas y risueñas llanuras de Saron, desde la primera línea de las montañas de Judea hasta el Mediterráneo, desde las ruinas de Cesarea hasta los campos de Gaza, quemados en otro tiempo por las zorras de Sanson, animal que aun vimos atravesar taimado los caminos receloso de este país. Mucha analogía encontré en la situación y perspectiva de esta tierra con la mia, Reus, situada en medio del fértil campo de Tar-

ragona, bañado por el mar y circumvalado de cerros á manera de anfiteatro, cuyo semicírculo corre de Norte á Poniente, desde los ciclópeos muros de la ciudadela de los romanos hasta el collado de Balaguer, explayándose en su seno una deliciosa campiña cultivada y enriquecida por mas de veinte pueblos, que pueden contemplarse desde el campanario reusense, descollante como un titan majestuoso, como aquí la torre de Ramle. Al bajar de ella (creo que tiene 130 escalones) nos acercamos á ver las ruinas del convento de los Templarios, cuya fábrica era tan sólida como elegante: no pude reconocer el paraje donde estuvo la iglesia, y recelo que los turcos la destruirían intencionalmente, como acabarán de destruir los robustos arcos del edificio hospitalario y de los vastos subterráneos, que se van desmoronando y cubriendo de ruinas. Causa pena ver que tan costosos edificios se destruyan por el depravado gusto de destruir, cuando seria no solo fácil, sino ventajoso, conservarlos para otro destino. Lo que se conserva, aunque ya en gran deterioro, es la cisterna de Santa Elena, cubierta de cinco anchas y sólidas bóvedas subterráneas, una de las cuales se ha aplastado, y por sus desportillos entran á beber las vacas, los camellos, los burros, las ovejas, las cabras y los pastores, tan brutos como ellos, haciendo de sus aguas con sus pisadas y orines un inmundo lodazal: cosa repugnante, y de la que no se hace caso allí, por lo cual nadie trata de remediarlo, porque todos están habituados á la suciedad, hija de la apatía destructora, tan características de los sucesores de los filisteos, na-

da parecidos á los industriosos é inteligentes fenicios.

El hospicio Franciscano tiene una gran puerta de hierro con su porton muy bajo para precaver sorpresas; las paredes altas para impedir asaltos, pues aunque los Franciscanos no son Templarios, es necesario no olvidar que en Palestina los cristianos y europeos están en pais enemigo: y si bien en la actualidad no se sufren los vejámenes y violaciones de los siglos pasados, podrian sin embargo renovarse por estos hermanos de los drusos las sangrientas escenas de Damasco. Su iglesita es angosta y larga, con suficiente luz y buenos cuadros, principalmente el Descendimiento del altar mayor y en el lateral de la Dolorosa, que es de una expresion muy tierna. A un lado la capilla de San Nicodemus, que algunos creen natural ó vecino de Ramle, tiene un pequeño altar con un cuadro pintado por un buen religioso español, Fr. José Bovés, cuyo nombre recuerdo con gratitud, pues fué algun tiempo mi maestro de gramática. Luego de tomado un pequeño refrigerio, fuimos, pues, á visitar esa capilla con pretensiones de iglesia, que á pesar de su pequenez tiene tres altares, su coro, su sacristia regular y la dicha capilla al lado del santo descensor, embalsamador y sepultador de Jesucristo, á quien este divino Señor tuvo la inefable bondad de explicar el dogma de nuestra regeneracion y redencion en la conferencia escrita por san Juan, capítulo III. ¡Dichoso fariseo!

A mas de las capillas, las celdas de los religiosos, el refectorio, el horno, cocina y huerta

se hallan dentro del recinto de aquel hospicio mas de veinte habitaciones y el divan para los peregrinos, que casi todas las noches y á veces en numerosas caravanas se alojan en ellas, recibiendo de los Padres un cúmulo de servicios incalculables. Los conventuales de esa casa son dignos de toda mi gratitud, no solo por el esmero con que por tres veces me han recibido y tratado, sino porque he visto el gran beneficio que hacen á todo viajero que llama á su puerta aunque sea en las mas altas horas de la noche. Ellos sacrifican su sueño, su reposo y su salud al servicio del prójimo, sin mas recompensa que la que Dios promete al que hace obras de caridad santificadas por la obediencia. Y ¿cuántos peregrinos, y cuántos viajeros protestantes ó impíos, habladores ó detractores jurados del monaquismo, reciben la mas cordial acogida que allí no podria proporcionarles todo su oro, y se la presta contenta un pobre religioso, despues de haber recorrido la Europa y América buscando limosnas para subvenir á los ingentes gastos de los santuarios y de tantos miles de transeuntes de todo país, de toda secta, de todas las lenguas de la tierra? Si tamaños sacrificios no merecen bien de la filosofía, es preciso confesar que es muy injusta y muy cruel enemiga de la filantropía.

Yo no me ruborizo al declarar que entré conmovido en este santo albergue, donde todo respira caridad y devocion. Apenas nos vieron los religiosos desde la entubada celosía del terrado (formada de tubos huecos de barro para ver lo de afuera como se acostumbra en todo el Levan-

te), bajaron á abrirnos y abrazarnos con la mas comunicativa cordialidad. Dicho terrado está formado sobre las bóvedas del hospicio, y sirve de desahogo á los frailes, que no siempre pueden salir al campo á espaciarse de su encierro. Desde allí vimos tras la sacristia una linda palmera que la llaman de san Nicodemus, cuyos dátiles no tienen pepita, aunque no los pudimos comer por estar verdes: comí, empero, en la cena unos higos muy sabrosos, á pesar de ser el 22 de junio. Nos sentamos en el mismo terrado bajo la gran parra, que llama la atencion por su abundancia de uvas, pues siendo de una sola vid le colgaban mas de mil doscientos racimos, los mas de los cuales pasaban de dos palmos. Entonces solo probamos algun grano; pero al regresar despues, comimos en abundancia de sus sabrosos gajos. A vista de tanta lozanía no puede dudarse del grosor del racimo llevado en hombros por los exploradores de la tierra prometida; pues estoy cierto que esta vid espurgada podria producir algunos de aquel tamaño.

Muy grato seria andar de noche, en verano, por las lindas llanuras de Saron; pero el perverso instinto de estas gentes *non sanctas* obliga á los peregrinos á tostarse como ellas con los ardores del sol, ó con muchas precauciones si se quiere viajar con la luna. Nuestro dragoman Matias y los múcaros iban regularmente armados, eran diestros conocedores de aquel camino y de aquellos raposos, valentones como ellos solos, y nos animaron á salir para la Ciudad santa á las tres de la mañana. Pasamos por delante de dos iglesias, mezquitas actualmente; atravesa-

mos el sùcio bazar, cuya cafetería apenas tenia una luz moribunda; seguimos un callejon de casas derruidas, y nos encontramos al salir con los sepulcros de los hijos del profeta impostor, cuyas almas casi hubiésemos temido que nos asaltaban al ver unos bultos oscuros que se nos iban acercando. Paramos la atencion, oimos voces, les gritamos, y luego vimos que eran los norteamericanos de una fragata anclada en Jafa, que regresaban de Jerusalem, los cuales fueron, por de contado, á descansar y refrigerarse un poco en nuestro conventito, á pesar de su crecido número, pues eran como veinte y cinco, y no muy católicos. Pero eso mejor es no averiguarlo, y hacer bien á todos.

Seguimos nosotros la marcha, aunque con recelo, tanto por la oscuridad de la madrugada, cuanto porque nuestro dragoman se habia vuelto, y no las teniamos todas con nosotros, á pesar de que el camino es ancho, llano y con sus grandes garitas. Pero, como ya hemos dicho, estas suelen convertirse en madrigueras de salteadores, cuyas fechorías nos iba contando el compañero de Génova, Fr. Bautista; tuvimos nuestro miedo, ya porque hubiésemos sentido morir como san Luis, sin ver la ciudad de Melquisedec; ya porque nos hubiera sido muy sensible el perder en la misma Tierra Santa las limosnas que Fr. Luis Bieli traia del Perú y Bolivia para socorro de los santos Lugares. Nos ibamos encomendando á Dios, cuya bondad nos libró de todo percance desagradable. Nuestro fiel Matías nos alcanzó al galope, fué amaneciendo, empezamos á ver las gentes que iban á sus faenas



campestres, como las describe David al decir: *Exhibit homo ad opus suum*; y al rayar el dia llegamos al pié del villorrio de Latroum, que está situado precisamente en el confin de la llanura y al empezar las faldas de los montes de Judea. Se cree que este castillejo sea la patria ó la guarida de aquel afortunado Dimas, cuyos crímenes lo condujeron al Calvario, de cuya cruz pasó al paraiso con el divino Redentor. Rezamos un *Pater noster* para que nos librase de sus rapaces compatriotas y con objeto de ganar las indulgencias que tiene concedidas.

Desde allí el camino deja de ser llano, y tiene trechos bastante escabrosos, como el de la vida, y mas aun el del cielo. Ya que no podíamos andar á prisa, por la fatiga de las bestias, íbamos contemplando la fecundidad de aquellas quebradas peñas, cubiertas de olivos, de algarrobos, de higueras, de cepas, de romeros, de terebintos, de varios árboles y plantas que ostentan con su vegetacion, sus aromas y sus frutos la feracidad de aquella tierra, tan infamada de estéril por los que no la han visto en la estacion de su lozanía, ó no la han querido ver sino con los ojos empañados de la prevencion contra el veraz escritor del Génesis. Con un poco mas de poblacion trabajadora seria este un país privilegiado por la abundancia, la variedad y la riqueza de sus producciones; pues á pesar del descuido actual y de la innata holgazaneria de sus colonos, puede llamarse la tierra de leche y miel, por las muchas flores que alimentar podrian millones de colmenas, y por los inmensos pastos que podrian engordar mas vacas, ovejas,

cabras y burros que las de Abrahan y Job. Al ir subiendo, en los momentáneos descansos de nuestras cabalgaduras, volvía la vista para contemplar el inmenso verdor de aquellos campos cubiertos de plantas y mieses en sazón, asombrándome el aspecto de aquellos montones de gavillas de trigo en las eras de aquellos pueblecitos que parecen rústicas alquerías, pero cuyas casuchas cobijan millares de racionales y de brutos. Y cuenta que en Europa no puede formarse una idea de la económica y fraternal intimidad con que viven por allí los hombres y las bestias, no solo en sus tugurios, sino también en las cuevas de que abunda aquel país, algunas más cómodas y grandes que las de Engaddi ó de Etam. De modo, que si volviese por allí el ejército de Holofernes, sus oficiales al ver salir de esos agujeros tanta gente y tanta bestezuela, aun podrían decir, como de los betulianos, son como ratones que salen de sus cavernas (*Jud.* xiv, v. 12); y si hubiese otro hijo de Manue todavía podría incendiar tunales, viñedos y olivares tan grandes como los de Tamnata y de Ascalon.

A un lado del camino se ven las ruinas de un templo dedicado á los siete hermanos Macabeos, sacrificados por Antioco, á vista de su heroica y admirable Madre. Como una legua más allá se encuentra el pueblo del terrible Abu-gosci, famosísimo salteador, cuyo hijo no es tan malvado como su padre. Allí se ven las paredes de la iglesia dedicada á Jeremías, con los restos del convento donde, en una noche de 1430, fueron asesinados por los árabes nueve religiosos franciscanos que veneraban allí al santo Profeta, y

hospedaban cual sus hermanos de Ramle á los pobres peregrinos. El punto es muy á propósito para descansar; pero la casi proverbial memoria de varias atrocidades antiguas y modernas nos hizo pasar ligero, tanto mas que un santón turco, que segun dijo el dragoman parecia druso, nos venia insultando y maldiciendo como Semei á David. Matias medio le hizo callar mostrándole su alfanje y su trabuco; pero nosotros no quisimos exponernos á la ira de aquellos fanáticos, y nos fuimos á descansar bajo unos olivos é higueras que hay media legua mas adelante. Allí comimos unos huevos y un poco de bacalao que nos dieron los Padres de Ramle; hicimos pacer á los animales, y sacando la preciosa guia del devoto peregrino, escrita por el reverendo P. Francisco de Perinaldo, vimos cuánto nos faltaba para llegar á la antigua Jebús, á la sagrada tumba del Redentor, que tantos han deseado ver y no han podido. Reconcentramos nuestras ideas al considerar que luego ibamos á cumplir nuestros fervientes deseos... El P. san Francisco y sus hijos, los cruzados y los templarios, los peregrinos antiguos y cuantos fieles habian pisado aquellas sendas; la misma Virgen y san José que habian atravesado aquellos montes al ir á visitar á Isabel; los Macabeos, que los habian cruzado en todas direcciones, y cuya inmortal Modin se ve aun sobre una cumbre, á la derecha; el celo mas que el arrojado del hijo de Isai contra Goliath en el valle del Terebinto, que íbamos á pasar; todo se nos representaba, y hubiéramos querido reunir en nuestro corazón el fervor de todos ellos para podernos acercar digna-

mente y venerar aquellos lugares donde *steterunt pedes ejus*.

Estos deseos se iban avivando; pero el calor y la fatiga de los animales nos iban dilatando el verlos cumplidos. En cada collado estirábamos el cuello mirando ansiosamente la direccion indicada para poder divisar siquiera las almenas del muro ó la colina de Sion; pero solo veíamos collados menos verdes, y nos entristecíamos al tener que bajar otro valle ó quebrada sin haberla podido ver. Despues de pasados unos caserios llamados Colonia, donde no quisimos parar por el demasiado calor y las ansias de saludar pronto la santa Ciudad, atravesamos el pedregoso é inolvidable torrente del Terebinto, pasando un puente bajo de regular construccion, contemporáneo, segun parece, de unos restos de muralla de gruesas y mal labradas rocas, que serian de algun presidio ó fortin de los antiguos dominadores de Judea. En sus inmediaciones y bajios hay todavía mucha vejetacion; mas luego de pasado dicho valle, los árboles escasean, y la languidez de la naturaleza parece que va indicando la proximidad de aquel pueblo que condenó á muerte al Autor de la vida. Pero el anhelo de verle crece, se aumenta y se aviva á proporcion de lo que os acercais, y los ojos ya duelen de tanto mirar en vano.

### III.

**Llegada á Jerusalem.—Iglesia del Santo Sepulcro.— Piedra de la uncion.— Devocion que se siente.— Construccion.— Nuestra capilla y conventito.— Calvario.— Altarcito de la Dolorosa.— Salida.— Bazar.— Sus gentes.— Reflexiones.**

Todo viajero anhela llegar al término de su camino; pero es imposible que nadie experimente este estímulo tan vivo como el visitador de Jerusalem. Ni Alejandro estaria tan impaciente por ver á Babilonia, ni César por ver á Roma, ni Hernan Cortés por ver á Méjico, como el pobre peregrino por la desfigurada ciudad de paz. Así es que uno se hace pesado con tanto preguntar, hasta que dice el dragoman: «Ecco Gerusalemme!» ¡Ved ahí á Jerusalem! gritan los compañeros. Miré, pero me quedé desconcertado al ver, no las murallas de la ciudad, ni la cúpula del Santo Sepulcro, ni la mezquita de Omar, como la habia visto en todos los itinerarios desde Chateaubriand hasta al P. Vallesca, sino un edificio moderno con cúpulas coronadas de globos de bronce dorado, que me dijeron ser la iglesia y hospital de los rusos. Luego ví tambien los deseados muros, con alguna garita y minarete, que en nada se parecian á la idea representada en láminas descriptivas, que cabalmente presentan á Jerusalem de la parte opuesta á la en

que se entra viniendo de Europa; pero el engaño que sufrí me molestó y me distrajo, enojé á los compañeros con preguntas impertinentes, y me olvidé de apearme para entrar en Jerusalem, como deseaba. ¡Qué miseria! anhelaba divisar aquella santa Ciudad por practicar un pequeño acto de devoción humilde, y perdí el mérito de tan propia devoción, que casi todos cumplen, solo porque quería reconocerla tal cual yo la habia visto en los grabados. Y lo digo, para que otros eviten esta molestia intempestiva y conserven su serenidad al ir á pisar aquellos lugares que regó Jesucristo con su sangre y la Virgen con su llanto.

A la una y cuarto llegamos á la puerta de los Peces, llamada tambien de Belen y de Jafa; el sol era abrasador, el trote del caballito no correspondió á las bordadas gualdrapas que le pusieron, los guardas (poco parecidos á los custodios y vigilantes de los Cantares) quisieron registrar nuestros equipajes, y me adelanté á nuestro convento de San Salvador para que viniere un religioso conocido á entenderse con los turcos. Al apearme, besé luego el suelo, por desquitarme de mi distracción y ganar la indulgencia plenaria de la primera entrada, y porque ¿quién es el cristiano que no besa mil veces el suelo de Jerusalem? No podia persuadirme que me hallaba dentro de aquellos muros donde tantas y tan grandes cosas habian pasado. Todo lo hubiera querido ver aquella misma tarde, no sé si por devoción ó por curiosidad. Despues de descansar un rato, y de saludar á los Padres con el gusto que se siente al abrazar á los amigos,

despues de treinta años de viajes y de vicisitudes, quise empezar la visita de los santuarios que pudiese hasta el anochecer, principalmente el santísimo Sepulcro. Afortunadamente aquella tarde habia abertura; esto es, los turcos que conservan las llaves de aquel sagrado templo, consentian en abrir su puerta por el *baccis* ó regalo que les daba otro visitante rico. Aproveché, pues, esa oportunidad, y acompañado del R. P. Procurador Fr. José Coll, y de su compañero Fr. Manuel Collado, tuve la dicha incomparable de satisfacer mis deseos.

Es imposible describir la sensacion que experimenta un alma cristiana al pisar el sagrado umbral de aquella basilica. El corazon, aunque uno no lo piense, se conmueve, se afecta, se enternece y quiere salirse por los ojos, cuyas lágrimas fluyen espontáneas, acompañadas de la palpitacion y de los profundos suspiros de un pecho herido á la vista de aquel lugar de tan tristes y tan gloriosos recuerdos. La entrada en aquel augusto templo se verifica por la única puerta en el brazo izquierdo del crucero; y lo primero que se presenta á la vista es la piedra de la unción, esto es, aquella bendita losa de mármol blanco sobre la cual fué tendido, embalsamado y amortajado el sagrado cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo para ser sepultado. Está en el suelo resguardada con una barandilla de bronce que no impide tocarla y besarla; y eso mismo hace que uno se postre y la adore con la mas tierna efusion, recordando allí los llantos de las Marías, los ahogos de san Juan, de Nicodemus, de José de Arimatea, y sobre

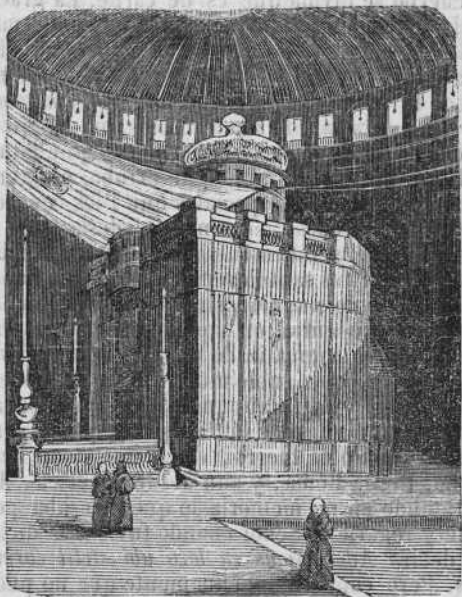
todo de la angustiada sin par, de la desolada Madre. ¡Oh Reina de los Mártires! aquí visteis por última vez el desfigurado cadáver de vuestro dulcísimo Hijo, aquí lavásteis la sangre purísima de sus heridas, aquí besásteis sus sacrosantas llagas, y de aquí, sin ver por dónde pasábais, fuisteis acompañando, con la cara y el corazón cubierto de luto, el duelo tiernísimo que os conducía casi muerta al santísimo depósito, al Sepulcro...

Con este pensamiento fui caminando los veinte y cinco pasos que habrá desde esta santa lápide hasta la tumba del Vencedor de la muerte, colocada en el centro debajo de la gran cúpula. Antes de entrar en aquella peña vaciada que tiene ese sepulcro vacío, por más ansias que tengais de verlo, es preciso detenerse un momento, concentrar el espíritu y recoger algo las ideas, cuya aglomeración perjudicaría el fruto de tan gran visita. Tampoco es regular que uno entre repentinamente en aquella roca adorable, cubierta por una especie de templete de mármoles precedido de dos como balaustres laterales, cual pequeña antesala del más venerado santuario del universo. Allí se arrodillan todos los peregrinos, besan el suelo, le humedecen con sus lágrimas, muchos se quitan el calzado, y levantándose con santo pavor, van entrando reverentes en la capilla del Ángel, que comprende el lugar donde le vieron las Marias cuando les dijo: *Resurrexit, non est hic.* (Marc. xvi).

Aquí se vuelven á arrodillar, ya para avivar su fe, ya para desprender su corazón de todo afecto terreno, acordándose que van á pisar un lu-



gar mas santo que el que pisara Moisés al acercarse á la inflamada zarza del Oreb. Procuré verificarlo así; pero, á decir verdad, no puedo



Iglesia del Santo Sepulcro.

expresar lo que sentí al tocar y adorar aquel marmol glorioso... Me acuerdo sí, y será difícil que lo olvide jamás, que entre las lágrimas mas dulces y el gozo mas tierno recé el Símbolo de

los Apóstoles, repitiendo por tres veces: *Mortuus, et sepultus, tertia die resurrexit a mortuis...* ¡Oh, y cuán dulce es pronunciar allí mismo esos artículos! El alma se queda embargada, y el cuerpo se olvida que es de carne. La gracia de la redención parece que se siente allí mas íntima y mas viva, que el contacto de aquella losa enardece vuestro corazón, y que sale de aquel hueco la voz del grande Apóstol: *Sursum quærite, quæ sursum sunt sapite.* (Colos. III). No quiero decir con esto, pues sería una solemne fatuidad, que sintiese yo allí algun arrobo, ó alguno de aquellos favores especiales que Dios concede á las almas predestinadas mas piadosas que la mia, como el seráfico Patriarca, santa Brigida, y otros espíritus santificados. No presumo haber tenido nada de singular, sino lo que creo siente todo fiel que entra en aquel lugar y respira aquel aliento aromatizado por un cadáver divino, de pisar aquel suelo mudo que habla á vuestro espíritu, y de tocar aquellas piedras heladas que inflaman vuestras entrañas, aunque las tengais de peña ó de hierro, como decia san Bernardo. Desde Roma, y aun desde América, iba apuntando en mi memoria lo que pensaba pedirle y rogarle al Señor cuando tuviese la dicha de decir: *Adoravimus in loco ubi stetit corpus ejus.* Pero confieso ingénuamente que no pude coordinar mis peticiones; si bien me acuerdo haber rogado por mi querida madre, por el soberano Pontífice, por el Padre General de la Orden, por la paz y nuestras Misiones.

Hubiera prolongado mi gratisima visita; pero me acordé que podia molestar á los buenos Pa-

dres, que habian tenido la amable condescendencia de acompañarme, y adorando otra vez mas aquella santa losa, me levanté. Iba tan conmovido ó distraido, que no pensé en inclinarme lo bastante, á pesar de habérmelo prevenido, y tropecé con la cabeza en el umbral de la puercecita que hay y fué practicada en la misma roca, como acostumbraban los judios, quienes no construian sus sepulcros como mausoleos de obra exterior ó postiza, como los europeos, sino que vaciaban las rocas á pico y cincel, agujereando sus nidos ó sepulturas, como puede verse en los admirables sepulcros llamados de los Reyes, cerca de Jerusalem, por el camino de Damasco. Pues el umbral en que tropecé es la misma roca en que el piadoso José de Arimatea hizo labrar su monumento, como lo llama san Mateo, y al que, despues de sepultado su divino Maestro, tapó con una gran piedra: *Saxum magnum ad ostium monumenti*; peña que sellaron los sacerdotes y fariseos, é hicieron custodiar por los soldados; peña que las tristes Marias no sabian quién podria remover, como dice san Marcos, pero que un Angel apartó y se sentó sobre ella, haciendo estremecer á los custodios y asegurando á las piadosas mujeres la resurreccion de Jesucristo. Por esto, la capillita ó pieza adjunta al sepulcro se llama del Angel, y tiene un pilarcito en medio, que ocupa el lugar donde tranquilizó á las fervorosas discipulas del Señor. Besé aquella columnita que nadie deja de venerar, y me llevaron al altar de la Magdalena, construido en el sitio donde su amado Redentor se le apareció en figura de hortelano. Me

arrodillé maquinalmente, como si yo también oyera aquella única pero inefable expresión: ¡*María!* con que Jesús resucitado se hizo reconocer de su más constante y fiel discípula: adoré la cruz del suelo, ya que no los pies del Salvador, que allí tocaron, y pasé á la iglesita separada de nuestra Orden, donde se venera en un altarcito lateral la piedra pedestal de la flagelación, y en el principal la primera aparición de Jesús resucitado á su santísima Madre. Le recé el *Regina cæli lætare* con cuanta devoción pude, considerando el gozo inefable de que rebosaría aquel corazón antes espirante de dolor.

Al lado está la puerta del departamento, donde me invitaron los Padres á entrar. Les complací por no parecer desatento; pero salí luego porque deseaba ver el Calvario antes que los turcos cerrasen la puerta. Les agradecí, pues, su atención fraternal; les ofrecí volver á encerrarme con ellos algunos días en aquella santísima reclusión; ví de paso la cárcel del Señor, la capilla de la división de sus vestiduras, el subterráneo de la invención de la santa Cruz, la capilla de Santa Elena, la de los improperios, dando la vuelta á toda la iglesia; y volviendo casi á la puerta lateral y única, por donde habíamos entrado, ya temí que se habían olvidado que quería ver el Calvario, cuando me dijeron: Por aquí se sube. Al poner el pié en la primera grada sentí un salto en mi corazón, que procuré disimular; pero no pude contener los sollozos y lágrimas con que desahugué al ver la imagen de Jesucristo fijada allí mismo donde estuvo clavado el Hombre-Dios padeciendo y muriendo

como el mas criminal de los hombres; donde la mas pura de las Madres se vió en angustias mas terribles que la mas desgraciada de las mujeres. El que ve esa colina, ese agujero de la cruz, esa abertura de la peña, ese suelo de la crucifixion, ese altarcito de la Virgen dolorosa, ese respeto, esos gemidos y ese llanto de los peregrinos; y no piensa en lo que ve, y no se postra, y no llora y no riega con sus lágrimas esa tierra regada con la sangre de su Redentor... que se tenga peor que Job, como un aborto de insensatez. No se comprende cómo ahora puede haber hombres tan perversos, tan obcecados, que á vista del Gólgota permanezcan insensibles y sacrilegos como aquellos blasfemos de entonces que pasaban diciendo: « ¡Bah! si eres Hijo de Dios, baja de la cruz... » ¡ Bendito seais, Jesús mio! porque no bajásteis de ella; pues temo que si hubiérais bajado Vos, mi redencion y la del mundo peligraba; mientras que ahora la consumásteis, y fué copiosa. Yo no tenia por qué disimular; me arrodillé cerca de aquel hoyo donde estuvo exaltado el árbol de la vida, regado con la sangre del Cordero sin mancha; reconocí con toda mi fe que el que allí murió crucificado, pidiendo perdon por sus verdugos, era verdadero Hijo de Dios, como el Centurion; y hubiese querido tener todo el dolor de la Magdalena para llorar allí mis pecados, abrazarme al pié de la cruz, y bañar mi cabeza con una sola gota de aquella sangre purificadora. En defecto de tanta dicha no me cansaba de meter mis manos en aquel agujero, como si hubiese querido atraer hácia mi alma toda la virtud del gran sacrificio

de Dios, á quien pedí la paz de la Iglesia, la del universo, y principalmente la de Bolivia.

Me acerqué un momento á rezar el tristísimo *Stabat Mater dolorosa juxta crucem lacrimosa*, en ese pequeño altar donde ella tambien se ofreció cual victima de la redencion. Aquel lugar, aquel triste himno y su compasiva imágen me la representó tan al vivo, que me hacia oír sus ahogados suspiros por no afligir á Jesús, y ver á Jesús moribundo, diciéndole á ella: *Ecce filius tuus*, y á mi: *Ecce Mater tua*. No se puede escribir lo que uno siente al recordar en tan sagrados lugares las inefabables palabras del Evangelio. A su vista no solo adquieren una certeza indudable, sino la viveza de un dulce cuchillo que llega hasta el alma y la medula de los huesos, segun la frase de san Pablo (*Heb. iv, 12*), penetrando hasta las arterias de vuestro cuerpo y hasta los pensamientos mas recónditos de vuestro corazon. Allí no se puede dudar que todas las criaturas están visibles á los ojos de Dios, sin que se oculte la mas minima, y que todos los hombres con todas sus iniquidades estuvieron allí presentes con Jesucristo. Ese pensamiento me alentó, me llenó de consuelo, y acercándome un poco mas al purísimo trono de la gracia, Maria, le dije yo tambien: *Ecce filius tuus!* Me tuve entonces por el mas feliz de los pecadores; y no sé qué cosas mas le dije á nuestra dolorosa Madre, que aun muriendo al pié de la cruz, es siempre nuestra vida, nuestra dulzura y esperanza; y os lo hace sentir efectivamente.

Hubiera prolongado con gusto mi visita, pero

oyendo que los turcos hacian ruido de llaves, para indicar que iban á cerrar el templo, me levanté, recé de paso una *Ave María* á la otra Dolorosa de la capilla separada del Calvario, pero visible por una doble reja, en el lugar donde estuvo María santísima mientras crucificaban á su Hijo, y me salí con ánimo de volver á visitar con mas detencion aquellos sitios adorados, y de celebrar el santo sacrificio allí mismo donde Jesús se inmoló cruentamente por los pecados de todo el mundo. Mi corazon, aunque devotamente desahogado, no quedaba enteramente satisfecho: habia como probado la dulzura de la pasion con la précipitacion y parsimonia que los soldados de Gedeon lamieron con la punta de la lengua las aguas del Harad (*Jud. vii, v. 6*); y era preciso meditar mas detenidamente cuanta hiel habia puesto yo en el cáliz del Señor...

Embebido en este pensamiento me despedí de los buenos religiosos, que tuvieron la fineza de acompañarme hasta la puerta; les volví á ofrecer acompañarles unos dias en su santa reclusion, y nos salimos con el P. Procurador y Fr. Manuel, con quienes los porteros turcos se mostraron muy afables y comedidos. Nos detuvimos en la plazuela del templo para observar su fachada medio bizantina. Reparé que sus grandes puertas eran dos, y una está enteramente tapiada: al lado de esta se ve la puerta y la escalera de la capillita de la Virgen dolorosa, que está contigua, aunque separada por la pared maestra, del lugar de la crucifixion, que es propiedad exclusiva de nuestra Orden.

En la plazuela tomamos á la izquierda por un callejon que nos condujo á los restos de una iglesia, erigida antiguamente por los cristianos en el lugar que fué la cárcel de san Pedro, preso allí por el adulator de los judios, Herodes Agripa, y libertado por el Angel que rompió sus cadenas. Fuimos dando la vuelta á la gran basilica de Santa Elena, por entre callejuelas de basura y de ruinas hasta llegar á un pilar caido, que es la señal de la décima estacion. Lo veneré como se merece, reservándome recorrer despues la via dolorosa. Nos salimos por el bazar, ó mercado, que es una calle bastante oscura, por las negras bóvedas que la cubren, mas que medianamente súa, porque el aseo no es la virtud predilecta de estos mercantes. Allí se ven fritanguerías, cocinas para café, panaderías, molinos, tiendas y mesas de todo género de chismes, andando mezclados caballos, camellos, burros, moros, judios, griegos, armenios, católicos con trajes, fisonomías y tipos que marcan sus razas y creencias. De modo que al ver tanto desaseo, tanta mescolanza de cosas y de gentes, de facciones y costumbres tan diversas, algunas bien abyectas y ridículas, otras impropias y viles, uno se siente tentado á preguntar, si es esta aquella opulenta Jerusalem de Salomón; y casi lo dudaria á no oirse por todas partes el triste lamento de Jeremias: *Domina gentium, princeps provinciarum facta est sub tributo... Vide, Domine, et considera quoniam facta sum vilis.* ¡Cuán visible está la mano del Señor sobre esta ciudad deicida! *Facta est Jerusalem quasi polluta menstruis... Justus es, Domine!* (Thren. 1, 17). Y



lo mas admirable es que esa ciudad, tantas veces asolada y mal restaurada, se ve habitada por un pueblo que no es el suyo (*I Mach. 1, v. 40*), por los hijos de Ismael y algunos de Heber, los del Aquilon y los del Mediodia, los vasallos del Czar y los de Mahoma, los disidentes y los católicos; un pueblo alienigena y heterogéneo, reunido al rededor del Gólgota, que se empeñan en conservar por interés ó por política, los mas por cálculo y pocos por veneracion; pero que Dios hace subsistir alli como un irrefragable testimonio de su verdad, de su paciencia y de su justicia eterna, como quiso que lo fuesen tambien del poder de su Espiritu divino sobre los Apóstoles, los Partos y Medos, los Elamitas y Mesopotamios, los de Capadocia y del Ponto, del Asia y de Frigia, los de Pamfilia y de Egipto, los de la Libia y de Cirene, los de Roma y de Creta, los prosélitos y los arábes, *ex omni natione quæ sub cælo est*, como dice san Lucas. (*Act. 11*). Y todos pueden preguntarse ahora lo mismo que admirados se preguntaron entonces: *Quidnam vult hoc esse?* Jerusalem provoca á sérias meditaciones: basta verla para sentirse tocado de aquella tristeza profunda de los Trenos; y cada calle, cada casucha, cada ruina os dice: *Vide, Domine, et considera quoniam facta sum vilis.* ¡Mira, viajero; considera, peregrino, cuán envilecida he quedado! Soy el escarnio del universo, y como un espejo manchado que mirar deben los pueblos réprobos.

Es cierto que Jerusalem ha cometido muchas abominaciones y un pecado muy grande; pero mas grandes son las misericordias del Señor,

que no tienen fin ni número ; y tal vez en esa mezcla de sus actuales moradores (ya que ella fué figura de la celestial), nos quiso indicar el Eterno aquella variedad y multitud de predestinados de todos los pueblos, tribus, lenguas y naciones que habitarán aquella Jerusalem gloriosa que vió san Juan: puesto, además, que *pro omnibus mortuus est Christus*. (I Cor. II, 15). Así iba pensando al regresar al convento de San Salvador, con cuyo bondadoso Padre Vicario custodial hablé para poder ir al siguiente día á San Juan de Judea, ya que era su gran natalicio. El religioso almacenero, Fr. José Valverde, se ofreció á acompañarme, y lo preparó todo para aquel corto viaje de dos leguas. Me fui á descansar; pero me estuve pensando y soñando en lo que había visto é impresionado mi alma, que me hallaba realmente en Jerusalem, teatro de las maravillas y de la pasión del Señor, y que mañana visitaría la cuna y el desierto de su Precursor y Bautista. ¡Qué ideas tan gratas! Me acordé también que en algunos puntos de España y de América suelen en esta noche manifestar con fogatas la alegría de san Juan, en cuya madrugada salen algunos á lavarse en las fuentes y en los ríos, como en recuerdo del bautismo en el Jordan. Así como las fogatas de los cerros creen algunos que son un recuerdo de las que mandaría encender santa Isabel sobre las cumbres de Judea para indicarle á la Virgen el nacimiento de su hijo, si es que María se hallase en Nazaret, y no estuviese aun en casa de su prima. El Evangelio no decide este punto, y los intérpretes están divididos. *In dubiis libertas*.

IV.

**Viaje á San Juan.— Visitacion.— Convento.— Santuario.— Padre Radó.— Cantores indios.— Vísperas, Procesion, Devocion, Magnificat.— Precauciones.— Monjas del monte Sion.— Ratisbona.— Desierto de San Juan, Gruta, Fuente, Sepuleros, etc., etc.**

Ese dia madrugamos, y al amanecer ya estuvimos en marcha montados en humildes borricos: salimos por la misma puerta de Jafa, dejando su camino á la derecha, el de Belen á la izquierda, tomando nosotros el de en medio con direccion al S. O. La mañana estuvo muy despejada y fresca, mas de lo que suponía lo eran por Palestina el 24 de junio; pues al pasar por la ladera de la llamada casa de Obededon, senti verdadero frio. Pero me iba distrayendo agradablemente con las indicaciones de Fr. Valverde, que me hacía notar las cosas memorables del tránsito, como el monte Sion, el del Mal consejo, San Elias, las lomas de Belen, y mas allá el de los Francos en las inmediaciones de Tecue; cerca del camino, en un valle, el monasterio de la Santa Cruz: todo esto á nuestra izquierda; á la derecha algo léjos se veía dominar la patria del gran Matatias, y algo á la espalda hácia el Norte, sobre otra altura se divisaba Ramata Sophim, patria y tumba de Samuel. En el hondo valle delante de nosotros iba

serpenteando el seco torrente del Terebinto, testigo de la victoria de David contra Goliat. Todo recuerda allí la historia del pueblo de Dios; y al considerarme sobre los collados de Judea, no pude olvidarme del Arca santa que por allí trajeron los hijos de Levi, y mucho menos del Arca viva de la nueva alianza, María, aquella Virgen que apenas hecha Madre del divino Verbo, se vino desde Nazaret apresurada á estas montañas á visitar á su anciana prima Isabel.

Al declinar una de aquellas colinas vimos un vallecito cubierto de olivares y viñas, unas dos casas nuevas y una capilla como casita blanca dentro de un cercado entre ruinas y árboles. «¿Aquello es San Juan? le dije á Fr. José.— No, me contestó, es la Visitación. Tal gozo sentí que me apeé, dejé el borrico al múcaro, y traté de recoger mi atencion para acercarme á tan gran santuario, donde la mas pura de las madres y la Madre del Santo mas grande se saludaron, se abrazaron, se comunicaron su espíritu y su gracia, se revelaron sus misterios tan altos y se dijeron cosas tan divinas. Despues de rezar el *Magnificat* y el *Benedictus* con toda la devocion posible, ya que no con la que los pronunciaron sus inspirados autores, me fui preparando para la misa. Luego se descubre el pueblo y el convento, que es como una fortalecita con sus altas paredes y su gruesa puerta de hierro, pues los turcos sanjuaninos son los mas desconfiados del mundo. Dicho convento es pequeño, aunque muy bien construido en un cuadro regular, que contiene uas de treinta celdas con su linda iglesia en el centro. A ella me dirigí luego que entré, porque

tenia deseo de saludar aquellos que vino á visitar de tan lejos la Madre de la gracia. Muy grato me fué celebrar el santo sacrificio en aquel lindo santuario, en cuyo altarcito lindísimos relieves de mármol blanco representan la Visitacion de Maria y el nacimiento del mas que Profeta. La devocion de los circunstantes en aquel pequeño recinto excitó la mia, como si me hiciera participar del gozo que Gabriel prometió á Zacarías tendrian muchos en el nacimiento de su hijo. Al leer el Evangelio se me hacia pequeño el pecho, cual si participara del júbilo de aquellos santos ancianos al ver la gran misericordia con que Dios magnificó su esterilidad dándoles un hijo tan grande.

Despues de la misa volví al mismo lugar para dar gracias y para saborear mejor aquella tierna emocion que habia sentido en el altar. Conozco que la devoción tierna y sensible no es la mas sincera; pero cuando el Señor nos la concede, tampoco debemos despreciarla, sino sacar de ella todo el provecho posible. Satisfecho mi deseo, fui á presentarme al Padre Guardian que habia tenido la complacencia de estarme esperando en la sacristía, para hacerme desayunar y conducirme á la celda. Al ir á esta tuve el placer de abrazar al R. P. Fr. Jaime Radó, excelente religioso, amigo mio desde el noviciado, conventual y organista que fué de Reus, y que despues de haberse atraído por su rara habilidad y virtud la estimacion de sus superiores de España y de Italia, habia sido destinado á Tierra Santa, y aquel dia se hallaba en San Juan para solemnizar su fiesta. Muy grato, pues, me fué el verlo

y abrazarlo despues de tantos años. Recordamos, como es natural, varias cosas de nuestra juventud religiosa, de nuestros compañeros y conocidos, algunos misioneros en América, otros vivos en Italia y otros muertos en España, en Francia, en Italia y en América, acordándonos aun de varios episodios con sus incidentes chistosos ó frívolos si se quiere; pero cuya reminiscencia en pais remoto forma una especie de encanto para corazones simpáticos, y produce momentos de placer que no comprenden los estóicos: así como un egoísta ó un calculador metalizado no puede comprender la satisfaccion que experimentan un inválido ó un viejo marino al relatar con sus camaradas sus campañas, sus tormentas ó sus bonanzas.

En tan grato pasatiempo nos advirtió la campana la hora de la conventual, y nos fuimos, él al órgano y yo al coro. Se cantó Nona con gran solemnidad y concurrencia, pues aunque los cristianos de San Juan son poco numerosos, ese dia tambien se tolera que los no cristianos entren en la iglesia por la devocion que le profesan á su paisano glorioso, y acuden á la solemnidad muchos católicos de Jerusalem, de Belen, de Betgialá y otras partes; como para que aun ahora sea cierto que, *multi in nativitate ejus gaudebunt*. Tambien se hallaban alli de paso para Jafa dos religiosas de San José establecidas en Belen. La compostura devota de los niños y niñas de la escuela me edificó; principalmente la entonacion y claridad de los diez que vestidos de sotanas encarnadas y cotas blancas en medio del coro, cantaron con un compás y armonia.

que yo no creía posible en estos arabitos, me admiró. La misa acompañada por el P. José de Luca, el dicho P. Radó, un pobre lego español, ciego hábil, y por dichos niños, podia haberse lucido en San Juan de Letran, y sus modulados gorgeos hubiesen merecido aplausos á los famosos cantores de la Sixtina. Todo eso era fruto de la paciente maestría del P. Jaime y de la aguda aplicacion de sus discípulos. Entonces me acordé de lo que me decia en Roma mi buen amigo el M. R. P. Antonio Melicoca, sobre la habilidad de esos muchachos, algo parecidos en el color y en su capacidad para el canto á los neófitos de nuestras misiones de Bolivia, quienes tambien están dotados de un instinto, un oido y un metal de voz especial. Si fuese posible trasladarse sin saberlo á una iglesia de aquellas reducciones, al oír la melodía y los trinos de aquellos nuevos cristianos, nadie creyera que se hallara entre semi-salvajes; ni posible creyera que aquellos bosques produjeran ruiseñores y filomenas tan suaves.

Este mismo fué el tema de nuestra conversacion en el divan de aquellos buenos Padres, despues de la misa solemne y de la comida. Esta fué de vigilia por ser dia de viernes, pero muy sazonzada con la gratisima salsa de la caridad al ver aquel pequeño refectorio de religiosos, que habian concurrido á la fiesta solemnizada por el celebrante Rmo. P. ex-Custodio Fr. Buena-ventura de Solero, religioso celoso y ejemplar de una amabilidad atractiva. Despues de las solemnes Vísperas bajamos á la iglesia para la procesion que se hace todos los dias; pero en

este, que es la fiesta principal de aquel santuario, es mas tierna é imponente. En ella cantan los monacillos, alternando la comunidad y todo el pueblo, aquellos dulcísimos cánticos del *Magnificat* y *Benedictus*, tan rebosantes de la humildad de María y de la infinita misericordia de Dios: en una de las estaciones se cantó tambien el melodioso himno del Santo: *Ut queant laxis, etc.*, tan lleno de sentimiento y de elevacion, y que cantado por aquellas lenguas infantiles trasladan el alma á los dias felices del nacimiento del Precursor, en cuya casa os hallais. Y al ir visitando los altares donde se veneran su cuna, sus Padres estériles y su purísima Visitante, dígase lo que se quiera, es necesario tener un corazon mas duro que la roca para no sentirse conmovido. Ciertamente hay óperas, conciertos, himnos conmovedores, sublimes, que arrebatan de entusiasmo y de delirio á los cultos y á veces necios admiradores del canto: mas dudo que todo eso pueda excitar sensaciones tan gratas, pensamientos mas inefables que los que brotan y deleitan en el pecho de un fiel al tocar las fibras de sus sentidos acentos tan sagrados. Comparad la Marsellesa con el *Stabat* de Rossini: aquella os hará estremecer; pero este os hará gozar y tal vez llorar de pura ternura.

Y cuando á esta se une la vista de la localidad, avivada con la luz de la fe, que os presenta aquellas paredes como embalsamadas por el aliento de lo mas santo que ha pisado la tierra; y en vez de los religiosos, de los cantorcitos, de los árabes fieles ó infieles que os rodean, os re-



presentais allí al gran Zacarías mudo é impaciente para revelar los anuncios de Gabriel y los designios del Altísimo, mirando á su virtuosa esposa que no cabe en sí de felicidad al verse en su vejez madre de un hijo que ha sido santificado en sus entrañas, donde saltara de gozo al sentirse en la presencia de aquel Redentor tan deseado y apenas concebido en el immaculado seno de María, que habitó por tres meses aquella mansion de santidad y de gracia, el recién nacido Juan, aquel niño predestinado, que al verlo tan bello se preguntan sus parientes asombrados: ¿Qué cosa será este niño? y que luego, rompiendo su padre el silencio, tomándolo en sus brazos, exclama: *Tu puer, propheta Altissimi vocaberis, præibis enim ante faciem Domini parare vias ejus* (Luc. 1); al representarse, digo: estas figuras y escenas evangélicas en su propio lugar, uno se cree presenciárlas, y no puede menos de agradecer á Dios el haberle traído allí.

No deja de interesar también el ver la devoción con que las pobres turcas presentan sus hijos al Profeta niño: bajan arrodilladas al santuario, se postran, besan el lugar de su nacimiento, y poniendo allí aquellas criaturas, ruegan, gimen y aun lloran por obtener la felicidad de aquellos párvulos. ¡Quiera Dios escogérselos para sí, salvándolos de las tinieblas del islamismo, como si se hiciera de las piedras dignos hijos de Abraham! Ellos también veneran la piedra del Bautista, que según la tradición le servía de púlpito al niño predicador de la penitencia preparadora de los caminos del Señor. Dicha

piedra está como una milla mas allá, en el camino que lleva al desierto.

La misma tarde, despues de Vísperas y procesion, fuimos casi en comunidad á la Visitacion ó á casa de Zacarías, que distará media milla, con buen camino que forma como un ángulo, en cuyo recodo se halla la copiosa fuente llamada de la Virgen, porque á ella vendria por agua la fuente de las gracias los tres meses que acompañó á su prima embarazada, y aun algunos creen que ella la hizo brotar. Por eso los cristianos beben de ella con devocion, y los turcos con interés abrevan en ella sus ganados y riegan las huertas adyacentes.

Dice san Lucas que conociéndose en cinta santa Elisabet, se ocultó cinco meses, sea por humildad, como insinúa el Evangelista, sea por cortedad vergonzosa, como suponen sus paisanas; lo cierto es que ella quiso encubrir en el campo su embarazo, que no le hubiera sido tan fácil ocultar en poblado. Sus vecinas y aun tal vez sus domésticas podian ignorar así lo que supo con certeza infalible la Esposa de José, bien distante en Nazaret. Y bien distante estaria aquella estéril bendita de pensar que un Angel fuese á revelar allá lo que ella tanto ocultaba, y que aun presentase su preñez como prueba incontestable de la omnipotencia de Dios, que queria ser concebido de una Virgen. Y esta Virgen viene apresurada *per montes et colles*, como la cervatilla de los Cánticos ó la tórtola de los valles, para sorprenderla tiernamente, felicitarla con sus dulces arrullos y servirla con sus purísimas manos en su retiro. Y ese retiro es el

que se llama Visitacion, ó casa de Zacarías, pues era casa campestre ó quinta del padre del Precursor. Los fieles veneraron siempre aquel sitio, y para recordar mejor aquella feliz visita de la Madre de la gracia, ensayo de las infinitas que debia repartir á los mortales, se fundó allí un monasterio de religiosas de la Visitacion, que recordaban con sus cánticos y pureza aquel interesante saludo y abrazo de las mas interesantes Esposas. Aun se ven sus bóvedas arruinadas por los musulmanes; pero todavía se conserva el lugar, recién restaurado, como una capilla cuadrada, donde se saludaron, se abrazaron, y unieron sus almas, reconociendo y ensalzando Isabel á la Madre de Dios, y la gran Madre de Dios magnificó al Señor ensalzando su misericordia, humillándose ella mas que todas las criaturas, á pesar de las grandezas que el Omnipotente hizo por ella.

Entonamos tambien nosotros aquel divino cántico, mas dulce que el de Ana, que el de Débora y Jael. La Iglesia lo repite todos los dias por las bocas de mas de un millon de sacerdotes y de vírgenes, y el cielo lo canta sin cesar por millones de millones de Angeles. Yo entonces hubiese querido su fervor para que mi visita hubiera sido mas fructuosa. Despues rezamos el cántico de Zacarías y el santo Rosario con los misterios de gozo, aunque era viernes, por atencion al lugar; en el cual me hicieron observar los Padres el zaguan ó la entrada de la casa de Isabel, que entonces era en la parte opuesta ó en frente de la puerta actual de la capilla, á cuyo lado derecho se ve un pedron en un nicho,

que opinan fuese la tapa con que se ocultó al niño Juan del degüello de Herodes; y se espera que se hallarán datos mas comprobantes en ese sentido. El santuario tiene unas diez varas cuadradas, á mas del zaguan; paredes sólidas con su media naranja ó claraboya: se baja á la capilla por seis gradas. Delante de la puerta hay un frondoso olivo, en cuyo poyo descansamos un momento, observando las lindas florecitas de un pequeño jardin, entretenimiento del religioso custodio, y bebimos agua de un pozo, resto aun del monasterio destruido, y tal vez del huerto de Zacarias.

Estas ruinas y el santuario de la Visitacion, restaurado, como acabo de decir, por la actividad del Padre Procurador español Fr. José Maria Ballester, y por el celo del entonces custodio P. Buenaventura de Solero, están cercados con su puerta segura, porque en Tierra Santa es preciso andar siempre con suma precaucion, tanto para evitar los asaltos de los indigenas, cuanto para que otros no usurpen lo que cuesta á nuestros religiosos tantos gastos, tantos años de fatigas y de sacrificios. Por esas tierras de Palestina tienen que sufrirse siempre las mismas contiendas y espoliaciones que Isaac con los de Gerara: nosotros tambien, despues de tan prolongada y martirizada posesion de santuarios que formaban el patrimonio seráfico, á mas de las atroces exigencias del turco, somos desposeidos por los cismáticos, que nos dicen como entonces: *Nostra est aqua* (Gen. xxvi, 20): si bien nosotros decimos con igual verdad que el padre de Jacob: Calumnia, envidia, rapiña. Pe-

ro como carecemos del oro corruptor, perdemos los pleitos mas justos, teniendo el dolor de ver despues en manos extrañas aquellos preciosos relicarios, que se descuidan ó se profanan, como ha sucedido con el monte Sion, el Olivete, Belen, el santísimo Sepulcro y aun parte del Calvario, que eran antes de nuestra sola custodia.

Al lado del recinto de la Visitacion vimos una hermosa casa cuadrada, medio gótica, aunque de nueva construccion, que sirve de monasterio interino á las religiosas llamadas del Monte Sion, dedicadas á la conversion é instruccion de las niñas hebreas. Promovió su fundacion el judío Ratisbona, convertido al Catolicismo por una vision de la santísima Virgen en la iglesia de San Andrés *della Frate* en Roma. Se hizo jesuita, y ha dejado de serlo, creyendo quizás que fomentando el celo de estas religiosas seria mas útil á la felicidad eterna de las pobres israelitas. Tuve la fortuna de conocer á este buen sacerdote aquella misma tarde, cuando él regresaba de la nueva casa que están construyendo en la parte occidental de San Juan para monasterio de aquellas santas vírgenes. ¡Quiera Dios que la concluyan presto, que la posean largos siglos y que reduzcan á la fe tantas judías como estrellas hay en el cielo!

El dia siguiente fui á visitar el desierto de San Juan: el religioso lego Fr. Isaac tuvo la bondad de acompañarme, tomando un jumento, que arreado por un múcaro llevaba la caja del ornamento. Pasamos por el pié de la Visitacion, vimos mas allá en medio del camino la piedra del

Bautista, bajamos por un valle cubierto de higueras y viñedos, luego subimos ladeando otros, atravesamos un largo olivar por una senda, fuimos descendiendo un poco, y luego ví un caserío derruido, unas peñas y como un precipicio á la derecha: abajo estaba el torrente del Terebinto. «Aquí es, me dijo el compañero; apeémonos y amarremos las cabalgaduras á este olivo.» Así lo hicimos, dejando al múcaro su cuidado, y nos bajamos con alguna precaucion á la gruta del Santificador de los desiertos, que está al cargo de otro múcaro, al que encontramos durmiendo bajo un frondoso algarrobo. Al bajar el sendero se pasa por el lado de una gran peña agujereada, cuya abertura es el balcón del palacio del primer anacoreta, y su gabinete es el hueco de aquella roca vacía, donde se sube por unos escalones cortados á pico hace poco, pues antes se subia á la cueva sin ellos con algun peligro. Al lado izquierdo de dicha cueva brota un chorro de agua cristalina, con la que lavé mi cara y manos, acordándome que ese era todo el regalo del mas admirable de los penitentes, y tal vez aquí empezaria ya su bautismo de penitencia. Me acordé que en mi pais se lavan en las balsas y fuentes la mañana de san Juan, y yo tenia la dicha de poderme lavar aquí donde él habia habitado desde su infancia hasta su mision en las riberas del Jordan.

La gruta del que se llamó *Vox clamantis in deserto*, tiene como seis metros de longitud, y unos tres de anchura: se distingue todavia como un estrado cortado en la misma cavidad, que servia de lecho al que mostraba al Cordero de Dios.

Sobre ese estrado ó tarima se ha colocado una tosca losa que sirve de mesa de altar, sobre la cual se acomoda la misma caja del ornamento, que está construida expresamente con visagras y corchetes para abrirse, extenderse y arreglarse como un altarcito. Todo lo arregló el Hermano Fr. Isaac mientras yo me acababa de preparar. Bien hubiera querido tener entonces todo el fervor y santidad del que bautizó al mismo Salvador, y que no creía digno de desatar la correa de su calzado; ya que yo no podía imitarle en la pureza, le pedí siquiera algo de su humildad para poder ser un digno ministro de aquel Dios tres veces santo, cuya venida él anunció tan santamente. Me sentía penetrado de un santo encogimiento, y procuré celebrar con el fervor posible; pero al pronunciar el *Agnus Dei*, antes de la sagrada Comunión, se me representó muy vivamente el gran personaje que pronunció esas enfáticas palabras, que la santa Iglesia ha adoptado para sensibilizarnos la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, cual si se estuviera presentando lleno de verdad y de gracia allá en la playa del sagrado río, aunque en la hostia adorable se presenta con mayor humildad y dulzura. En fin, aquel era un Santo sin igual *inter natos mulierum*; mientras que los pobres sacerdotes, á cuyas manos él baja diariamente, somos... lo que él sabe... No sé si me humillé lo que debía, y lo que Dios merece que nos humillemos; pero creo que aquella peña y aquel recuerdo no será estéril para mi alma; así como difícilmente me olvidaré del gusto que

tuve, despues de la misa y su accion de gracias, al sentarme en aquellas toscas piedras donde caia el chorro del manantial que refrigeró la sed de aquella bendita garganta cortada por la adúltera Herodias. Tomamos un poco de pan y queso por desayuno, que ciertamente fué mas opiparo que el de aquel que solo se alimentaba de langostas y miel silvestre. Fr. Isaac habia traído tambien un poco de vino del cual bebí un poco, aunque luego senti no haberme abstenido en obsequio del que nunca lo bebió.

Trepamos por las breñas para ver las ruinas de un pequeño monasterio ó casa que hubo en aquel sitio en tiempos mas felices, cuando aun se conservaban los sepulcros de los ancianos progenitores del Angel del desierto, que hoy apenas se distinguen. Contemplamos otra vez el valle del Terebinto que teníamos bajo nuestros ojos, aunque no sabíamos si era alli el punto de la victoria del pastor de Belén contra el gigante de Get; valle tantas veces cruzado por el ejército de Israel, desde los tiempos de Sanson y de Heli hasta el de los Macabeos, cuyo mausoleo de seis pirámides ya no existe, y trabajo cuesta reconocer el campo donde tan gloriosas victorias reportaron. Y en vez de ver desfilar por aquellas colinas los ejércitos invictos que hizo brotar de la tierra, mejor que la arrogancia de Pompeyo, el moribundo aliento de Matatías, solo se ven algunos árabes insidiosos que andan en un pueblecito de la falda del frente, cuyas cavernosas casuchas no os incitan á visitar. Nos despedimos, pues, del beduino de la gruta,



y nos volvimos á San Juan por el mismo camino, que tendrá como legua y media. Aquella misma tarde regresé á Jerusalem en compañía del Padre ex-custodio y el P. Radó: los Padres cantores y monacillos habian regresado ya por la mañana.

Capilla de la Resurrección.—Colinas para los  
de voces.—Cristián.—Monasterio de la Vir-  
gen.—Fiesta de Santo Tomás.  
coron de la Virgen.—Virgen.—Illa  
de la Resurrección.—Fiesta del Cristo.  
Fiesta del Santo Espíritu y Cristo.—Fiesta  
de la Resurrección.—Fiesta de los Santos.  
de la Resurrección.—Fiesta de la Virgen del  
Cristo.—Fiesta de la Virgen.—Fiesta  
del Resurrección.—Fiesta de la Resurrección.  
Fiesta de San Juan.—Fiesta de la Resurrección.—  
Fiesta.—Comunión de san Juan.—Comunión de  
Fiesta de la Resurrección etc.

Estando en la sala de la ciudad es preciso con-  
ducir como un conducto que vende durante  
el día, una cuenta al caer de la tarde, y por la  
noche, después de las velas para el día siguiente.  
Durante el día, pues, el peregrino debe ir al  
el sacerdote recibir lo que ha visitado, y des-  
pués comparecer al cura de la visita del día siguiente.  
Se comienza con el Señor. Como que una cosa  
para mirar en la capilla de la Resurrección, y así lo  
y el Señor. En la capilla está delante del palacio  
de la Resurrección, y así pronto para, sobre los divinos  
una calle, y calle de delos reverbos, que solo  
al pasar, el sacerdote se inclina bajándose que  
por ella, y así se inclina de las velas, para  
y a ella desde San Sebastián hay que pasar por la  
puerta Judicia, la casa de la Resurrección, el su-

**Capilla de la Flagelacion.**—Celdas para los devotos.—Getsemaní.—Sepulcro de la Virgen.—Olivos.—Piedra de Santo Tomás, cerca de la Virgen.—Viri Galilæi.—Huella de Jesucristo.—Vista [del Olivete.—Lugar del Pater Noster y Credo.—Vista de Jerusalem.—Sepulcro de los judíos, de Josafat, Zacarías, Siloé.—Piedra del Cedron.—Fuente de la Virgen.—Monte del Escándalo.—Pozo de Nehemías.—Cueva de San Pedro.—Haceldama.—Santiago.—Cambio de esa iglesia.—Casa de Anás, Sion, Cenáculo, etc.

Estando en la santa Ciudad es preciso conducirse como un comerciante que vende durante el día, pasa cuentas al caer de la tarde, y por la noche dispone las ventas para el día siguiente. Durante el día, pues, el peregrino debe visitar, al anochecer meditar lo que ha visitado, y después combinar el giro ó la visita del día siguiente. Convine con el Padre Vicario que iría á celebrar misa en la capilla de la Flagelacion, y así lo verifiqué. Dicha capilla está delante del palacio de Pilatos, cuyo pretorio era: ahora los divide una calle... calle de doloroso recuerdo, que solo al pisarla el corazón os indica palpitando que por ella pasó la más desolada de las madres. Para ir á ella desde San Salvador hay que pasar por la puerta Judiciaria, la casa de la Verónica, el en-

encuentro del Cireneo, las caídas de Jesús, el angustioso encuentro con su dulcísima Madre, el arco del Ecce-Homo, el antiguo Litostrothos; y esa via que pisais, advertid que la pasó el Señor en su pasión cuatro veces al menos. Por lo mismo no es extraño que al recorrerla un cristiano sienta debilitársele los nervios, doblársele las rodillas y conmovérsele las entrañas. Al menos al entrar en aquel recinto donde la sacrosanta humanidad de Jesucristo se vió desnuda, ultrajada, amarrada, ensangrentada, desfallecida y agonizante al pié de la columna; y al considerar que os hallais allí mismo, que en aquel mismo altar sufrió paciente el tormento mas atroz, y que quizás habeis sido uno de sus verdugos, ¡ah! no, no es posible contener las lágrimas, puesto que los Angeles mismos lloraron amargamente.

Se entra por un patio á la capilla, que es nueva; nuevo el altar mayor labrado en mármoles de Nápoles, y el pavimento nuevo tambien; de modo que con las antiguas desolaciones de Jerusalem, las profanaciones repetidas de turcos y judios, y las renovaciones modernas, aquel santo lugar no tiene del antiguo pretorio mas que el ámbito. Sin embargo, uno no puede abstenerse de besar aquel suelo, aquellas piedras, como si aun estuvieran salpicadas con la preciosísima sangre de Jesucristo. Y como en esos santuarios principales de la redencion se dice la misa del misterio, ordenada de los Salmos, del Evangelio y escrituras referentes, cada palabra es una pincelada, una flecha que aviva su recuerdo, cuya representacion es íntima, y la com-

pasion intensa. Es preciso, pues, aprovecharse de esas impresiones é inspiraciones santas, ya que no tenemos la dicha de ver allí por ilustracion divina, como el Serafin llagado y santa Brigida, manifestadas ó repetidas las sangrientas escenas de la pasion. Por poca piedad que uno tenga, se explaya allí muy tierna, como en su elemento, y es imposible que la misa se diga allí con ligereza ó sequedad. Despues me recogí en un rincón, tras del altar, pensando que allí arrojarían su túnica, que tal vez allí estaria la santísima Virgen cuando, segun reveló ella misma, se desmayó al oír el primer azote, al ver el cruel destrozo de su divino Hijo, rendido en el suelo sobre su misma sangre... Sangre que, aunque pisada por los sayones, recogieron los Angeles, lo mismo que los pedacitos de carne que la furia de los azotes habia arrancado de sus sagradas espaldas, cuyas hondas heridas dejaban ver sus entrañas y sus huesos.

Procuré meditar algo sobre tan angustioso pasaje que nos patentiza mas la infinita paciencia del Señor, el ciego furor de los pecadores y el destrozo del pecado. Allí se os viene naturalmente á la memoria aquel: *Vulneratus est propter iniquitates nostras, attritus est propter scelera nostra; disciplina pacis nostræ super eum, et livore ejus sanati sumus*, del profeta Isaiás; aquel otro de san Pedro: Sabed que no sois redimidos por el oro y la plata corruptibles, sino con la sangre preciosa del Cordero inmaculado, Cristo, que nos limpia de todo pecado, como añade san Juan: Sangre esparcida que clama perdon por nosotros y no venganza, cual la de Abel, como

escribè san Pablo. Así es que doblando vuestro cuerpo hasta la tierra y humillando vuestra alma hasta el polvo, reconocéis ser aquel el santuario mas propicio para repetir con la mas contrita esperanza la tierna deprecacion de san Ambrosio y san Agustin: *Te ergo quæsumus tuis famulis subveni, quos præcioso sanguine redemisti!*...

Así es que para satisfacer la devocion de muchos peregrinos que desean recoger su espiritu en tan santo lugar, derramando sus lágrimas y su corazon donde Jesucristo derramó casi toda su sangre, se han construido unas celditas con un pequeño jardin al lado de esta iglesia, que están al cargo exclusivo de nuestros religiosos, que lo rescataron de los turcos el año 1836; y para no perder la posesion, un sacerdote dice misa allí todos los dias con bastante asistencia, pues aquel barrio tiene algunos católicos.

El dia siguiente, lunes 27 de julio, fui á decir misa á la gruta de Getsemaní; visité el monte Olivete, el valle de Josafat, la fuente de Siloé, el pozo de Nehemias, la cueva de San Pedro, parte de Sion y Santiago, siendo mi guia fray Manuel Collado. De San Salvador salimos *valde mane*, pasando parte de la Via dolorosa, la torre Antonia, la puerta del antiguo templo, ahora mezquita de Omar, la piscina probática, la puerta de San Estéban, cuyo martirio os muestra una roca en el camino del Cedrón antes de llegar á su puente. Pasado este, hállanse á la izquierda unas gradas que llevan al patio de una iglesia muy honda, donde se baja por una ancha y larga gradería de mas de cuarenta escalones: esa es la iglesia del sepulcro de la Virgen.

Bajamos á visitarla por lograr la oportunidad de estar oficiando los armenios, con ánimo de volver con mas detencion. A media escalera se ven unos arcos laterales, bajo los cuales se venera el sepulcro de san José, el de santa Ana y san Joaquin, cuya memoria es tan grata á los amantes de Maria.

Subiendo de la plazuela de esta iglesia, veáis á la izquierda una reja de hierro á la boca de un corredor inclinado y subterráneo que os conduce á la gruta de la Ágonia. Querais ó no querais, al veros en aquel antro solitario, la tristeza y el pavor que penetraron el alma de Jesucristo se apoderan de la vuestra. Sentis flaquear vuestras rodillas, y caeis postrado en aquel suelo que recibió las rodillas, las manos, el rostro y la sangre del angustiado Salvador. En los recodos de la gruta hay tres altarcitos y una pequeña sacristía: es bastante capaz, y el todo es la misma roca en su tosquedad natural, con una abertura para la luz, que solo es suficiente para que se vea donde se pone el pié, y el espíritu se penetre mas de lo que allí pasó, en el mas alto silencio de triste noche, en que tal vez ni un rayo de la luna penetró aquella cavidad donde una tremenda lucha de espíritu abatía la carne de Aquel á quien ni el infierno ni sus jurados enemigos habian podido inmutar. Era la hora tétrica del poder de las tinieblas. Desde el *Introito* hasta la oracion última de la misa se van aglomerando ideas de ternura y de compasion hácia aquel Dios, cuya triplicada y humilde súplica no contesta su Padre, cuya venta y entrega ejecuta su discípulo, cuya profunda tristeza

no consuelan sus Apóstoles, cuya timidez conforta un Angel, y cuyo sanguineo sudor empaapa el suelo, tal vez en ese mismo sitio donde teneis vuestros piés, y donde todos los hombres debieran poner sus labios, y aun regarlo con lágrimas de sangre.

Es inútil decir que me esforcé por acompañar al Señor en su mortal agonía; traté de aprovechar las íntimas emociones que excita aquella santa gruta, y sentí no poderme detener mas en ella, por la larga excursion que debia verificar aquella mañana. Al salir tomamos á la izquierda, hácia la falda del monte Olivete, siguiendo, creo, las pisadas de Jesucristo al ir á despertar á sus discípulos, pues fuimos á dar á una peña que indica donde estuvieron dormidos; y un poco mas allá hay otra que señala el punto donde el divino Maestro salió á recibir á Iscariotes y á la turba. Por allí cayeron sus sacrilegos prendedores; por allí rodó Malcos, herido por Pedro, curado por Jesús, que allí se dejó prender, atar y arrastrar por la salud de los hombres. Nos hincamos, rezamos el *Credo* y el *Padre nuestro* para ganar las indulgencias allí concedidas. Luego entramos en la huerta, ó jardin de los Olivos, murado ahora por la constancia franciscana, y principalmente por la de fray Jaime Prats: allí se conservan aun siete de aquellos árboles, cuyos nudosos y carcomidos troncos os recuerdan los tristes suspiros de Jesucristo que bajo su ramaje vino á orar mas de una vez. ¡Cuántas noches pasó allí en oracion! No de balde se los cuida y se los respeta tanto: de sus ramitas suelen hacerse cruces para con-

suelo de los peregrinos, y de las pepitas de sus aceitunas se forman las coronas y rosarios tan justamente estimados y que no todos pueden lograr. Los religiosos tuvieron la bondad de obsequiarme con algunos, que reservé para mi querida madre y otras personas. Este santo jardín tendrá como unos sesenta metros cuadrados divididos en enrejaditos con flores muy lindas. Sus callecitas ó vías sirven de devoto recreo á los visitantes, que pueden hacer allí mismo la Via-Crucis, cuyas estaciones en azulejos hizo colocar allí una noble señora de España. Hay tambien un pozo con agua potable, que sirve para el riego de las plantas, cuyo cultivo y aseo excitan la devocion. El religioso jardinero es el mismo sacristan de la gruta, que cierra y cuida ambos lugares con mucha precaucion. El nos preparó un ligero desayuno, que tomamos con agradecimiento: volví á tocar los olivos, y emprendimos nuestra marcha.

Al salir del huerto, tomamos el camino ancho de la derecha: antes de subir al Olivete, vimos la roca donde estuvo llorando santo Tomás por no haber visto el tránsito y la Asuncion de Maria, que le consoló echándole del cielo su cingulo, como lo certifican Nicéforo y Juvenal, obispo de Jerusalem. En recuerdo de tal prodigio todos los peregrinos besan aquella piedra: yo imité su ejemplo rezando la antifona: *Assumpta est Maria in cælum*, etc. A la izquierda del mismo camino entramos por una cerca de piedra á una pequeña plazoleta, en que estuvo la Virgen mirando y animando al ínclito protomártir san Estéban, que á unos cien pasos de allí predica-



ba á Jesucristo y perdonaba á los que lo mataban á pedradas. Saulo que, á corta distancia, guardaba la ropa de tan feroces lapidadores, logró el fruto de aquella súplica. Rogué á la Reina de los mártires por la constante fe de los Levitas evangélicos, y por la conversion de sus perseguidores; y empezamos á subir aquel monte llamado justamente Olivete, pues se ve casi cubierto de esos árboles cuyo balsámico fruto es símbolo de mansedumbre y materia de las mas sagradas unciones. La subida es como de media milla; pero antes de llegar á su collado tomamos una senda á la izquierda para visitar la colina llamada *Viri galilæi*, donde se ve una cisterna y como el pavimento de una iglesia, que fué dedicada á los Angeles que sacaron del éxtasis de la ascension á los maravillados Apóstoles.

Por la cresta de esa colina nos dirigimos al santuario donde aquella se verificó. Tuvimos que buscar al santon turco que tiene la llave; pues ese memorando lugar es ahora mezquita, si bien nos permiten visitarle y aun celebrar la santa misa dando un regalito, como tuve el gusto de celebrarla otro dia, y aun de dar la sagrada Comunion á varios religiosos que quisieron aprovechar aquella oportunidad. Este dia, pues, de ligera visita, nos contentamos con reconocer y adorar la planta del pié izquierdo de Nuestro Señor Jesucristo estampada en la durísima peña que se conserva en el suelo, rodeada de un marco de piedra, al lado derecho de la pequeña rotunda, en cuyas paredes se ven los nombres de millares de devotos. Saqué el

lápiz y escribí también el mío, pues vi los de varios que valían seguramente más que yo; ni tuve á mengua el besar y pegar mi rostro en aquella sagrada huella que Jesús estampó con su sagrada planta, marcando así su última pisada sobre este valle de lágrimas, cuando se subía triunfante á los cielos para prepararnos un lugar glorioso y enviarnos al Espíritu Santo. No falta quien ha muerto allí de puro gozo al considerar un portento tan inefable: yo no me atreví á pedir un favor igual; pero sí le di gracias á Dios por haberme dejado tocar aquella prueba irrefragable de su resurrección y de su subida al empíreo. Muchos tienen que contentarse en tocar las medidas tocadas en esa santa piedra del Olivete; yo pude adorar allí mismo *ubi steterunt pedes ejus*. Como solía llevar la guía del devoto peregrino del fervoroso Padre Francisco de Perinaldo, recé la tierna oración que pone para aquel insigne lugar, y salimos.

Dicha rotundita está en medio de un gran patio, donde se ven aun las bases de las columnas del antiguo templo de la Ascension, destruido por los turcos, que querían destruir también la peña de las huellas, cuya derecha hicieron desaparecer; por eso ha quedado solo la izquierda, que rogamos á Dios nos conserve para consuelo de tantos cristianos; porque consuelo es y grande poder ver y tocar estos recuerdos de Jesucristo, que nos ha dejado su paciente rostro en el sudario de la Verónica, la marca de su cuerpo en la santa sábana de Turin, y aquí, en el Olivete, la planta veneranda de su pié.

Fuera del santuario existe en la misma loma

del Olivete una aldea de turcos, que entonces estaban trillando por la parte oriental de la colina, donde nos dirigimos, para ver desde allí la célebre Betania, que está cerca: allá léjos el monte de la Cuarentena ó de la Cuaresma del Salvador, las llanuras de Gálgala, tan célebres en los fastos de Josué y tan funestas en los de Saul; parte del Jordan atravesado por el arca y santificado por Jesucristo; las inmediaciones de Jericó, patria de la feliz Raab, pais de las rosas y de las palmas; una gran parte del mar Muerto, sepulcro del Jordan y de Pentápolis; hácia al Sud el monte cónico de los Francos, los altos de Belen y de Hebron; allí cerca la loma llamada monte del Escándalo, el del Mal-Consejo, y abajo el valle de Josafat y el Gehena, que luego íbamos á descender. Con mas gusto que los entusiastas poetas quisieran contemplar desde el Olimpo las crestas del Parnaso y del Taigete, el curso del Pactolo y del Alfeo, mejor hubiera deseado yo contemplar mas á mi satisfaccion tantos lugares biblicos hasta divisar en la cordillera del lejano horizonte los picos del Nebo y del Targoa, desde donde miró Moisés la tierra de promision que no debia pisar, y el salto de Efrain, tierra de Galaad, donde pereció alanceado el desenfrenado Absalon, atroz perseguidor de su padre David, que se escapó subiendo á pié ese mismo monte de los Olivos, llorando angustiado al considerar tal crimen en un hijo. (*II Reg.* xv, 30).

Al empezar á descender de aquel histórico monte, visitamos á la izquierda el lugar donde el divino Maestro, rogado por sus Apóstoles

que les enseñase á orar, les enseñó el *Pater noster*, oracion sublime que no pude dejar de repetir con todo el afecto de mi corazon, lo mismo que el *Credo* ó el simbolo de la fe, compuesto un poco mas abajo por los incomparables anunciantes del Evangelio. A cada paso se tropieza por aquel monte con cosas memorables : los sepulcros de los Profetas, los restos de las ermitas de Santa Pelagia y Santa Paula, el lugar donde un Angel anunció á la Virgen el próximo dia de su tránsito, el otro donde el infeliz Judas se ahorcó, otro mas en que Jesucristo anunció el juicio final, y notablemente aquel donde lloró sobre Jerusalem, vista de allí muy distintamente; pues estando edificada como en un plano inclinado desde Sion y Bezeta al Moria hácia el valle de Josafat, situado entre el Olivete y la ciudad; esta se descubre de dicho punto con tal distincion, que se podrian contar sus calles y edificios principales; motivo por que los viajeros toman de allí el punto de vista para sus dibujos; punto donde, segun Baronio, plantó su tienda Tito, aquel hijo de Vespasiano que sitió tan hábil y atrozmente la capital de Judea, degollando, crucificando y reduciendo á esclavitud á millares de sus habitantes, vendiéndolos como animales, y haciendo destrozar por las fieras del anfiteatro á los que no se pudieron vender. La ciudad devastada, el templo incendiado, la mas horrible desolacion, hecha por el ejército de Tito, á quien Tácito tiene valor de llamar delicia del género humano, arrancó allí lágrimas de los tiernos ojos de Jesucristo, considerando el famoso templo que se presentaba en

primer término, en cuyo lugar se ve ahora la mezquita, tras del gran lienzo de muralla mas regular, en cuyo centro se conserva tapiada la puerta dorada por la cual entró el Señor el día del *Hossanna filio David, Rex Israel*, tan vecino del *Crucifigatur!*

Desde dicho lugar, donde tambien fijó su campamento Godofredo de Bouillon, y donde aun hay las paredes de un derruido edificio, fuimos bajando al cementerio de los pobres judíos que de las diversas partes del mundo vienen á dejar sus restos en aquel valle donde tendrán que reconocer por Dios y Juez á aquel que ellos crucificaron y que les hizo ante Caifás esta tremenda propuesta: *Videbitis Filium hominis venientem in nubibus caeli, et reddet unicuique secundum opera ejus.* (Matth. xxiv, 16).— Sus losas están en caracteres hebráicos con rara prolijidad. Despues de esas sepulturas esparcidas por el suelo, se os presenta el sepulcro del piadoso Rey que ha dado su nombre al valle del juicio, y el de Absalon, que tal vez no es su sepultura, sino el monumento que él se hizo erigir para inmortalizar su nombre, como dice el libro II de los Reyes (xviii, 18), que tambien nos dice haber sido arrojado su cuerpo en la fosa de un barranco, que cubrieron de grandes piedras. Sigue el llamado de Zacarias, tal vez del que dijo el Salvador habian muerto los judíos entre el templo y el altar, el cual no está destacado y alto como los dos anteriores, sino como un sarcófago bajo, aunque con relieves de mérito. Cerca de esos monumentos se labró en la viva roca una galería que recibe la luz del lado del

valle, y dentro se vació á cincel con huecos que tambien parecen destinados á nichos: aqui se ocultó Santiago Alfeo con propósito de no comer ni beber hasta que viese á Jesucristo resucitado, cuya gracia logró. La única entrada á dicha gruta es bastante obstruida y penosa. De allí acabamos de bajar al cauce del torrente Cedron para venerar la peña que aun conserva el hueco de las rodillas del Señor, arrojado allí del puentecito por los soldados al llevarlo preso de Getsemani. La adoramos, y rezamos por ganar la indulgencia plenaria que tiene concedida. ¿Quién puede pasar indiferente por lugares tan sagrados?

Pasamos el puentecito y tomamos una senda que nos condujo al valle de Siloé, célebre por su piscina, á cuyas aguas remitió el Salvador á aquel ciego que con su vista y sus respuestas tanto desesperó á los escribas y fariseos. (*Joan. ix.*) Es muy notable el flujo y reflujo que cada seis horas se observa en dicha fuente; pero hasta hoy nadie ha podido explicar la causa de tal fenómeno. Tiene su abertura como una cueva, y se baja al agua por unas piedras como gradas; tomamos de ella con abundancia, pues la sed y el calor nos abrasaban. No pudimos beber antes en la fuente de la Virgen, porque unas turcas que estaban llenando sus cántaros tuvieron la cortesanía de negárnosla con mas descaro é insultos que la Samaritana á Jesucristo. Se llama esta fuente de la Madona, porque los fieles de Jerusalem creen que la purísima Virgen, despues de la Purificacion, vino á lavar los pañales del Niño. Es bastante profunda y abierta en la viva peña;

se baja al manantial por una grada bien ancha. Los habitantes de Siloé, aldea formada de casuchas y de cuevas á media falda del monte del Escándalo por el grande que dió Salomon elevando en su cumbre ídolos á Chamos y á Moloch, se sirven de sus aguas, no solo para beber, sino para regar unas huertas que reverdecen mucho dicho valle y surten de alguna verdura á Jerusalem. Descansamos un rato á la grata sombra de un copudo algarrobo, cerca del cual vimos la piedra donde fué aserrado con una sierra de madera el mas grande de los Profetas por el mas inicuo de los Reyes. El mundo varia poco: los malvados sacrifican á los justos y virtuosos que no les complacen...

Oimos la griteria y los golpes de los aguadores que bajaban arreando sus caballerias hácia el pozo de Nehemías, y nos acercamos á ver ese célebre escondite donde en tiempo de la cautividad ocultaron el fuego sagrado. (*II Mach.* 1, v. 19). El tal pozo es ancho y profundo; su agua buena y copiosa, pues cuatro turcos poco menos que desnudos la sacan incesantemente con unos tubos de cuero (cosa que podia hacerse mejor con una noria), vaciándola en un mal receptáculo donde llenan sus odres los aguadores de la ciudad, que en partidas de esquilmados jumentillos la suben con fatiga, porque, á mas de ser el camino muy pesado, los odres se ablandan, y se escurre como anguilas. Pero los gritos y los palos de aquellos múcaros avivan á los fatigados animales, á quienes sus crueles arreadores no consideran como semiprójimos, á pesar de la mucha analogía y casi identidad que los aproxi-

ma. Bebimos un poco de aquella agua, que rociada en otro tiempo sobre los sacrificios hizo arder mejor los troncos inflamados por los rayos del sol. Por aquel pasaje confluye el pequeño barranco formado por la quebrada entre Sion y Haceldama, reuniéndose allí al valle del Hijo de Ennon, que es el Gehena del Evangelio. Dejamos de visitar dicho valle, demasiado triste y melancólico, y tambien las grutas de los antiguos solitarios, despues aprovechadas para sepulcros de judios en la falda de aquella colina, y tomamos de regreso el camino de la puerta Esterquilina, que da al Mediodia de Jerusalem. No llegamos ni entramos por ella, sino por la de Sion, que está mas arriba, visitando de paso la cueva donde san Pedro fué á llorar su negacion. ¡Cuántos necesitamos llorar con mas amargo dolor que él las infidelidades mas funestas! Siempre me ha causado pena aquella falta del Jefe del Apostolado, que tal vez Dios permitió para que no fiesemos en nuestra debilidad, poniendo nuestra poca virtud en la tentacion.

De la boca de esa misma cueva contemplamos allá al frente el Haceldama, aquel campo comprado con el precio de la sangre de Jesucristo que aun sirve de sepultura á los peregrinos desconocidos, no precisamente el tal campo, sino una gran cueva volteada como algibe, en cuya bóveda hay siete bocas por las cuales se entran los cadáveres. Bueno es enterrar los muertos y proporcionarles sepultura; pero no será esa la única vez que los fautores de crímenes han tapado su maldad con el manto de la misericordia.



Al llegar á la memorable puerta de Sion tuvimos que apresurarnos, porque el sol era tan abrasador, que casi temia la insolacion del esposo de Judit. Nos apresuramos á entrar en la iglesia de Santiago, la mas linda de Jerusalem. Fué nuestra en otro tiempo; pero no sé por qué pasó á los armenios cismáticos, sus actuales poseedores, que nos permiten celebrar el dia del Apóstol de las Españas, martirizado allí por orden del rey Agripa. *Herodes occidit Jacobum fratrem Joannis gladio.* (Act. XII, 2). Los altares son buenos, y en las paredes se ven cuadros de algun mérito. Con envidia salí de aquel hermoso templo, murmurando de los que no supieron conservarlo para la Orden y para el Catolicismo: me dijeron que para tal cesion hubo poderosos motivos; pero aun así siento mucho que entre cambios y usurpaciones vayamos perdiendo lo mejor de los Santos Lugares. Nos encomendamos al celoso Hijo del Zebedeo, rogándole que haga se conserve siempre la fe que nos anunció.

Por la tarde salimos á visitar la casa de Juan Marcos, actual iglesia de Sorianos cismáticos. Esa es la casa cuya puerta golpeó san Pedro cuando el Angel lo libró de la cárcel de Herodes, y la atolondrada Rode conociendo su voz corrió á decirselo á los discípulos reunidos, dejando al santo Apóstol en la calle, en vez de haberle abierto la puerta inmediatamente. (Act. XII). En seguida visitamos la casa que fué del inicuo Anás, situada en la parte baja de Sion. Es ahora iglesia de armenios disidentes, que os muestran el lugar donde el mas hermoso y modesto de los hombres recibió la

afrenta mas cruel del mas vil de los criados. Al ir al palacio de su digno yerno Caifás, vimos cerca la puerta de Sion una piedra que indica el castigado insulto de los judios con el ataud de la Virgen, que murió allí cerca, en una casita cuyos cimientos ha derruido la obstinacion judaica; pero cuyo sitio conserva y venera siempre la piedad cristiana, así como mareado tiene el lugar de la misma casita en que la tradicion recuerda celebraba misa san Juan evangelista delante de María santisima. Todo el recinto de Sion está lleno de los mas venerandos recuerdos, y uno se puede enriquecer de innumerables indulgencias. La dicha casa de Caifás tiene cuatro; esto es: una en la carcelita donde Jesucristo en oprobios y tormentos indecibles pasó la última noche; otra donde san Pedro negó á su divino Maestro; otra mas donde oyó cantar el gallo y empezó á llorar; y la cuarta, donde la afligida Madre estuvo esperando el resultado de la pasion.

Pero lo que mas llama la atencion en aquel monte biblico por antonomasia es el santo Cenáculo; aquel lugar eminentemente venerando donde Jesucristo celebró la Pascua, lavó los piés á sus discípulos, instituyó el augusto Sacramento del altar, ordenó los primeros sacerdotes de la nueva ley, tal vez donde Melquisedec ofreció al Altísimo pan y vino, y despues de resucitado aquí les apareció por primera vez, les confirió el poder de perdonar los pecados, se les volvió á aparecer estando cerrados, haciendo que el incrédulo Tomás tocase sus abiertas llagas, y la última vez antes de subirse al cielo. Allí se

recogieron los Apóstoles con Maria santísima, recibieron el Espíritu Santo, eligieron en lugar de Judas á san Matias, despues á los siete diáconos, tuvieron el primer concilio y nombraron á Santiago el Menor obispo de Jerusalem. ¡Qué lástima que un lugar tan venerable por tantos títulos esté en poder de los musulmanes ! Pudimos penetrar en él gratificando algo al santon ;



aunque por no herir la susceptibilidad de aquellos fanáticos, no pudimos manifestar la profunda veneracion que se merece aquel verdadero *Sancta sanctorum* de la nueva ley: con todo, aparentando curiosidad, pude besar una de aquellas columnas, testigo material de tan inefables misterios, realizados tan cerca del mismo lugar donde el antiguo sacerdote Rey de Salem y el arca del testamento, los sacrificios legales, las solemnidades de Israel y los cánticos de otro Rey los habian prefigurado. Así es que, aun cuando aquellas paredes no sean las mismas que formaran la sala de la última cena, al veros

allí experimentais emociones íntimas, difíciles de relatar. Y al salir de aquella pieza se os figura ver salir al fervoroso Cefas á anunciar la nueva ley, que debia salir de Sion, y renovar la faz de la tierra. ¡Qué fragua de caridad fué esa donde el Espíritu Santo hizo de hombres débiles y cobardes los héroes mas invictos! Aquel gran santuario fué nuestro, y aun se ven algunos arcos del claustro, cuya guardiania era el título mas glorioso del Custodio de Tierra Santa; título que retiene siempre para protestar contra la ocupacion de un santuario mil veces comprado con gruesas sumas y mil veces enrojecido con la sangre de tantos hermanos nuestros. ¡Y quisiera Dios que á fuerza de nuevos sacrificios y caudales lo pudiésemos recobrar! Veinte veces volvi á mirarlo con esta idea.

Entre el santo Cenáculo y los muros actuales de Jerusalem está el cementerio de los católicos en campo raso, sin cerca alguna; y aun á fuerza de millares de piastras se ha podido lograr uno como cimientto raso que solo sirve para señal de lindero y no para resguardo. Esperamos que algún dia podrá elevarse la pared, como la tienen los protestantes en el suyo, que está un poco mas allá. Rezamos el *De profundis* y algunos responsos en sufragio de los hermanos y hermanas allí sepultados, cuyas almas esperan la resurreccion; pues, como dijo el gran capitán que mandó á Jerusalem 12,000 dracmas de plata por sacrificios para los muertos, *Sancta et salutaris est cogitatio pro defunctis exorare*: esperamos tambien que otros rogarán por nosotros.

Cumplido este acto de piedad, nos fuimos ba-

jando de aquella colina donde estuvo la célebre ciudadela de los jebuseos, tomada por Joab, que despues se llamó la ciudad de David, que construyó allí su palacio y otros edificios hasta Mello, cuyo sitio no es fácil reconocer despues de tantas ruinas y restauraciones verificadas por gentes que tienen un empeño especial en hacer desaparecer lo que nosotros quisiéramos conservar á toda costa. *Tempus ædificandi, tempus destruendi*. Al regresar, dando la derecha á la muralla, vimos á la izquierda el valle donde fué exterminado por el Angel el ejército de Senaquerib, aquel orgulloso blasfemo que fué asesinado en Nínive por sus propios hijos. En ese valle está la gran piscina que el libro IV de los Reyes ( xviii, 17 ) é Isaias ( xxxii, 2 ) llaman piscina superior, *Agri fullonis*; aunque el vulgo la designa por la piscina de Betsabé, suponiendo que en ella se estaba bañando cuando la vió David; pero la distancia no permite creerlo así. Pero lo cierto es que la ociosidad llevó al gran monarca de Sion á la tentacion peligrosa que no supo resistir, huyendo como habia huido de la enfurecida lanza de Saul, menos temible por cierto que la espalda desnuda de una mujer hermosa. Al fin, el penitente Rey borró con su dolor y sus lágrimas la mancha de aquel adulterio: pero ¡cuántos infelices hay que por la hermosura de una mujer se han hecho réprobos! En varias partes y de diferentes maneras nos lo advierte el Espiritu Santo, principalmente en el capítulo ix del Eclesiástico. Huyamos, pues, la tentacion, y evitaremos el peligro. Dios ayuda al que se guarda, como á Job, y abandona al atrevido á su propia debilidad.

VI.

**Capilla de la Dolorosa.**—**Id. del Pasma :** su sacerdote.—**Lamartine.**—**Betania,** piedra, sepulcro de Lázaro.—**Casa de Simon.**—**Monasterio antiguo.**—**Betfage.**—**Higuera maldita.**—**Camaleon.**—**Gruta de Jeremías.**—**Sepulcros de los Reyes.**—**Ciudadela rusa.**—**Visitacion entredicha.**—**Belen,** sus cercanías.—**Fons signatus,** estanques de Salomon, hortus conclusus.—**Monjas de San José.**—**Regreso y cosas notables.**

El día de san Pedro canté la misa conventual en la iglesia de San Salvador, que tiene transferidas por Pio IV todas las indulgencias del santo Cenáculo. Los días anterior y siguiente la dije en la capilla de la Dolorosa y en el Pasma; la primera está contigua y pegada al Calvario, con pared en medio; pues la piedad de los fieles la construyó en el mismo lugar donde estuvo la angustiada Virgen mientras crucificaban á su divino Hijo, á diez ó doce pasos de ella. Su ámbito es pequeño, de cuatro metros cuando mas: por una reja de hierro se ve el lugar de la crucifixion y la mayor parte del Gólgota. La misa se dice de los Dolores, por los penetrantes que heririan el corazon de María al oír los improperios y los golpes del martillo con que los clavos atravesaban los piés y manos de Jesús. ¡Qué suspiros tan tristes no exhalaria allí el an-

gustiado pecho de aquella divina Noemi, á quien el Omnipotente llenaba de tanta amargura! Esa Madre Virgen era admirable por su resignacion y su grandeza de alma, mayor que la de la heroica madre de los invictos Macabeos; pues grande, mas grande que el mar era su amrga desolacion al ver desgarrar ante sus ojos al Cordero immaculado, sin hablar y sin quejarse. Se os representa allí con sus manos cruzadas ante el pecho para que no se le rompa de dolor: sus ojos arrasados de lágrimas, ya miran á su tendido y crucificado Hijo, ya se clavan misericordiosos en el cielo para que acepte el sacrificio que su corazon le ofrece en el cuerpo de Jesús, por la redencion de los hombres. Bien dijo un santo Padre, que en el Calvario veia dos hostias y dos altares: tambien los he visto, y el corazon se ha rendido. *Quis est homo qui non fletet Christi Matrem si videret in tanto supplicio?* Es imposible contenerse; y aun se siente una especie de consuelo al dar espontánea salida á las lágrimas que brotan de los ojos.

Igual consuelo mezclado de dolor se experimenta en la capilla de la Via dolorosa, ó calle de Amargura. Eso es en aquel paraje donde la mas desolada de las Madres salió al encuentro del desfigurado Nazareno, el Hijo de su alma, que apenas pudo conocer: *nec reputavimus eum...* Capilla del Pasma la llaman algunos, por el que sobresaltó á Maria al verse con su Jesús dulcísimo, hecho el objeto del mas infame tormento, que le causó la mas desgarradora impresion. *Pro peccatis suæ gentis vidit Jesum in tormentis...* No es extraño que un repentino pasmo asaltase

su corazón maternal á vista de un espectáculo que por si solo le hubiera acabado la vida á no conservarla Dios. Dije misa en esta devota capilla el dia 30 de junio, complaciéndome en la tierna devoción que su vista excita. Se entra en ella por una puerta medio excusada; al lado se ven las paredes de una iglesia que se trata de restaurar. La capilla es moderna; cuida de ella un armenio católico, sacerdote joven, celoso y aseado, que si mal no recuerdo se llama Serafin; no solo se afaná en sacarme un buen ornamento, sino que despues me invitó y me obligó á ir á tomar el desayuno en su casa, con mi compañero Fr. Juan Carabaca. Me complaci mucho al ver en su modesta habitacion libros muy escogidos, las obras de algunos santos Padres, la Moral de san Ligorio y otros tomos de autores modernos, de cuyo contenido conocí en la conversacion que estaba impuesto. No pude menos de alabar su gusto animándole á continuar en la aplicacion al estudio, por ser la ciencia y la virtud el mas bello joyel de un sacerdote, mientras que la ignorancia y la inaplicacion son la degradacion del ministerio, no solo ante la sociedad, sino ante el mismo Dios, como nos lo intima por sus Profetas (*Malach. II, 7; Oseas, IV, 6*): *Quia tu scientiam repulisti, repellam te, ne sacerdotio fungaris mihi*. Repulsion de que, por lo comun, se hacen dignos esos pobres cismáticos orientales, mas ocupados del lucro y de agencias poco decentes para el sosten de sus familias, que del cultivo de su espíritu y de la salvacion de sus almas. El poeta Lamartine realza con énfasis la aparente virtud de aquellos



pobres presbíteros, que él cree mas apostólicos y evangélicos que otros. Pero sabido es que las impresiones del romántico viajero á Oriente y visitante filósofo de Palestina, no siempre son exactas, ni justas sus apreciaciones; y que el historiador de los Girondinos y de la Turquía, algo entendido en intrigas de política y de serrallos, no es el juez mas competente en materia de virtudes evangélicas. Y no es extraño: cada uno está impuesto de su profesion. *Navita de ventis. De tauris narrat arator. Enumerat miles vulnera. Pastor oves...* Y si yo supiera versificar en la lengua de Horacio y de Virgilio, me atreviera á añadir: *Nimphas poeta depingat. Sacra, divinaque verum. Sacris, Divisque relinquat.* Pero dejemos mejor que lo diga san Jerónimo: «Los médicos prometen medicinas; los artistas tratan de sus oficios: sola un arte hay, la de las Escrituras y la de la Religion, que todos indistintamente quieren vindicar para si, haciendo de ello los doctos y los indoctos cierta clase de poemas. La vieja charlatana, el viejo chocho, el sofista verboso, todos presumen hablar de ella cual maestros; pero la destrozan, la infaman, porque quieren enseñarla antes de haberla estudiado.» Aténgase, pues, cada uno á su arte, á su profesion: *tractent fabrilia fabri*; porque sino se exponen á blasfemar de lo que ignoran. La modestia y la cordura deben ser las prendas principales de un escritor que quiere sondear materias delicadas, sobre las que han emitido ya su juicio hombres mas eminentes, mejor impuestos y menos profanos. La rapidez con que un viajero atraviesa los países no le permite formar un juicio cierto

de las virtudes ó vicios de los hombres cuyo carácter y costumbres no ha podido estudiar. Es preciso vivir con las gentes para conocerlas algo.

Después de esa conversacion, fui á visitar las ruinas del palacio de Herodes y las de la iglesia que hubo en la casa de Simon, donde la gran pecadora, la interesante Magdalena, fué á arrojarle á los piés de Jesús, á ungirselos y lavárselos con las sinceras lágrimas de su arrepentimiento. ¡Dichosa penitente, cuyo dolor mereció la mas espléndida justificacion de Jesucristo! ¡Lástima que no pueda recobrase ni rehabilitarse aquel local en que el Salvador probó su divinidad perdonando los pecados de la arrepen-tida pecadora y revelando el pensamiento del hospedador temerario! Las vasijas y platos de los turcos alfareros que ahora la ocupan, me hizo recordar aquel gran pensamiento de la Iglesia: *Deus, qui de vasis iræ facis vasa misericordiæ...* Por la tarde tuve el gusto de visitar con Fr. Valverde la morada de aquella feliz perdonada y el sepulcro de su hermano.

Betania está al otro lado del Olivete, hácia el Oriente en direccion al Jordan, á una corta legua de Jerusalem. El camino es ancho y trillado: en una de sus lomas encontramos una partida de beduinos con sus camellos, sus escopetas y sus lanzas, esperando ó acechando. Tienen esas gentes tan mal talante y tan fatal reputacion, que al verlos no se puede pensar bien de ellos. Sin embargo, aunque íbamos los dos solos, nada nos dijeron y se hicieron los desentendidos. Apretamos el paso de nuestros jumentos, y llegamos á las rancherías de aquella Be-

tania tan amada del Señor, que aun conserva el aspecto de villorrio, ó *castellum*, como la llama el Evangelio. De la casa de Marta y Maria apenas quedan vestigios; pero es tan viva y tan patética aquella escena evangélica, que al ver sus ruinas y piedras se os representa en el acto el Salvador con toda su dignidad y ternura, y las dos angustiadas hermanas con todo su dolor y su fe. Vimos la peña donde ambas sucesivamente salieron á encontrar al divino Maestro, diciéndole con tanta efusion: «¡Ah, Señor, si hubiéseis estado aquí, mi hermano no hubiera muerto!» Respetuosa queja, que bañada con las lágrimas de tan dignas discipulas, y aun de los judíos que las acompañaban en su duelo, conmovió y conturbó el espíritu de Jesucristo, como escribe san Juan (xi, 33). Por poco que os penetreis de aquel pasaje portentoso, sentiréis tambien conmoverse vuestra alma al oír repetir por los ecos de aquel contorno los altos gemidos de las hermanas de Lázaro y los suspiros del sagrado pecho de Jesús. Los Apóstoles atentos y conmovidos, los judíos amigos del difunto enternecidos y suspicaces, las enlutadas hermanas y su servidumbre curiosa, rodeando todos al sagrado Huésped con cierta expectacion mezclada de desconfianza, forman el grupo mas interesante, al cual uno se mezcla tambien y sigue en silencio, oyendo que Jesús pregunta dónde han sepultado el cadáver, mientras las lágrimas revelan su amor. Asi lo iba yo pensando, cuando me dijo el compañero: «Aquí está el sepulcro.» Vi una puerta baja en un ribazo del lado del camino; me paré un momento para bajar,

pues es subterráneo, y se descende á él por veinte y dos gradas; si bien á mas de media bajada forma como un descanso capaz donde se paró el Señor, mandando que quitasen la losa del sepulcro, que estaba mas abajo. Al quitarla, un hedor insufrible infecta la caverna sepulcral: Marta, temiendo quizás que Jesús se moleste, le dice, como para disculparse: «Señor, mucho hiede: no lo extrañeis; pues tiene ya cuatro dias...» «No importa, respondió Jesús; ¿no te he dicho ya que yo soy la resurreccion y la vida, y que si creyeres verás la gloria de Dios?» ¡Oh estupor! esas palabras resuenan aun en aquella gruta, y caeis de hinojos al considerar que allí fué donde el Hijo de la Virgen nos dió otra prueba mas espléndida de su divina filiacion. Eleva sus ojos al cielo, da gracias á su Padre que siempre le oye y le proporciona ahora obrar aquel portento para que aquel pueblo crea en su mision celestial. Y dirigiéndose á la tumba, cual si hablara á un dormitante, grita: «¡Lázaro, sal á fuera!» Y á su voz, que del caos hizo salir la luz, sale aquel difunto amortajado y fajado. Manda Jesús que lo desaten, y que lo dejen andar. Y Lázaro anda á vista de los mismos incrédulos judíos, muchos de los cuales creyeron en Jesucristo. Adoramos nosotros allí la omnipotencia del Vencedor de la muerte, del Autor de la vida y de la resurreccion: *Ego sum resurrectio et vita*; esperando que nosotros tambien resucitarémos por él. (*I Cor. xv, 52*).

La comunidad de San Salvador viene el quinto viernes de cada Cuaresma á cantar misa en esta gruta, para recordar aquel consolante mi-

lagro de Jesucristo y fortificar la fe de la resurreccion. Lei el Evangelio, y sali de aquella caverna contento, considerando el indecible gozo, la inmensa gratitud con que Marta y María se postrarian á los piés del Resucitador de su hermano! Siéntese crecer la esperanza al subir aquella oscura escalera, y no se concibe cómo haya mónstruos, cual Renan, que despues de haber visitado estos santos lugares tergiversan y embrollan este estupendo milagro de Jesucristo. Esto es una ceguedad de espiritu semejante á la de los amigos de los fariseos, que lo vieron y no lo creyeron, y lo fueron á acusar... ¡Dios nos libre de tan obstinada execracion!

Casi sobre la cueva de ese sepulcro, una cerca reedificada por la condesa Paulina de Nicolás os indica la casa de Simon el leproso, aquel otro amigo de Jesucristo en cuyo convite se introdujo la Magdalena y derramó sobre su sagrada cabeza el precioso bálsamo de nardo, cuya profusion le pareció á Judas un escándalo; como se lo parece la magnificencia del culto á los economistas impíos y rapaces, que quisieran reducir la Iglesia á la oscuridad de las catacumbas y á la desnudez de la cruz, para enriquecerse ellos con los bienes de esta y regalar su desenfrenado sensualismo en magnificos palacios y teatros con lo mas refinado del lujo, peor que Baltasar y el Epulon.

Mas allá de esa casa se ven los restos de una torre, que la reina Melisenda habia hecho levantar para defender de las irrupciones de los árabes un monasterio de monjas benedictinas que allí hubo en otro tiempo, para venerar me-

por aquella Betania tan querida de Jesucristo, que aun despues de resucitado, antes de subirse á los cielos, fué á visitar con sus discípulos, como atestigua san Lucas (xxiv, 50).

Regresamos tomando un poco á la derecha para ver Betfage; esto es, el castillo ó alquería en donde los Apóstoles tomaron el asno y el pollino para la entrada del Señor en Jerusalem, en cumplimiento de la profecía de Zacarías (*Joan. xii, 41*): aunque del tal Betfage solo se ve el paraje, y en sus inmediaciones varias higueras que recuerdan la que maldijo el Señor, cuyo castigo nos advierte, dice el venerable Bedá, el que Dios dará á los hipócritas que, sin tener frutos de buenas obras, se cubren con la sonante hojarasca de la virtud. (*Hom. 7 in Quad.*). Ibamos hablando de esto con Fr. Valverde, cuando me dijo: «¿Conoce V. el camaleon?—No, le contesté, y desearia ver alguno.— Pues aquí le tiene V.,» me respondió mostrándome una especie de lagarto que bajaba mansamente por la ramita de un arbusto. Para que lo viese mejor tomó él un palito, se lo puso entre patas al animal, y se pasó á él. Me gustó su figurita, su piel de un fino escamado, que es como tornasolada y refleja el color del objeto que se le aproxima: tiene sus ojos muy salidos (protuberantes tal vez diria mejor), y los mueve como circularmente. Me dijo que ese reptil se alimenta de moscas y otros insectos, y tal vez de otra cosa mas sólida, que, por desconocerla el pueblo, dicen que vive del aire. Y si así fuese, ¿no seria eso una prueba mas de la gran providencia de Dios?

Salimos al lado del Olivete, creo por el mismo camino que llevó Jesucristo el día de Ramos: vimos otra vez el lugar del *Pater noster* y del *Credo*; nos detuvimos otro rato en el lugar del llanto de Jesús sobre Jerusalem, que tan distintamente se presenta, fijándonos en la puerta dorada, tapiada desde mucho tiempo, al entrar por la cual lo aclamaron los niños hebreos como Hijo de David con alleluias y hosannas. Descendimos á Getsemani, pasamos el Cedron, subimos la cuestecita de San Estéban, y al ponerse el sol ya estuvimos en nuestro convento de San Salvador.

La tarde siguiente, con el venerable P. Antonio de la Transfiguracion, y otros religiosos, fuimos á ver la gruta de Jeremías y los sepulcros de los Reyes. Grande, imponente y propia para tristes lamentos es la cueva que escogió para exhalar su dolor el Profeta de Anatoth. Es una espaciosa cavidad formada por una gran roca que podria cobijar quinientos hombres: actualmente sirve como de establo á las vacas, caballos y ovejas de los turcos que la cuidan, y que han hecho como un jardincito en su entrada con puerta segura. Al entrar tienen ellos sus viviendas, y los murciélagos y otras aves anidan en las cavidades de la bóveda. Está á un tiro de fusil de la muralla de Jerusalem, á la derecha de la puerta de Damasco, llamada entonces de Efraim. Así es que el santificado y conternado hijo de Helcias, desde aquella triste gruta, teniendo á la vista la espantosa ruina de la Señora de las gentes, assolada por Nabuco, pudo derramar sus lágrimas y exhalar su alma

con aquellos sentidos Trenos, que aun ahora repite gimiendo la Iglesia afligida por todos los ángulos del universo, al recordar la gran desgracia, el gran pecado de la hija de Sion...

Mas allá estaba la cárcel, ó mas bien la cisterna donde fué echado el afligido Profeta, por orden de Sedecías, en pena de haber tenido valor para anunciar al pueblo de parte de Dios aquellas calamidades que él no quiso prever ni evitar, y que no tardaron en caer sobre su dura cerviz: *Captio quam abscondit, apprehendit eum.*

Atravesando ruinas que el mas curioso arqueólogo no sabria distinguir si son del maravilloso monumento de la reina Elena, madre de Izate, ó del sepulcro de Herodes Agripa, ó bien del estanque de las serpientes descrito por Josefo Flavio (que todos se hallaron en aquellos contornos), seguimos el camino de Damasco, y antes de una milla tomamos á la derecha por un olivar y bajamos por una zanja á una gran plaza excavada, á cuya izquierda se os presenta un pórtico tallado en la roca, con un friso y cornisa de la misma pieza, cuyas columnas han tenido la barbaridad de derribar los nuevos jebuseos. Este pórtico tan artístico, antes tan imponente y ahora tan mutilado y ruinoso, es el del sepulcro de los Reyes: esos sepulcros no son mausoleos como los de San Dionisio, ni como los de Poblet, ni como los sepulcros reales y particulares; no son construcciones, sino excavaciones á cincel, hechas con tal habilidad y paciencia, que no es fácil se formen de ello idea los europeos, que no han visto esa clase de trabajo mas calculado y perfecto que el de las catacumbas ro-



manas y parisienses. Los antiguos hebreos no construian sus sepulcros con obra exterior como nosotros, sino que buscaban una roca grande ó una cantera sólida, que agujereaban ó vaciaban artísticamente, mejor que el raton un queso, ó que el conejo su sótano; y en ese vacío ó hueco á cincel vaciaban los nichos que debian guardar sus restos. Pues bien: entramos en esas excavaciones con luces y precaucion, porque alguna vez las onzas y los lobos se han guarecido allí, como nos lo aseguró un vizcaino que vino con su escopeta y habia muerto una pocos dias antes. Sorprende ver la exactitud y pulidez de aquella obra: tiene tres ó cuatro departamentos, como salas talladas á escuadra perfecta, á cuyo alrededor hay dos ó tres filas de nichos igualmente excavados en la peña viva, algunos de los cuales sirvieron ya de trofeo á la muerte; pero los mas se conoce que no han servido. Lo mas admirable de esa mansion sepulcral eran sus puertas, que ya no pude ver sino destrozadas: dicen que eran cortadas ó hechas de la misma peña, girando sus goznes en unos huecos de los que jamás habian salido ni entrado. Mucho puede el ingenio del hombre, y gran pecado es destruir tales obras. Pero el turco es destructor por instinto; y si algo conserva, es por interés.

Mas, si los turcos destruyen, no falta quien esté edificando en sus barbas. Los rusos, á pesar de su cisma, tienen gran devocion por Jerusalem, por cuyas calles y santuarios se ven constantemente peregrinos y peregrinas rusas muy modestas y pias. Lástima es que la falsa ortodoxia de sus popes mantenga tan buenas almas

alejadas del Pastor universal. El Czar tal vez hubiera deseado que sus vasallos fuesen menos propensos á Tierra Santa; pero viendo que no es fácil impedir esa inclinacion, se resolvió á construir en Jerusalem un hospicio, que va tomando proporciones de ciudadela, atendida su magnitud, extension, posicion y solidez, con la pared ó muralla que la defiende, al frente mismo de las murallas de la Ciudad santa. Este imponente grupo de edificios, como ya indiqué al principio, se ha construido entre el camino de Jafa y el de los Camellos, en una área elevada, que casi podria llamarse colina; pues es algo mas alta que el plano de la ciudad y tal vez mas que Sion. Dentro su recinto hay varias cisternas, almacenes, talleres, oficinas, jardin á mas de la grande iglesia medio bizantina para el rito griego, el hospicio con su hospital muy capaz y aseado, la magnífica casa, mejor dicho, palacio de los popes y personas distinguidas, con escaleras de mármol, corredores, habitaciones, jardines, todo de una capacidad y lujo europeo. Nos sentamos en un escaño del jardin, admirando tanta magnificencia, cuando uno de sus moradores, hombre de alta talla, larga barba y buen aspecto, nos invitó á entrar en el oratorio, que está en el centro de los cuatro cuadros del edificio. Por lo mismo, dicha capilla forma como una cruz griega con su cúpula muy elegante, su altar ricamente dorado y pinturas de mérito, principalmente la Asuncion de la Virgen, que es de una rara finura. Solo por señas pudimos expresar á este comedido señor nuestra admiracion y gratitud; pues nosotros no enten-

diamos el ruso, ni él comprendía el italiano ni el francés, y menos aun el latin y el español. Nos despedimos, pues, con vénias y señas medio europeas, medio turcas, que querian decir: Gracias, gracias mil: no solo nos ha gustado, sino que nos ha sorprendido tanta grandeza. Pero lo que mas admira es como la sublime Puerta tan astuta y recelosa ha permitido que una potencia tan rival y poderosa como la Rusia construya esa acrópolis temible frente la metrópoli de Judea. Mucha astucia y mucha plata le habrá costado al ruso semejante adquisicion: pero no creo que le pese. Eso es algo mas que una pica en Flandes. Y Dios quiera que algun dia no le pese al Gran Señor y á los cristianos de Oriente esa nueva Jebús al lado de Salem. La cosa seria á la inversa del tiempo de Joab...

Al entrar en la ciudad nos encontramos con el bajá ó gobernador; nos paramos á saludarlo, y él nos volvió el saludo con mucha atencion. Es de buena estatura y de bello aspecto, y viste á la europea, como la tropa, que solo se distingue de los soldados franceses y españoles en el casquete colorado con su gran borla en lugar del morrion. Ya no llevan turbante ni los pantalones arremangados como los zuavos, sino largos como la tropa de línea. Dios quisiera que con las fornituras y usos de nuestra milicia recibieran el espíritu del Cristianismo. No sabemos si esto se verificará algun dia; pero lo cierto es que el fanatismo musulman ha menguado mucho, y que el odio antiguo va cambiándose en tolerancia, en indiferencia, y aun en deferencia alguna vez.

El día 1.º de julio fuimos á San Juan para celebrar el 2 la fiesta de la Visitacion. Como ya hablé de este santuario, solo notaré ahora que los mas de los ornamentos de la sacristia llevan las armas de España, prueba y recuerdo de la gran piedad de nuestros reyes y ascendientes; y tambien las tiene la campana fundida por el comisario de Madrid; ¡lástima de que sea rajada y de tan mala voz! Supérfluo es decir que las Visperas, los Maitines y la Misa fueron muy solemnes, y que me hicieron el honor de oficiarlos. Lo que sentimos todos fué no haber podido celebrar en el mismo santuario de la Visitacion, como se hacia anteriormente, por haberlo prohibido, no sé por qué etiquetas, el ilustrísimo Patriarca, despues que les ha costado tanto á los Padres de Tierra Santa la reedificacion de aquel lugar venerando, que estuvo antes casi convertido en ruinas. Por la noche hubo fuegos artificiales, obra de Fr. Valverde, y un globo areostático, que coronó la funcion.

Por la tarde, dijimos como los pastores: *Transeamus usque ad Bethleem*, y marchamos con direccion al Este por una subida algo pedregosa; atravesamos campos bien cultivados, algunos con olivares, algarrobos, viñas, encinas, rosales, tunales y varios otros árboles. Como á la legua cruzamos un camino ancho que se me figuró debia ser el de Jerusalem á las llanuras de Gaza y de Ascalon; y en efecto, mirando á la izquierda vimos luego á San Elías, el monte del Mal Consejo, Sion y la iglesia rusa. Pasamos por el lado de unas casuchas, y poco despues descubrimos la graciosa colina de aquella Efrata, pequeña

entre las mil villas de Judá, de la cual debía salir, según Miqueas, capítulo v, el Dominador de Israel, cuyo origen es del principio de los antiguos días de la eternidad. Se ensancha el corazón al ver Belén: antes de llegar dejamos á la izquierda, en una alturita, la torre de Jacob, y abajo, á la derecha, el sepulcro de su tan amada Raquel; aunque ninguno de los dos son ya los monumentos de los padres de Benjamín, sino obras posteriores en aquel mismo lugar donde al regresar de Mesopotamia plantó sus tiendas el padre de las doce tribus y donde tuvo que sepultar á la mas bella y querida de sus esposas. Antes de entrar á la pequeña ciudad se deja á la izquierda la cisterna de David, por el ansia que tuvo de beber su agua, que con tanto riesgo le trajeron sus oficiales, y con tanta abnegacion él se privó de apagar su sed. (*II Reg. xxiii, 16*). Raro sacrificio en cuyo mérito no creen los sensuales.

En las cercanías de Belén se aumenta la cultura de los campos, que se ven cubiertos de frondosas viñas, olivares, higueras, particularmente, y otros árboles, que apenas llaman la atención por el anhelo que uno tiene de ver la sagrada cueva de Jesús. Así es que fuimos pasando ligeramente la estrecha calle que sirve de bazar ó mercado para llegar pronto á nuestro convento. Llegamos, saludamos al Padre Guardian, y nos dirigimos á la iglesia, conocida ya por mis compañeros Fr. Luis Bieli y Fr. José Valverde. ¡Oh sagrada cueva, qué devocion tan dulce, qué pensamientos tan tiernos, qué expansion tan grande no siente el alma al pos-

trarse en aquel pequeño lugar de la tierra donde nació el Príncipe de las eternidades! Confieso que no me pude moderar: bajé las gradas, no con la reverencia debida, sino con impaciente celeridad; afortunadamente estaba el santuario desierto. Me postre, pues, adoré el lugar del nacimiento, indicado por una estrella de plata con inscripcion latina, que no me cansaba de besar en nombre de mi madre, de mis hermanos, de mis amigos y de cuantas personas apreciadas se me venian á la memoria. Lo propio hice en el santísimo pesebre y en el altar de los santos Reyes, que casi se tocan. ¡Oh cuán feliz me sentí en aquel momento! No hubiera cambiado mi dicha con los ambiciosos mejor satisfechos del universo. ¿Y qué hay allí que tanto contento cause? Una baja capilla, que fué una



cueva; un ahumado altarcito, que fué un portal, un pesebre como poyo, que fué un reclinatorio: gruta, cuna, pesebre que fueron el palacio, el trono del Rey inmortal de los siglos, que

allí, entre los resplandores de los Santos, los cánticos de los Angeles y el aliento de los animales, nació de las purísimas entrañas de María Virgen: allí lo adoró ella con todo el amor reverente de su corazón virginal; luego el castísimo Patriarca, después los inocentes pastores y los Magos venidos del Oriente, los hijos de Israel y las primicias del gentilismo, principio de aquella larga serie de fieles de todas las razas, de todas las lenguas, de todas las naciones, que en el espacio de diez y nueve siglos han venido aquí á adorar aquel Niño desconocido de los betlemitas y perseguido por Herodes, pero reconocido por el cielo y por los hombres de buena voluntad como el Salvador del género humano. Y al considerar allí á este divino Salvador, el Verbo hecho carne, párvulo, infante, nacido para nosotros, dado á nosotros, ¿quién no se abalanza para tomarlo en sus brazos, estrecharlo contra su pecho, meterlo en su corazón, darle ósculos purísimos como la Esposa santa? Pero eso son favores demasiado inefables reservados á las almas privilegiadas, como los Antonios, las Rosas y las Catalinas: los pobres pecadores debemos darnos por muy pagados en poder tocar y adorar aquel sagrado recinto donde se verificó con asombro de la naturaleza el mas misterioso acontecimiento. Así estuve un rato, no diré meditando, sino revolviendo estos pensamientos en aquel recinto donde san Jerónimo y san Cirilo, santa Paula y su hija se habian inspirado; y me sali por no hacerme esperar, con ánimo de volver á saciarme de la devota alegría que respiran aquellas ahumadas

paredes iluminadas con muchas lámparas de plata.

El Padre Guardian nos llevó al divan de los peregrinos, muy capaz y decente para los altos personajes que visitan aquel santuario. Nos sirvieron un poco de café; pero mas les agradecí el agua fresca por el sol y el calor del camino. Me alojaron en una espaciosa celda desde cuya ventana divisaba el campo de Booz, las montañas de Galaad, y una parte del mar Muerto. Este convento, á pesar de su pequeñez, es asaz cómodo y sólido como baluarte contra los agarenos: está contiguo á la gran basilica de Santa Elena, con la cual tiene doble comunicacion para ir á la santa gruta, que tambien comunica con nuestra iglesia por un corredor subterráneo, donde está el altarcito de los santos Inocentes y el de san José. Al otro lado de la basilica está el convento de los griegos, que tambien comunica con la iglesia y la cueva; formando así esos tres edificios en lo exterior como un edificio solo, irregular, sí, pero sólido y seguro. *Propter quadrigas Abinadab.*

El dia siguiente, primer domingo de julio, tuve la dicha de celebrar el santo sacrificio de la misa en el altar de los Reyes, que está en la misma gruta entre el pesebré y el lugar del nacimiento. Como la misa se dice del gran misterio allí verificado, es como un incentivo mas de fervor que aproxima los tiempos y los objetos, y aun á los mas tibios nos enternece. Dije el *Gloria in excelsis Deo* con tal emocion, que hube de pararme dos ó tres veces. Y despues de la misa me advirtió Fr. Luis (que me la ayudó)



que por el afan de decir luego el *Gloria* me habia olvidado los *Kyries*, cosa que no pude recordar por mas que recapacité. Sin embargo, creo que esa Misa será una de las mas aceptas á Dios que habré dicho en mi vida. Despues de dar gracias volvi á la amada cueva, visitándola de nuevo y registrando todos sus rincones. Entonces ví la puerta del corredor subterráneo que sale á nuestra iglesia de Santa Catalina: en él no solo se halla el altarcito de San José, en el lugar donde se cree que se retiró el castisimo Patriarca antes del nacimiento de Jesús, sino el altar y sepulcro de los niños Inocentes, casi al lado; y unos pasos mas allá á la izquierda, otro corredorcito en que se venera el sepulcro de San Eusebio: luego se sale á otro corredor que forma martillo con este, en cuya siniestra se ven el sepulcro de Santa Paula y Santa Eustoquia, al frente el de su gran maestro el doctor máximo san Jerónimo, y al extremo de la derecha se percibe con la escasa luz de una ventana una pieza que la veneracion llama la escuela de aquel divino traductor de la Sagrada Escritura, que en aquella solitaria gruta halló los encantos y la paz del corazon que no pudo hallar en las clases de la Galia, ni en las granjas de Frascati, ni en los salones de Roma. Seria preciso tener presentes sus epístolas y sentir las inspiraciones de su grande alma para comprender algo de la dicha que él disfrutara en ese rincon cavernoso. La Iglesia ha consagrado alguna de sus frases, que repetidas allí mismo por las voces argentinas de los monacillos, señalando con aquel *hic* infantil el reducido agujero (*parvo fo-*

ramine), tocan las fibras mas recónditas del pecho, y se sienten humedecidos los párpados de gozo y de suavidad divina. Eso se verifica en la procesion diaria que celebra la comunidad por el santuario, en la que van los peregrinos llevando una vela distinguida. Yo conservé la que me dieron como una memoria inestimable. En los dias festivos asisten á esa procesion muchos cristianos de Belen, pero mas aun en la Misa conventual, pues en Belen es donde mas florece el Catolicismo.

Despues fuimos á visitar la cueva de la leche, el solar de la casa de san José, la aldea y la gruta de los pastores. La primera se encuentra cerca de la ciudad; tiene en su hueco un altar dedicado á la Virgen, á quien las turcas tambien veneran, invocándola en sus peligrosos partos y tomando de la tierra de aquella gruta para que les venga la leche; devocion en que las acompañan las cristianas, persuadidas todas que la leche de Maria fué virginal y del cielo: *Salvatorum sæculorum sola Virgo lactabat ubere de cælo pleno*. Si alguna gota de aquel néctar virgineo cayó allí de los sacratísimos pechos de Maria, no hay duda que la santificara; por eso todos excavan aquella blanca tierra, y la bendita cueva se va ensanchando: tambien yo me llevé una poca. De ella se hacen unas pastillas que se reparten á la cristiandad. Es notable que las pobres musulmanas son las que mas contribuyen á que la lámpara arda siempre en dicha cueva.

La llamada casa de San José, siguiendo el camino hácia los Pastores, no es mas que un so-

lar abandonado, donde se cree que aquel Justo, descendiente de la real estirpe de David, hubiera siquiera de paso habitado alguna vez. La aldea ó pueblecito de los Pastores son unas casas mal habitadas por turcos de mal talante, cuyos fieros visajes en nada creo se parezcan á las facciones de los primeros adoradores del Verbo encarnado. Pero como ellos tienen las llaves de la cueva, fué preciso halagarlos para que nos viniesen á abrirla. Es como una capilla medio subterránea con un altarcito á la griega, pues esa nacion pretende su derecho exclusivo, y por eso va reuniendo piedras para poner una cerca ó pared al rededor, que ya está empezada. Su porfia, su maquiavelismo y su oro, es probable que lo consigan de la venalidad turca. Es digna de codicia la gruta, no solo porque se halla en el campo donde los Angeles anunciaron á los



vigilantes zagales el nacimiento del eterno Verbo, sino tambien por haber plantado en él sus tiendas el patriarca Jacob, despues de enterrada Raquel, atraido por la feracidad de sus pastos,

que despues fué el gran campo de Booz, donde una humilde moabita vino á recoger espigas y la maternidad de Obed. ¡Raras coincidencias! Campo de trigo y Belen casa de pan: Ruth y María; Jacob y Jesús... El trigo de los escogidos, el pan del cielo, el Deseado de las gentes, el Pastor de nuestras almas, nacido allí cerca del purísimo seno de María, que Salomon llama un montoncito de trigo rodeado de azucenas (*Cant. 11, 2*), cosas son que cuanto mas se meditan, mas encantan y deleitan. Al regresar, no podia menos de volver mi vista sobre aquel campo feliz, teatro de acontecimientos pastoriles, patriarcales y angélicos. Hubiera deseado visitar el campo, los viñedos y la cueva de Engaddi; las ruinas del monasterio de Santa Paula y las de Tecue, patria del profeta Amós; el monte de los Francos, sepultura de Herodes el Grande y último atrincheramiento de cuatrocientos cruzados; la fuente de San Felipe, donde bautizó al eunuco de la reina Candace; pero el tiempo y la poca seguridad nos lo impidieron, á pesar de hallarse estos sitios en un rádio de poco mas de tres leguas de Belen. Sin embargo, nos animamos á ir á la fuente sellada, á las vascas y al huerto cerrado de Salomon.

Al otro dia, despues de decir misa en el altarcito de San José, tuvo el Padre Guardian la amabilidad de acompañarnos. Salimos de Belen por el camino de Betjiala, aunque no llegamos á ese lindo pueblo, rodeado de inmensos olivares. Vimos á lo lejos la iglesia griega y el seminario católico, erigido allí por el Patriarca de Jerusalem para formar sacerdotes de aquellos le-

vantinos, en cuya virtud tal vez confia demasiado. Tomamos á la izquierda, y casi en una hora de camino fuimos á dar á un como castillo ó fortaleza, cerca del cual se nos mostró en medio del campo el boqueron de la fuente sellada. Es una especie de pozo sin brocal, ó un manantial debajo de unas rocas, á cuyo fondo bajaron los árabes á beber; me pareció difícil el descenso y no bajé, aun cuando deseaba probar de sus celebradas aguas; pero satisface mi deseo bebiendo de una vertiente suya en otro pozuelo inmediato, donde salta un chorro copioso. El descuido y abandono actual de aquel pozo casi os haria dudar que es la fuente que se sellaba con el sello del mas sábio y magnífico de los monarcas. Y sin embargo, aquella misma es, como os convencen de ello el acueducto que llevaba sus aguas á Jerusalem y las vascas que aun existen. Estas vascas ó estanques son tres grandes depósitos de agua, digna obra de Salomon, formados ó excavados en la peña al principio de un valle, en cuyo curso se halla mas abajo el famoso jardin cerrado, que se regaba y riega con esas aguas. A mas de su riego no se comprende qué otro objeto tendrian aquellas balsas de tan vasta capacidad: cada una de ellas, como están en descenso, tienen por la parte inferior un murellon sólido de gran resistencia que tendrá al menos diez metros de elevacion. La superior mide 160 pasos de largo, la segunda 200 y la última 220, con su anchura proporcionada: se baja á ellas por unas gradas labradas en el declive de la misma roca. Son unos receptáculos que no solo podrian servir para viveros de pe-

ces, sino para solazarse embarcados en un bote, como en un lago.

Nos despedimos asombrados de un trabajo tan improbable, y siguiendo la quebrada por un camino regular casi paralelo al acueducto, vimos luego el jardín cerrado, que realmente lo está por la naturaleza, pues sus árboles y plantas verdean en el cáuce del dicho valle, sirviéndole de segura cerca las rocas, ó mas bien el monte, cortado de un modo inaccesible. ¡*Hortus conclusus!*... El camino lo domina perfectamente, y se pueden distinguir sus variados frutales, que probablemente ya no serán los que formaban las delicias del hijo de Betsabé, cuyo sabor y belleza comparaba á su amada Sulamitis. Contrasta mas la hermosura de aquel huerto por la aridez de los peñascos cerros de sus alrededores: es como una esmeralda engastada en un barranco. Podíamos haber bajado á visitarlo, pues dicen que lo tiene en arriendo un italiano muy comedido: pero el calor nos aturdió, y abajo hubiera sido mas insoportable. Tratamos, pues, de abreviar el camino, cruzado en varias partes por el acueducto, y atravesando varias viñas y olivares llegamos tostados y bañados á las faldas de Belén. Descansamos un rato á la sombra de los olivos y emprendimos la subida, pasando por una fuente y lavadero bastante aseado, cosa que me llamó la atención, porque la limpieza no suele estar por acá á la orden del día, como lo prueba, amen de otras cosas, el diluvio de inmundicias de los grandes y fétidos basureros entre los cuales es preciso pasar antes de llegar á la plaza. Entre esos montones de

basura se ven relucir los retacitos de madreperla, desperdicios de las labores de los betlemitas.

La fatiga, la escasez del tiempo y de confianza en los sucesores de los cananeos, nos desalentó para ir á visitar la doble sepultura de Sara y de Abraham en Hebron, la antiquísima encina del valle de Mambré, donde el padre de los creyentes recibia á los viajeros angélicos, y desde donde viera el incendio de Pentápolis; la famosa cueva de Odollam, escondite de David perseguido por Saul; la cisterna de la madre de Isaac y la aldea de la Virgen, donde se cree haber pernoctado la primera noche de su fuga á Egipto. Ya, pues, que no pude ver esos sitios memorables, visité algunos talleres de estos paisanos de Jesús, ocupados en labrar las coronas, las cruces y medallas de madera, de hueso, de madreperla, que bendecidas y tocadas despues en los santuarios de nuestra redencion, se esparcen por todo el globo y conservan viva la fe de los que no pueden venir á verlos. La fabricacion de esos objetos constituye su industria principal: todo lo trabajan sentados en el suelo, teniendo su labor sobre las piernas ó sobre unos banquitos; sus instrumentos son muy sencillos y no muy técnicos que digamos, lo que no impide que salgan de sus toscas manos relieves de un primor que honrarian á un artista europeo. Los levantinos son como los indígenas de América, hábiles, poco amigos de silletas y nada escrupulosos en vestirse. Las mujeres, como quiera, van regularmente cubiertas: bajo el paño de la cabeza reparé que se les veia como un bulto circular, como corona,

que supe y ví despues era una sarta de monedas agujereadas: adorno de valor, pero pesado y tonto desde que no se luce y debe molestarles. Las mujeres de Nazaret lo llevan al rededor de la cara, pero visible, que al fin les da un poco de gracia.

Visité tambien las virtuosas monjas de San José, cuya pequeña iglesia es una joya por su aseo y pulcritud, que deja inferir cuán bella será la de su alma. Es lástima que sean tan pocas y que no disfruten de mejor salud, semejantes á plantas delicadas trasplantadas á climas poco gratos. Las piezas para la educacion de las niñas, que es su principal ocupacion, son poco capaces, lo mismo que sus pobres celditas y oficinas: todo se resiente de la angostura del local, aunque su virtud y constancia lo supera todo y hace en silencio mas de cuanto pudiera hacer con toda su comodidad y boato la estéril pedantería de profesoras seglares. Su modestia me encantó y mas aun la humildad con que me presentaron unas cruces, coronas y estampitas formadas por ellas sobre papel con las flores de Getsemani, de Belen, de Nazaret, etc.; objetos que guardo con estimacion, pues aun cuando no son de valor material, su procedencia es respetable, é ingeniosa su prolijidad. La superiora generala de estas monjas, la venerable Madre Emilia, me habia hablado en Roma de estas sus religiosas hijas, que yo celebré en mi corazon haberlas visto tan útiles y ejemplares: hasta los turcos las respetan, y algunos las confian la educacion de sus hijas, cosa que en lo venidero podrá producir un gran bien: yo espero que mas de una



de esas nietas de Ruth dirá á estas virtuosas Noemis: Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios. Las animé en sus tareas, porque la virtud, aun cuando proceda de la mas acendrada caridad, se alienta á la perseverancia con el estímulo de la exhortacion; es como una linda flor, algo marchita por el calor, que se reaviva con unas gotas de rocío. Y bien lo merecen las que se consagran á cultivar plantas silvestres en terrenos tan espinosos. *Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias.*

Por la tarde, despues de asistir á la devotísima procesion vespertina del Santuario, volví aun á decir mi último adios á la sagrada cuna del Infante divino; no sé cuántas cosas le pedí, ni cuántas veces besé la estrella y aquellas piedras que hubiera querido llevar dentro mi pecho para que sirvieran de escudo á mi alma y de recuerdo de las inefables finezas de Dios con los hombres. De ninguna parte me he separado con tanta ternura como de Belen. Agradecí sus atenciones al Padre Guardian y demás hermanos, y emprendí mi regreso á Jerusalem. Me prepararon cabalgadura, como á los compañeros; pero quise volverme á pié, ya porque el camino es bueno y corto de dos horas, ya por recordar el que harian la Virgen y san José el dia de la presentación y purificacion.

Salí por la misma calle y por el mismo camino, dejé á la izquierda el sepulcro de Raquel y la llamada torre de su esposo, las ruinas de la iglesia donde Habacuc fué tomado por el Angel y trasportado á Babilonia, para socorrer á Daniel en el lago de los leones. (*Dan. xiv, 32*).

Continuando el camino encontramos el gran monasterio de San Elias, cuya impresion dicen que es la estampada en una roca cuando aquel celoso profeta huia de las iras de Jezabel. Ese monasterio, poseido por los griegos, ocupa una colina, desde la cual se ven Belen, Jerusalem y el lago Asphaltites. Saludé, pues, por última vez la patria de Jessé y de Jesús, y continué mi marcha por el llano y ancho camino que atraviesa aquel campo, llamado por el Historiador de los Reyes (*II Reg. v, 18*), valle de Raphaim, donde David derrotó por dos veces á los áudaces filisteos. Casi á la mitad de este camino se ve una cisterna llamada de los Tres Reyes, por haber descansado allí los Magos que vinieron de Oriente á adorar al recién nacido Rey de los judios, cuya estrella se les volvió á aparecer guiándoles al portal. Un poco mas adelante se muestra el lugar del frondoso terebinto bajo cuya sombra descansara la sagrada Familia en sus idas y vueltas á Ephrata y Salem. Avanzando mas, desviado un poco á la izquierda, se puede ver el campo donde estuvo la casa de aquel anciano venerando que tuvo en sus brazos á Jesús, y lo reconoció por la luz de las gentes y Salvador de Israel. Se deja á la derecha la colina del Mal Consejo, que seria la granja del Sumo Sacerdote, cuyo conciliábulo fraguó la muerte de Jesucristo. Luego se baja un poco al valle de la piscina del campo del batanero, cerca la cual vimos unas casuchas que me dijeron eran el hospicio de los pobres judios; y subiendo un repechon de polvo y de basura entramos en Jerusalem al ponerse el sol, con el corazon contento y con

la mente impresionada por los mas gratos recuerdos. Acababa de dejar el pueblo donde Samuel fué á ungir por sucesor del reprobado Saul al menor de los hijos de Isai; habia atravesado los campos donde apacentaron sus ganados los dos mas grandes pastores, Jacob y David; donde este, aun jóven, rubio y hermoso, destrozaba los osos y leones, y de donde con su honda certera fué á clavar una piedra en la frente del Geteo. Vi y adoré ¡oh, qué dicha! la cuna del Pastorcito divino de nuestras almas, que venció al príncipe de las tinieblas, dió su vida por sus ovejas, su carne en nuestro alimento, su sangre en nuestro rescate..., con la divina Pastora á su lado, mas bella que Rebeca y Raquel... Los pasajes del antiguo y nuevo Testamento se avivaban allí, y al casi tocar su comprobacion, no se puede menos de alabar y glorificar á Dios, con el mismo gozo de los pastores al regresar del pesebre. — *Reversi sunt glorificantes et laudantes Deum, in omnibus quæ audierant et viderant, sicut dictum est ad illos.* (Luc. II, 20).

VII.

**Religiosos del santísimo Sepulcro.—Proce-  
sion á las capillas.—Capilla de la Inven-  
cion.—Cúpula, griegos, etc.—Via-Crucis.  
—Salida de Jerusalen.—Emmaus.—Lida,  
su Cura.—Leprosos.—P. Forner.—Versos  
del Jordan.**

Regresado á la santa Ciudad, quise cumplir mi promesa de irme unos dias al santísimo Sepulcro. Fui por la mañana al monte Olivete á decir misa en el santuario de la Ascension, en la que comulgaron los religiosos legos que me acompañaron, cosa que fué para mí un gran incentivo de edificacion. Tambien dijo misa otro sacerdote, sin que los turcos lo tuviesen á mal. Concluido todo, recogido el aparato del altar portátil, pues allí nada hay, bajamos juntos de aquel monte de tantos recuerdos que san Agustin llama monte fructuoso, de unguento y de crisma sagrado, pudiendo llamarse tambien monte del Llanto y de los Misterios; y llegados al convento, tomé la bendicion del reverendo Padre Vicario custodio, y me dirigí á cumplir mis deseos.

*Introibo in domum tuam, adorabo ad templum sanctum tuum in timore,* nos enseñó á decir el penitente Rey al pisar los umbrales de la casa de Dios. Deprecacion humilde que es imposible olvidar al entrar en la gran basilica del sa-

crifício y de la tumba del Hijo del Padre. Omíto su descripción, bosquejada ya en mi primera visita; solo recordaré lo que entonces hubiese olvidado. Sentí mucho no poder asistir á las distribuciones nocturnas de la comunidad, por el cansancio y la indisposición con que me sentí rendido á causa de mis anteriores excursiones. Pedí, pues, al Padre Presidente que disimulara mi tibieza, ofreciéndole asistir puntualmente á todos los demás ejercicios de aquella santa reclusion, cuya incesante tarea demanda un cuerpo robusto y un espíritu mas serviente que el mio. Es un milagro de Dios la resistencia de aquellos santos religiosos; parece que el seráfico Patriarca les infunde su espíritu y su fuerza de voluntad para no abandonar jamás el puesto de honor que él nos legara en la puerta de aquel monumento sagrado. Solo así se comprende la constancia de ese turno no interrumpido de oraciones y de meditación, de rezo y de procesiones, de canto y de silencio, de confesiones y de la mas estricta observancia en celdas angostas como cárceles, en un ambiente poco puro, con muy cortas horas de descanso, y aun interrumpido con el canto molesto y las ruidosas matracas de coftos, griegos y armenios (cobijados tambien en otros departamentos de aquel edificio), con los gritos de los turcos y las patadas de sus caballos (cuyo establo está sobre nuestras celdas), añadiendo el sobresalto continuo en que es preciso estar para no faltar un minuto en las horas de alternativa, á fin de evitar usurpaciones y choques con los cismáticos, que atisban el mas leve descuido nuestro para

quitarnos derechos en los santuarios y movernos barrutas ó camorras de fatal trascendencia... Es preciso encerrarse algunos dias dentro de aquellas santas bóvedas para conocer cuán grande es el sacrificio de aquellos hijos de san Francisco, que cual los activos centinelas del tiempo de Nehemias están atentos y contentos, considerándose felices al sostener con tanto desvelo la posesion de aquel sepulcro glorioso, que tanto se trabaja por arrebatarnos.

Despues de Vísperas, asisti á la interesante procesion ó visita de los lugares santos contenidos en aquel grandioso templo. A todo visitante ó peregrino nuevo se le da en esa procesion un cuaderno, lugar y vela distinta. Por poco que se pare la atencion en las ceremonias de aquella santa vida, en los himnos que se cantan, en los pasajes evangélicos, antifonas, versos y oraciones que se recita en cada estacion, el alma mas fria se enfervoriza y se conmueve. ¡Oh, qué pensamientos y efectos tan íntimos hieren entonces vuestra mente! Es preciso aprovechar aquellos instantes preciosos en que vemos andar delante de nosotros al divino Isaac cargado con la leña de su sacrificio, mas desfallecido y moribundo, pero con mas sumisa obediencia que el hijo de Sara. Al ver las capillas que nos muestran donde lo desnudaron, donde lo ultrajaron, donde se jugaron sus vestidos, la piedra en que lo martirizaron, el suelo donde lo crucificaron, el hoyo donde enarbolaron la cruz..., todo nos penetra vivamente, y es imposible dejemos de bañar con nuestras lágrimas aquellas losas sobre las cuales han llorado y han estampado sus la-

bios tantos millares de cristianos mas grandes y mas fervorosos. Al ver en aquel sitio otros peregrinos y peregrinas, cual las hijas de Jerusalem, venidos de las diversas partes del mundo, y tal vez de diferentes comuniones, verlos seguir compungidos, postrarse, gemir, llorar y besar aquel suelo; nuestro pecho gime y nuestros ojos lloran, aunque lo queramos ocultar. Esa es la gracia de aquel suelo regado con la sangre de Jesucristo; esa es la virtud de aquel ambiente que recibió los últimos suspiros del Redentor, cuya postrera exclamacion parece que hiere nuestros oidos; *Consummatum est!* y bajamos la cabeza, y adoramos rendidos al Salvador del mundo, diciendo con la Iglesia santa: *Adoramus te Christe, et benedicimus tibi, quia per crucem tuam redemisti mundum.*

Aumenta la devocion el saber el gran tesoro de indulgencias con que puede enriquecerse el alma; pues en una sola procesion ó visita de de esas, hecha con las debidas circunstancias, se ganan al menos seis plenarias é infinitas parciales, aplicables algunas á las benditas almas del purgatorio.—*Thesaurizate autem vobis in cælo.* (Matth. vi, 20).

Concluida la visita, suelen los peregrinos recogerse al punto ó capilla que mas afecta su piedad; porque allí todo convida y todos tratan de aprovechar los momentos: unos para meditar mejor, otros para pedir perdon; estos para aumentar gracia, aquellos para no malograr su salvacion, y todos por marcarse como los predestinados con la sangre preciosa del Cordero, cuyo manantial está allí, en la peña del Calvario, que

tocan con mas ansia y consuelo que los sedientos hebreos la peña de Mará. Allí murió el que nos decia con tanta dulzura: «Pedid y recibiréis;» y mas dulcemente aun: *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos.* Y por eso cada cual, viendo su necesidad y miseria, ora, gime y clama allí, donde se oyeron la súplica mas humilde, los gemidos mas puros y el clamor mas grande del Redentor de nuestras almas, cuyo eco moribundo, *Pater ignosce illis,* «Padre mio, perdónalos,» se oye retumbar aun dentro de aquellas paredes. Si Salomon oyó en el antiguo templo, que Dios escucharia las oraciones de sus siervos, de los que viniesen de países remotos, y aun de los alienígenas que no eran de su pueblo, ¿con cuánta mayor fe no hemos de creer que serémos oídos los pobres cristianos, por pecadores que seamos, al rogar aqui, en este templo santificado, no ya con la niebla; indicio de la majestad, sino con la sangre, con la humanidad y divinidad de Jesucristo? Allí se alienta el mas cobarde, siquiera para clamar con mas confianza que el Publicano: ¡Señor, compadeceos de mí, sedme propicio! Como yo no puedo dejar de conocer que muchas veces le he defraudado á Dios el honor y el amor que le debemos, que en vez de refrigerar su sed le he dado hiel y vinagre... le clamé, como el ciego de Jericó, *Jesu fili David, miserere mei;* añadiéndole tambien como el feliz ladron, allí mismo: *Memento mei, Domine, dum veneris in regnum tuum.* Y me daré por mas dichoso que Bartimeo y que Dimas, si el Señor por un rasgo de su amorosa misericordia me dice ahora: Anda, tu



fe te ha salvado (*Marc. x, 52*); y mejor aun, si en el último dia de mi vida tiene la inefable bondad de decirme: *¡Hodie mecum eris in paradiso!*

Una de las capillas que llama con motivo la atencion de los cristianos es la invencion de la cruz; eso es, aquel lugar del cual á fuerza de excavaciones hizo sacar la constancia de santa Elena la verdadera cruz de Jesucristo que los paganos, molestos por la veneracion que le tributaban los primitivos fieles, habian sepultado y cubierto de ruinas. Esta capilla está al fondo de la Basilica, casi en el lugar que deberia haber la puerta principal: se baja á ella por una ancha gradería hasta el primer plano, donde se ve la capilla, el altar y aun la ventana en que sentada aquella santa Emperatriz dirigia la ímproba excavacion que le dió por resultado el hallazgo de aquel sagrado madero, del cual pendió la salud del mundo: tesoro escondido de un precio mas grande que el del campo evangélico. Se baja allí por otra porcion de gradas, cuyo número no recuerdo: su plano forma como otra capilla, que es algo oscura y húmeda por su profundidad; al frente de la grada se ve un altar con la estatua de la santa madre de Constantino, y al lado derecho una como mesa ó gran losa bajo una bóveda, que es el propio lugar de la invencion. El gentilismo quiso hacer desaparecer la cruz; pero no hizo mas que asegurarla ocultándola como un depósito, para que, pasadas las persecuciones en cuyo furor hubiera podido perecer, volviese á recibir las adoraciones de que era digna. *Fulget crucis mysterium*. La oscuridad,

la frescura y el retiro de esa capilla convidan á la meditacion.

Dentro la pared maestra del templo, á la espalda del santísimo Sepulcro, me mostraron un hueco con la sepultura de José de Arimatea, aquel noble decurion que tuvo valor para presentarse á Pilatos, pedirle el cuerpo de su Maestro y enterrarlo en su monumento nuevo excavado en la peña, *quod exciderat in petra* (Matth. xxvii, 60), cuando los Apóstoles estaban escondidos y aterrados. Aquel local era un huerto suyo; y muy justo era que el que cedió su sepulcro al Redentor descansara en paz á su divina sombra.

Al lado del céntrico coro de los griegos, es decir, del coro principal que fué nuestro y que despues esos danaos nos usurparon, conservamos aun el depósito de las alhajas que la inviolable fidelidad de los sacristanes ha podido salvar de la rapacidad de los cismáticos y de la insaciable codicia de los ismaelitas. Entre los ricos cálices y otras prendas preciosas de los reyes y reinas de España, tuve el gusto de tener en mis manos un cáliz pequeño, mandado por el humildísimo español san Diego de Alcalá, y un gran frontal de plata regalado por D.<sup>a</sup> Manuela Tamayo de Potosí, cuando Bolivia aun se llamaba alto Perú. Tambien tuve en mis manos aquella insigne espada y espuela del ínclito Godofredo de Bouillon, con que rescató la tumba de Jesucristo y con que se armaban caballeros del santo Sepulcro los nobles y servientes cristianos, cuyos titulos pasan ahora por boato á sus indevotos nietos. Pero ya no pude ver el sepulcro

del gran conquistador del Sepulcro de Jesucristo, que junto con los de los otros reyes cristianos de Jerusalem hizo desaparecer la perfidia griega de la pared fronteriza á la piedra de la unción, donde aun los viera Chateaubriand en 1806.

Por el interior de nuestro conventito subí á la espaciosa galería, sobre cuyas cuadradas y macizas columnas estriba la desmejorada cúpula de la basilica. En ella observé tres cosas: primera, los retratos de los beneméritos reyes de Sicilia, D. Roberto y D.<sup>a</sup> Sancha, que con un empeño, una devoción y un gasto increíbles, lograron la recuperacion de los lugares santos y la colocacion de los celosos hijos del patriarca de Asis para custodiarlos. ¡Loor y gloria á tan católicos monarcas, que justamente realzaron el brillo de sus coronas con el título de reyes de Jerusalem, que otras dinastías sin merecerlo se han apropiado! La otra fué la pared divisoria de esa gran galería, que antes era toda y exclusivamente nuestra, y servía de mucho desahogo para los peregrinos católicos. Pero los taimados discípulos del cisma, engañando con sus mentiras á un Papa, le hicieron creer que se iban á convertir al Catolicismo; y aquel buen Pontífice, como pio, les cedió la mitad de tan ambicionado local creyendo sincera su conversion, en que ellos jamás pensaron; pero se quedaron ya con media galería, que fué el golpe de su ficcion. La tercera es la gran iniquidad de los secuaces de Focio, que despues de haber contribuido el año 8 al incendio de aquella sagrada basilica, que tan mal reconstruyeron ellos solos, no por celo, si-

no para usurparnos el título de participacion, tienen ahora la impiedad de impedir con mil artes y perfidias la reparacion de la gran cúpula, que con escándalo de toda la cristiandad está desportillada, cayendo la lluvia sobre el mismo santísimo Sepulcro, amenazando desplomarse: cosa que ellos no solo miran con indiferencia, sino con gusto. ¿Y por qué? Porque *lætantur in rebus pessimis*; y porque pretenden que ellos solos y exclusivamente deben reconstruirla cuando se caiga, para excluir á los católicos de la participacion de la obra, y por consiguiente, del derecho de alternativa en el culto, y luego expulsar, arrojar de aquel sagrado recinto á los que por mas de siete siglos, sin reparar en sacrificios de sangre y de todo género, han sostenido allí la posesion nunca interrumpida del sacro monumento; y si no contribuimos á la atropellada restauracion, despues del incendio, fué porque ellos mismos nos lo impidieron, y porque á pesar de nuestros esfuerzos y protestas, las turbulencias de los príncipes y naciones cristianas nos impidieron hacer mas. Ellos, como zorras astutas, se aprovecharon con celeridad de aquellas circunstancias, que bien habian calculado. Parece imposible que unos hombres tan taimados puedan frustrar los esfuerzos actuales de los príncipes católicos y del mismo Papa con el gran Señor, para reconstruir de comun acuerdo aquella cúpula: pero es tal su depravacion, el influjo del oro con que corrompen la corte de Estambul, y tan decidido el empeño de su cor-religionario el Czar, que es muy de temer logren sus inícuos intentos. ¡Dios no lo permita!

porque seria esto un castigo y una gran calamidad, que la Europa debe conjurar á todo trance, como se conjura una tormenta, ó como se ponen diques á un rio que amenaza arruinar propiedades de cuantía.

Despues que Fr. Bieli hubo entregado sus limosnas al Padre Procurador, vino tambien al santo Sepulcro, medio envidioso de mi retiro. Hacíamos juntos las visitas, y al llegar al Calvario nos ocurrió rezar la Corona de los Dolores ante el altarcito de la Virgen, allí mismo donde ella estuvo firme y agonizando en las tres horas de la pasion. Pero ¡ah, qué compromiso! en los primeros dolores aun rezamos algo serenos; mas al tocar el encuentro de la calle de la Amargura y el Gólgota, sobre el cual nos hallábamos, los suspiros y las lágrimas nos ahogaban y nos impedían proseguir. Yo temia que él se desmayase, porque estaba algo indispuerto y muy conmovido, pero la Virgen nos dió valor para poder concluir. ¡Ojalá nos dé su gracia para sufrir con paciencia los trabajos de esta vida y nos asista con su piedad en el trance de la muerte!

Nunca olvidaré el gran gozo que tuve de poder celebrar en aquellos dias el tremendo sacrificio en el santísimo Sepulcro, en el Calvario, y en la Columna. Ya habia tenido la fortuna de decir misa en algunas basílicas de Roma, en las catacumbas del Vaticano, en la santa casa de Loreto, en varios lugares insignes de la cristiandad, en las pobres iglesias de nuestras misiones de América, y aun en el altar portátil en las riberas del Veni, sabiendo que en todas partes Jesucristo se digna bajar á nuestras manos

para participarnos los méritos de su purísima sangre; pero allí, donde realmente la derramó, donde murió, fué sepultado y resucitó..., allí parece que el sacrificio es mas eficaz, que al ver la hostia sobre el corporal, veis el mismo cuerpo de Jesucristo tendido sobre la sábana limpia en que lo amortajaron; al ver el cáliz se os representa que habeis recibido aquella sangre de las heridas y del corazon del Salvador; y al sumir las sagradas especies no podeis decir lo que sentis en el alma: uno casi se atreveria á asegurar que aquellas peñas destilan la dulzura vaticinada por Amós y Joel, III, XVIII, y que se puede decir con san Pedro (I, II, 3): *Gustatis quoniam dulcis est Dominus*. Tocais el mármol del sepulcro, y os anonadais sintiendo que vuestro pecho miserable está hecho otro sepulcro animado... Allí es donde se toca la veracidad de aquella promesa de Jesucristo: *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, in me manet et ego in illo*. Y el alma, embarazada de suavidad divina, sintiendo la presencia real del Verbo y las arras de su gloria futura, exclama con la Iglesia: *O sacrum convivium, in quo Christus sumitur, mens impletur gratia, et futuræ gloriæ nobis pignus datur!* Quiera Dios que así sea, y que por mi infidelidad no reciba yo en vano tanta gracia. Las impresiones é inspiraciones que se reciben en aquellos momentos deben contribuir mucho al modo de pensar y de obrar en el resto de la vida; porque sino, muy desgraciado seria el que habiendo visitado lugares tan santos, no tuviese al menos un poco mas de amor á la santidad, un poco mas de olor de Je-

sucrismo, como decia san Pablo (*II Cor. II, 15*); así como seria muy estúpido el pobre que, entrando en un tesoro que se le franquea, no se proveyese para despues. El oleastro, el árbol silvestre que ingertado en un buen olivo no puede dar frutos de buena ley, debe ser cortado y arrojado al fuego, como se dice al mal sarmiento del Evangelio (*Joan. xv, 6*), mientras que el buen sarmiento, unido á la vid, Cristo, *hic fert fructum multum*.

Solo tres dias y dos noches, como Jesucristo en la tumba, pude estar en aquel santo encerramiento; porque debíamos partir ya á visitar la Galilea, teatro de las maravillas del Redentor en su vida y despues de su resurreccion. Pero antes de salir de la Ciudad santa quise cumplir otro deseo: el hacer la Via Crucis en las mismas calles y lugares que marcó con su cruz y sus caidas el divino Nazareno. Crei que me seria difícil; pero madrugando un poco, antes que los turcos y judios se levanten, puede hacerse con facilidad y con gran consuelo de nuestro espíritu. Fr. Manuel Collado se ofreció á acompañarme y enseñarme los sitios preciosos de las estaciones, que un forastero no conoceria por el empeño que tienen los infieles en borrar las cruces señaladas por los cristianos. Antes de amanecer ya estuvimos en el pretorio de Pilatos; saqué mi libro del beato Leonardo, que siempre llevo, y mas de memoria que leyendo, empezamos nuestro santo ejercicio. El mismo silencio en que estaba sumergida Jerusalem infundia devocion y contrastaba con aquel tolle-tolle y aquella horrible griteria con que un inmenso tumul-

to clamaba que Jesús fuese crucificado. Esa idea me presentó á Jesús bajando la cabeza ante el inicuo presidente, salir humillado á la calle, cargar la cruz casi rendido y marchar tropezando y cayendo. Besé el suelo y fui siguiendo. Aquellas calles solitarias en ese momento concentraba mas el alma; y uno que otro golpe de puerta ó de ventana que empezaban á sentirse, me recordaban los golpes de la cruz cargada por Jesucriste en las piedras de aquella dolorosa via. El



encuentro de María santísima y de la Verónica fueron las que mas me afectaron. Los dolores de la Virgen son como la sal con que todos sus hijos condimentan su devocion: pero allí, á vista de aquella calle por donde la Virgen y san Juan salieron al encuentro de Jesús, que venia desfigurado con la cruz á cuestas en medio de dos ladrones... ¡Santo Dios! causa una compasion indescriptible. Yo deseaba contemplar mas ese



paso; pero la aurora ya nos iba descubriendo, y al llegar á las penúltimas estaciones ya empezaba á andar gente, por lo que el compañero me advirtió que no besase el suelo por evitar disgustos. Pero, gracias á Dios, tuve la satisfaccion de concluir las de la calle sin el menor inconveniente; y para colmo de mi fortuna, abrieron los turcos la iglesia y pude concluir las últimas en su propio lugar, finalizando en el Calvario y en el santísimo Sepulcro. Pude tambien decir misa allí mismo: así es que me despedí de tan venerandos sitios con mi corazon mas satisfecho que despues de haber recorrido las lindas calles de Turin ó los magníficos bulevares de Paris.

— Mi querido compañero Fr. Luis no pudo seguir esta devocion por haberse agravado su dolencia; y lo mas sensible fué que tampoco pudo acompañarme á Galilea, cosa que tanto deseaba; porque Dios, aun en lo bueno, quiere que practiquemos la abnegacion. Así es que nos separamos con ternura; y él á pesar de su indisposicion salió á la ventana del dormitorio de San Salvador para vernos marchar. Mucho tuve que agradecer á los Padres de aquella venerable comunidad el esmerado cariño y las caritativas finezas que me habian prodigado durante mi permanencia entre ellos. Sentí mucho no haber encontrado allí al reverendísimo Padre Custodio actual, que habia estado en Constantinopla; pero el bondadoso Padre Vicario se desveló en favorecerme hasta la hora de partir, y espero le habrá expresado mi sentimiento á dicho superior.

Habiéndome, pues, despedido de todos aquellos Padres, salí de Jerusalem el 3 de julio por la

misma puerta para Emaús, acompañado de mi antiguo amigo el P. Jaime Radó, Fr. Manuel Collado, Fr. Juan Bautista de Rivarolo, el Padre Yucundino, polaco, y tres múcaros con bastante fantasía, segun la frase de allí. Tomamos el camino de los Camellos por detrás del hospicio ó baluarte ruso, siguiendo casi la direccion al sepulcro de Samuel, dejando el camino de Jafa á la izquierda y el de Damasco á la derecha. La via es algo molesta por sus bajadas y subidas, aunque no tiene malos pasos. En una loma de la izquierda el P. Radó me hizo observar una aldea que se tiene por el antiguo Baalhasór (*II Reg. xiii, 23*), notable por el atroz fratricidio de Absalon, que hizo asesinar en un convite á su hermano Amnon, por haber violado á su hermana Tamar. Luego atravesamos un torrentito pedregoso, sin agua, que supongoes la cabecera del torrente del Terebinto, pues va hácia Colonia. Y por aquellas cercanias se cree que fué donde el Señor resucitado se reunió á sus discípulos. Antes hubo una iglesia que marcaba el punto, al cual venian los religiosos de Jerusalem el lunes de Pascua para solemnizar aquel pasaje evangélico. Pero los trastornos y asolaciones de los turcos ni rastro han dejado de tal iglesia, y esa pérdida ha contribuido á la divergencia de pareceres sobre el verdadero castillo de Cleofás. De allí subian la cuesta que subimos nosotros, tocando por la esquina de un pueblecito de turcos, de cuyo nombre no quiero acordarme, y olvidar quisiera los apodos insolentes y las piedras que nos echaron unos muchachos, parientes sin duda de los que se

burlaban de Eliseo en la cuesta de Betel. (*IV Reg. c. 11, 23*). Léjos de maldecirlos, pasamos riendo, pues enojándonos salíamos peor; un poco mas allá vimos unas mujeres sacando agua de un pozo; nos abrasábamos de sed, pero tuvimos que aguantarla porque no tuvimos *baccis* que darles, ni gracia para ablandar aquellas feas Samaritanas, que (sea dicho entre paréntesis) ni en aseo ni en viveza se parecen media pizca á la aguadora del pozo de Jacob. Teníamos á la vista, pero separado por un como valle de una milla, el Ramata Sophim, donde hubiera deseado subir para ver la tumba del mas santo de los jueces de Israel, y para disfrutar desde su elevada cumbre la bella vista que, segun la guia del P. Perinaldo, se goza desde su minarete. Desde la altura del Nebo no divisó Moisés tan bien la tierra de Canaan, como puede contemplarla de allí el viajero: pues desde aquel sitio se ve la vasta llanura de Saron, todo el país de los filisteos hasta la playa del Mediterráneo, la larga cadena de los montes de Judea y sus diversos valles, el castillo de Modin, el valle de Raphaim, Jerusalem y sus alrededores; Macmas, célebre por Jonatás y por la pérdida de Jesús notada allí por Maria y san José; el collado de Gabaon y el valle de Galaon; las llanuras de Gálgala, las ruinas de Jericó y las riberas del Jordan inmortalizadas por el arca y por Josué; las azufradas aguas del mar Muerto, el desierto del Bautista, la soledad de santa Maria egipciaca, las altas crestas de Galaad y la espalda del Carmelo, con otros lugares memorables en la historia del pueblo escogido: los mas los vimos

tambien desde la última eminencia antes de trastornar aquella pequeña cordillera, que no es ciertamente hermana de los Andes. Sin embargo, como ella me iba á ocultar el encantado ho-



rizonte del divino Sol de justicia, me despedí de tan inolvidables lugares saludando al Olive-te, cuya cima pronto iba á perder de vista, haciendo un voto casi igual al del real Salmista: *Si oblitus fuero tui Jerusalem, oblivioni detur dex-tera mea.* (Psalm. cxxxvi, 5). ¡Adios, adios, Je-rusalen! tus santuarios, tus calles, tus ruinas, tus piedras, grabadas quedan en mi alma, y creo que no me olvidaré de tí aun cuando me deslumbren los resplandores de las murallas de Jaspe y de las calles de oro cristalizado de la Jerusalen celestial: adios!

Al declinar suavemente uno de aquellos col-lados, por entre viñas, olivares y bosques, de-jamos á la derecha una corta aldea de indige-nas, y luego vimos un poco mas allá un edificio

en fabricacion: este es Emaús. De modo que el Peregrino resucitado fué conversando como una hora con sus tristes y afligidos discipulos, hasta llegar á este castillo en que le invitaron y obligaron á quedarse. Al apearme llamó mi atencion el gran trabajo que ha emprendido allí la devota condesa Paulina de Nicolás, gastando generosamente su patrimonio, no solo en la restauracion de aquel olvidado santuario, sino en construir para los peregrinos habitaciones decentes en ese semidesierto de Cobbebe. Esta dama francesa no ha reparado en gastos, hasta quedarse pobre, para comprar aquel venerando sitio, un poco mas de terreno adyacente, proporcionarse materiales y trabajadores, que allí todo es caro, con una constancia admirable, no solo en continuar la obra, sino en afrontar las contradicciones que le crean los mismos que protegerla y ayudarla debieran. Algunos en sus santas empresas pueden cantar con Zacarias: *Salutem ex inimicis nostris*; pero esta devota señora al estar restaurando tan penosamente aquel santo lugar, puede decir como el anciano Simeon: *Positus est hic... in signum cui contradicetur*. ( Véase al fin la traduccion de la noticia histórica sobre Emaús, ).

Como llegamos allí con sol, pude observar lo nuevo y lo viejo; y me complació mucho reconocer la pared antigua de la iglesia que los primitivos cristianos erigieron en aquel segundo cenáculo para venerar á Jesucristo resucitado, reconocido por sus discipulos en la fraccion del pan. A mas de esa pared, que forma aun parte de la capilla restaurada, observé otros pedazos

de muro antiguo, restos evidentes de la primitiva fábrica; una gran tasa de molino de aceite (en que dice el P. Naut que convirtieron los turcos el santuario de Emaús), y una losa sepulcral con una cruz rota de la época de las Cruzadas. El religioso encargado de la dirección de aquella obra me aseguró que habían encontrado allí una medalla con las crucecitas de Tierra Santa: hallazgo precioso conque fué obsequiado el Conde de Chambord, que sirve de comprobante decisivo de la identidad del Santuario y de la propiedad de nuestra Orden. La tradición de los turcos viejos del lugar, las indagaciones del infatigable é inteligente P. Forner, cura de Belen, los restos de otra iglesia inmediata, las bóvedas del castro romano (al bajar hácia Ramle), la medida de los sesenta estadios señalados por san Lucas á Jerusalem toda esa nube de pruebas disipa las cavilaciones con que indiscretos disputadores han querido poner en duda la identidad de este lugar evangélico, del cual en aquella misma hora volvieron los felices huéspedes á Jerusalem, para dar á los once Apóstoles congregados noticia tan gloriosa. Yo, pues, mientras otra cosa no declare el oráculo mas verídico que criticos indevotos, creo que este es el hospicio ó castillo dichoso en que Jesús resucitado oyó tan paciente las dudas de sus discípulos, les contestó con tanta bondad, les expuso la Escritura con tanta luz, les reconvino su incredulidad con tanta mansedumbre, inflamó sus corazones con tanto amor que no cabían en sí de gozo, y se admiraban que no lo hubiesen conocido antes que él partiera el pan. — *Nonne cor nostrum ardens erat?*

En nuestra colacion recordamos aquella cena frugal y sagrada con que el Señor regaló á los que le habian convidado; y luego, á pesar de ser viernes, rezamos el santo Rosario con los misterios de gloria, para meditar mejor las delicias de aquel banquete, en cuyos postres *cogno-verunt eum*. La velada se pasó en observaciones y reflexiones sobre aquel hecho tan interesantemente descrito por el Evangelista médico. Para participar un poco de sus íntimos afectos, celebré la santa Misa en la sacristia, en altar portátil, usando del privilegio de misionero apostólico, ya que aun no estaba habilitada la iglesia del Santuario; y efectivamente, al leer allí mismo aquel conmovedor Evangelio rebosa de júbilo el corazon, y uno se repite aquella sentencia que dijo Jesucristo al incrédulo Tomás: *Beati qui non viderunt, et crediderunt*.

Concluida la Misa antes de la cinco de la mañana, salimos de aquel santo castillo rogando á Dios que dé salud y constancia á su piadosa restauradora hasta ver concluida y bendecida su obra. Esperamos que el soberano Pontífice continuará dispensándole su benévola proteccion. Estos y otros votos iba repitiendo por el camino, que es un descenso algo escabroso, y en algunos trechos de rocas resbaladizas. Como á una legua de bajada, encontramos dos edificios con bóvedas bien conservadas, que se creen pertenecientes al cuartel ó castro romano, sito en la antigua ruta de Jerusalem á Joppe y á Cesarea. Seguimos una encañada por entre montes de rocas, de encinas y de arboleda, por espacio de otra legua ó algo mas. Luego que en-

tramos en la llanura, pasamos por el lado de un pueblo, sobra una loma, cuyo nombre no supo decirnos el guía, que tampoco era muy conocedor de aquella comarca; pero como sabia bien la direccion de Ramle, nos hizo andar por los senderos á través de los campos, con cuya medida logramos abreviar camino y evitar el pasaje por poblaciones de sarracenos poco comedidos. El sol y el reflejo de aquella tierra algo arenosa nos iba tostando y cociendo á su gusto; para moderar algun tanto aquel ardor, abrimos los quitasoles, esos tendidos de trapo y vainilla que en tiempo de lluvia se llaman paraguas; y el múcaro se puso á cantar como una chicharra fastidiosa. El caballo del P. Yucundino se iba rindiendo; pero aun así llegamos á Ramle á las nueve y cuarto, con una sed mayor que la del ciervo de los salmos, si no comparable á la del Behemoth de Job. ¡Agua, agua! gritábamos á los Padres del hospicio, como si se hubiese prendido fuego al mundo; mas ellos no creyeron prudente dárnosla, sino mas bien una taza de café. Despues bebimos agua sin recelo.

Muy grato nos supo aquel refrigerio, pero mas grato aun el encuentro allí con el deseado P. Forner, que iba continuando sus exploraciones, y con quien deseaba yo esclarecer algunas dudas topográficas. La cuestion entonces palpitante era Emaús; y, por lo mismo, sobre ella rodó luego nuestro diálogo, del cual, oidas sus razones y fundamentos, recabé la certitud de su existencia en Cobbebe, de donde acabábamos de venir. Fuimos discurrendo sobre otros lugares de Samaria y Galilea, que aun yo no



había visto, y para cuya visita me dió noticias curiosas; y despues de haberme hablado algo sobre el Jordan, me dió por escrito los versos siguientes:

## NACIMIENTO Y SEPULTURA DEL JORDAN

POR

**D. JUAN AROLAS, PRESBITERO.**

Cedros del Libano altivos,  
Como verdes monumentos  
Que susurran en los vientos,  
Ven cuando nace el Jordan;  
Que deja su amada cuna,  
Duerme en un lago y camina  
A regar la Palestina,  
Que es todo su amor y afan.

De Galilea en las aguas  
Casi oculta su carrera;  
Pero rompe esa barrera,  
Su curso vuelve á seguir,  
Y en el lago de Asphaltites,  
Estanque de pez impura,  
Besando su sepultura  
El Jordan viene á morir.

Aquí fueron dos ciudades,  
Dos hermanas que en un dia  
De su lúbrica alegría  
Dijeron: Ya no hay mas ley.

Desnudemos nuestros pechos  
Que aman dichas lisonjeras,  
Y el placer de las rameras  
Hemos de erigir en rey.

Y una mostraba á su hermana  
Un vaso todo colmado  
De las heces del pecado  
Que tanto abomina Dios:  
Blasfemaron de su nombre,  
Y tras livida sonrisa  
Con igual delirio y prisa  
Se embriagaron las dos.

Adoraron unos dioses  
Que llamaron inmortales,  
Con cabezas de animales,  
Cuyo templo es muladar...  
Ofrecíanles incienso  
De torpe abominacion,  
De tan fea maldicion  
Que no se puede nombrar.

Pero el castigo del cielo  
Les sorprendió en una orgía...  
Fuego abrasador caía,  
Que en muy voraz destruccion  
Confundi6 las dos ciudades  
Con sus dioses indecentes,  
Con cabezas de serpientes  
Y con colas de dragon.

Hoy no se ve en aquel sitio  
Ni una piedra descubierta,  
Que en un lago de agua muerta  
Los precitos allí están,  
Cual en baño de tortura,  
Bald6n de execrando suelo,  
Maldicion del alto cielo,  
Sepultura del Jordan.

Versos que despues me complacia en repetir en la ribera de aquel sagrado rio.

Al dia siguiente marchamos á Jaffa para emprender mi viaje á Galilea; mas como despues de este tuve que volver á Ramle para recibir á mi pobre compañero Fr. Luis Bieli, que se habia aliviado de su enfermedad, y á celebrar el dia 3 de agosto la fiesta de san Nicodemus, referiré la visita que entonces hicimos á Lida. El bondadoso Padre Guardian nos invitó á dar ese paseo; pues hubiera sido lástima dejar de ver aquella ciudad de Saroná donde San Pedro curó al paralítico Eneas con solo decirle en nombre de Jesucristo: *Surge et sterne tibi.* (Act. ix, 35). El camino que conduce á ella es llano, espacioso, por una campiña muy risueña, cubierta de viñas y de toda clase de árboles frutales: antes de llegar al pueblo, y digo pueblo, porque ya no es Lida aquella ciudad que formaba una de las mas conspicuas toparquías de Judea, sino una poblacion compuesta de musulmanes y griegos cismáticos con algunos católicos; pues bien, al llegar á ese pueblo, vimos unas eras con grandes montones de trigo, como colinitas, mayores y mas numerosas que las que ví en Betania y en Nazaret; prueba de la mayor feracidad del terreno ó de mas aplicacion á la agricultura. Al entrar vimos dos ó tres mezquitas, una de ellas con un minarete muy elevado, alguna gente por las calles, menos súa que la de Jafa. Nos dirigimos á la destruida iglesia de San Jorge, cuyas paredes admiran por la solidez y belleza de la obra, que no fué gótica ni bizantina, sino de un estilo mas modernó. Lástima que, en vez

de la ridícula capilla católica que luego visitamos con un altar miserable, no se haya restaurado ó habilitado al menos lo que existe de aquella antigua iglesia; cosa que con el empeño, los recursos y la decision del Ilmo. Patriarca, no parece tan difícil de lograr. Principio quieren las cosas: ya se ha puesto un cura en Lida, que si tuviese actividad y celo, con auxilios superiores, podria restaurarse dicho templo y verse florecer la cristiandad en aquel pueblo donde la fundó el Príncipe de los Apóstoles con un milagro tan estupendo. Rezamos alguna oracion para ganar las indulgencias concedidas á los que visitan tan interesantes restos, y regresamos á Ramle. Antes de llegar al hospicio el Padre Guardian Fr. Agustin Melendez me hizo observar el hospital de los infelices leprosos: eso es, unas casuchas arruinadas sin puertas ni ventanas, sin mas cama ni abrigo que el santo suelo cubierto de harapos y de inmundicia, donde la caridad turca, hermana de la judáica, arroja de la sociedad aquellos desgraciados que sus excesos ó la permission divina ha cubierto de tan asquerosas llagas. Mucha compasion me causó aquel espectáculo tan repugnante y casi incurable; verlo deberian todos los que, sin conocer este país, las miserias y achaques de esos indigenas, critican las prescripciones de Moisés, á quien Bossuet llama con razon el mas sábio de los filósofos y el mas prudente de los legisladores. Las abluciones y abstinencias de ciertas viandas impuestas por el Alcoran, prueban que Mahoma sancionó por necesidad las leyes higiénicas del Levítico. La Europa católica ha sa-

bido proveer á un mal tan terrible, aunque menos comun que en Oriente, á fuerza de estudio, por medio de establecimientos especiales, de sacrificios, de almas generosas, que no pueden producir la filantropía filosófica ni el árido islamismo. Aquí se ve que cuando la religion, esa hija consoladora del cielo, no anima á los pueblos ni á los gobiernos, la pobre humanidad doliente no solo se ve abandonada de sus propios allegados, sino sacrificada á la seguridad de una sociedad sin entrañas.

VIII.

**El Carmelo. — Tolemaida. — Ciofamar. — Safuri. — Nazaret y sus notabilidades. — El Tabor. — Naim. — Débora. — Saruni. — El Jordan. — Emaús. — Tiberias. — Betsaida. — Cafarnaum. — El mar de Galilea. — Pan y peces. — Betulia. — Bienaventuranzas. — Espigas. — Caná. — Carmelo. — Daan. — Cesarea. — Amjalet. — Jafa. — Regreso.**

Al llegar á la antigua Joppe tuve el gusto de encontrar á mi amigo Fr. Daniel Gregori, religioso experto y vivaracho, limosnero de Tierra Santa en Bolivia y Perú, etc., etc. Este buen hermano se ofreció á acompañarme á Galilea, donde nos dirigimos el 12 de julio, embarcándonos en un vapor austriaco que salía para San Juan de Acre, ó Tolemaida. El mar estuvo algo alborotado, y me mareé mucho; pero á pesar de ello permaneci sobre cubierta para saludar al Carmelo, célebre por la mansion de los profetas y por la vision de la nubecilla, emblema de aquella Virgen purísima, cuyo trono misericordioso es una columna de nubes. Anhelante miraba aquella costa de los antiguos filisteos para saludarla. Y apenas, al divisar una loma con un punto blanco encima, me dijo Fr. Daniel: «¡Mire V. el Carmelo!» recé la *Salve* con cuanta devocion pude. Con la velocidad del vapor fuimos viendo mas despejado el monte, y luego distin-

guimos el convento, otros edificios inmediatos y aun sus ventanas. Volví á saludar á María, como un hijo que se complace en indicar á su madre, aunque distante, su llegada con un signo de amor.

Antes de estar frente el Carmelo ya vimos los minaretes de Tolemaida, soberbia siempre á pesar de su decadencia; pues desde el mar vimos sus murallas desportilladas en grandes trechos, destrozado un muelle ó un murallon que habia antes frente al desembarcadero, que es una puerta angosta y súcia, que tratamos de pasar con la prontitud posible; pues el hedor y los apretones de sus gentes me mareaban mas que el balanceo y el ambiente del vapor. Nos dirigimos á nuestro hospicio pasando por una como plaza obstruida de piedras y de escombros, y por entre edificios derruidos. El Padre Presidente nos recibió con la mayor cordialidad. Miré por la ventana de mi celda, algo elevada, para ver si distinguia alguna cosa que modificase la mala impresion que me causó al entrar en esta célebre Acre. Peor fué el cuento... tuve que retirarme, pues á mas de ruinas, no se presentaban á la vista mas que gentes indecentes, montones de inmundicia, gatos y perros muertos, pudriéndose algunos de ellos sobre el inmundo toldo del bazar. Un dibujante ó un fotógrafo que quisiera tomar á la actual Tolemaida á vista de pájaro, como se dice, sacaria el panorama mas encantador que podrian componer los escarabajos y los cerdos. Sin embargo, á pesar de sus ruinas y de su suciedad, San Juan de Acre conserva cierta importancia comercial y militar. Bonaparte hubie-

ra dado un dedo de su mano por tomarla; y se retiró despechado cuando despues de haber levantado un monte artificial para batirla, no pudo lograr su intento.

El dia 13 muy de mañana dije misa en la capilla del hospicio, tomamos chocolate con pan muy moreno y desabrido, y á las cinco salimos de esa ciudad tan ambicionada de griegos y romanos, de mamelucos y cruzados, de ingleses y franceses antiguos y modernos. Al pasar la puerta le dije al compañero: «¿Si será esta la que cerraron los toloenses cuando el pérfido Trifon hizo asesinar tan atrozmente á Jonatás y á sus mil compañeros?» (*I Machab. xii, 48*). «No sé, me contestó, creo que las cerraron todas para que nadie se escapara.— Tiene V. razon, le respondí, pero salgamos pronto, porque la Tolemaida me revuelve el estómago. Ella será muy linda, rica, interesante, cuanto V. quiera: pero á mí, francamente, *non mi piace*, y esta es la razon suprema de los caprichos humanos que rigen el mundo ó lo trastornan. Vamos, vamos.»

Fr. Daniel era práctico del interior de Galilea, pero no conocia este camino, y tomamos por guia y escolta un múcaro y un genízaro, ambos á caballo y armados; precaucion que no fué tan inútil, pues las recuas ó caravanas de árabes de largas lanzas y mala catadura que atravesaban aquellos campos nos hubieran saludado á lo beduino si nos hubiesen visto solos, como lo hicieron el año anterior con otro religioso y su compañero, á quienes desnudaron é hirieron de muerte. Atravesamos prados muy lindos y otros algo pantanosos, que en tiempo de llu-



vias serán intransitables. Cerca las ocho llegamos á un gran pozo, cubierto con una bóveda, del cual sacaban á fuerza de brazo el agua algunas mujeres. Les pedimos un poco de ella, y como se mostrasen algo esquivas, saqué unos confites que aun conservaba de Roma, les di dos ó tres, que paladearon muy á su sabor, y entonces esas semifenicias, sin ser tan lindas como Rebeca, sacaron bastantes cántaros, no solo para nosotros, sino tambien para nuestros sedientas caballerías. Les agradecemos y seguimos la marcha, pasando por el pié de Ciofamar, pueblo colocado en una colina. con un fuerte castillo al lado occidental, y al otro extremo con una gran iglesia decaída: despues supe que en dicho pueblo habia bastantes cristianos y aun religiosas. Sentí no haberlo sabido antes, pues hubiéramos entrado á saludarlas, á descansar y á tomar algunos datos. Descansamos una legua mas allá, debajo una gran encina; tomamos un pequeño refrigerio y luego proseguimos el camino. Mas adelante, como en un valle mas dilatado, pasa una corriente de agua, donde estaban lavando unas safurianas, eso es, mujeres de Safuri, que vivian alli cerca, aunque nosotros no lo vimos hasta que fuimos subiendo unas colinas de la derecha. Safuri es la patria de santa Ana y san Joaquin, aunque sus actuales paisanos son poco amigos nuestros. El cultivo y algunas huertas de aquella quebrada nos indicaban la cercania de Nazaret. Yo me inquietaba por verla; pero me dijo el compañero: « No se afane V., pues está tras de estos cerros, en una rinconada, y no se ve hasta que casi se tocan sus primeras

casas: primero verémos el Tabor.» En efecto, luego que llegamos al collado se nos presentó al frente, hácia el Norte, la majestuosa cumbre del monte santificado por la radiante presencia del Legislador divino: hácia la derecha vimos la verde planicie del gran campo de Esdreton, y á poco mas que bajamos descubrimos algunos edificios de la patria de María al lado de la izquierda. Luego que divisé la iglesia de nuestro convento, donde está el santuario de la Encarnacion, exclamé: *Angelus Domini nuntiavit Mariæ, et concepit de Spiritu Sancto*, etc. Apretamos el paso, atravesamos la ciudad de parte á parte, pasando por delante la Mensa-Christi y el Bazar.

Cerca de medio dia, mas que medianamente rendidos de calor, nos apeamos en esa santa mansion de la sagrada Virgen: los Padres nos recibieron con extraordinario contento, y el Padre Guardian, P. Wenceslao N., nos acompañó mientras comimos; luego nos llevó al divan con los demás religiosos, donde tuvimos un rato de fraternal solaz. Como era vispera del Doctor seráfico, el P. Buenaventura Cladera, mallorquin, me suplicó que oficiase la fiesta del Santo, honor y lustre de la familia Franciscana, ya que tenia una reliquia y un altar especial suyo ese santuario. No necesitaba yo que me rogasen para complacerles en una cosa que tanto me honraba. Luego que pude me fui á postrar en el santuario donde el Verbo divino se hizo carne. Del convento se baja al coro, de este se pasa al presbiterio, y bajo de estos precisamente está la habitacion de la purísima Reina de los Angeles. Así es que del presbiterio se baja á la iglesia,

y de esta al santuario, donde el corazón se siente dulcemente atraído por el amor de aquella Virgen á quien los santos llaman *raptrix cordium*; cuya pureza, dice san Ambrosio (*De Virg. circa initium*, v. Brev.), atravesando las nubes, las esferas, las estrellas y los Angeles, penetró hasta el seno del Padre y se atrajo á su pecho virginal al Verbo de Dios. Entonces, añade el mismo, ella lo concibió en su seno, y el Verbo se hizo carne para que esta se hiciera Dios. ¡Qué dignacion, qué grandeza!

Y ese misterio inefable que los hombres y los Angeles adoran sin acabar de comprender, se verificó allí: *Hic Verbum caro factum est, ut caro fieret Deus*. Y al verse uno allí mismo, donde una columna sin base, suspendida en la bóveda, os muestra el lugar donde recibió María el anuncio de ser escogida para Madre de Dios, cuando ella solo se creía digna de ser su sierva... preciso es humillarse, abatirse, anonadarse en presencia de Aquel que, no cabiendo en los cielos de los cielos, vino á anonadarse y á revestirse allí de la forma humillante de siervo, como predicaba el Vaso de eleccion. (*Philip. II, 7*). Estas y otras reflexiones se insinúan en la mente al tocar aquel suelo que pisaron casi treinta años los tres personajes mas santos y divinos. Y digo al tocar aquel suelo, porque sabido es que las paredes y techo de aquella casa santa fueron transportados á Dalmacia y á Loretó; pero el pavimento quedó allí, y tambien una cueva contigua á la casa, como tienen casi todas las casas de aquel país, que les sirve como de despensa ó cantina. Me complací en reconocer todos sus recobejos,

considerando que allí habia ejercido sus domésticas faenas la mas obediente de las esposas, la mas tierna de las madres, rodeada de Angeles y acompañada de su dulcísimo Jesús. La procesion que, despues de las solemnes Visperas, se hizo avivó estas ideas: la devocion de los Padres, las vocecitas de los chiquitos nazarenos, la modestia de los muchos católicos que asisten, la oportunidad de las antifonas y oraciones que se cantan, tocan las fibras de vuestro corazon, y vuestra lengua, casi sin deliberarlo, dice con toda la viveza de la fe: Aquí, por obra del Espiritu Santo, fué concebido Jesucristo de Maria Virgen; y adorais enternecido aquel lugar donde estuvo la que contestó á Gabriel estas inefables palabras: *¡Fiat mihi secundum verbum tuum!*

En la comitiva de la procesion reparé dos mujeres, que me parecieron monjas: despues pregunté por ellas, y supe que eran unas peregrinas austriacas. ¡Cuánta confusion me causó ver la devota modestia de aquellas pobres cristianas! Su traje enteramente negro, sus piés descalzos, sus báculos ó bordones, sus grandes rosarios, su libro de oraciones como Breviario, manuscrito en carácter gótico, la fijeza con que estaban clavadas en el santuario, como estatuas inmóviles, la ferviente devocion con que comulgaron (tuvieron la fortuna de confesarse en su propio idioma con el Padre Guardian), me edificaron en gran manera. Eran hermanas, de mediana edad y de buen semblante, aunque algo tostadas por tan larga peregrinacion; pero su compostura presentaba la figura de santa Paula visitando los santos Lugares con su hija

Eustoquia. Su fervor era tal, que despues de haber visitado á pié la Galilea, querian irse así mismo á Jerusalem, atravesando la Samaria. Los islamitas tienen cierto respeto á las mujeres, pero no siempre: la falta de recursos y de idioma, el mal carácter de los samaritanos, que aun á los hombres mas animosos arredra, hizo creer mas prudente al Padre Guardian que se fuesen por Acre.

Despues de Vísperas fuimos á visitar la fuente de la Virgen, cuya agua bebí en un pozo de la iglesia de los armenios, y tambien en el caño de la pila pública, que está allí cerca. ¡Cuántas veces María y Jesús, eso es, la fuente sellada, el pozo de aguas vivas, el que hace brotar el agua de la vida eterna, vendrian aquí por agua! Varias mujeres habia allí, algunas iban y venian con sus cántaros en la cabeza; pero una que traia á su hijo de la mano, medio se me quiso figurar de lejos algo parecida á la Virgen Madre del Amor hermoso; mas ví de cerca que aquella nazarena y su chico en nada se parecian á la hermosísima Esposa del casto Patriarca, cuya oficina ó botica, como llaman allí, me complació sobremanera. Este taller santificado por el trabajo del mas justo predestinado, por la sumision de un Dios puesto allí como un aprendiz suyo, y por la dulcísima compañía de la que no comia ociosa su pan, está ahora convertido en una nueva y bella capilla, en que tuve el gusto de celebrar un día de los que permanecí en Nazaret. El primoroso cuadro del altar es obra y obsequio de un peregrino aleman, que ha sabido dar al santo Carpintero y al Niño Jesús

la expresion mas digna é interesante; la Virgen expresa la mas dulce afabilidad.

De allí pasamos á la Sinagoga, convertida ahora en iglesia de los griegos católicos, que la tienen regularmente aseada. Se cree erigida por Tancredo para venerar allí la sabiduría y la humildad de Jesucristo, que se dignó leer las Escrituras y explicarlas con asombro de sus ingratos paisanos, quienes, en vez de aprovecharse de las palabras de gracia que salian de su divina boca (*Luc. iv, 22*), se escandalizaron de su doctrina (*Marc. vi, 3*), lo insultaron llamándolo artesano, hijo de un carpintero, mal médico, impostor, hasta que llenos de ira lo sacaron de la Sinagoga y de la ciudad, y lo llevaron á la cumbre del monte para precipitarlo. Fuimos con el P. Cladera y Fr. Daniel á visitar dicho precipicio, que dista mas de una milla de la ciudad, y es verdaderamente un horrible despeñadero: un hombre arrojado desde aquella altura debe morir de grima y de espanto antes de llegar abajo, y si llega vivo, morirá atrozmente martirizado con las afiladas espinas de los tunales y otros abrojos de que está erizada su falda. Hay una cueva de difícil acceso, donde se va á rezar en memoria de ese pasaje, y mas acá, en memoria del angustioso pasmo de María santísima al correr tras de su divino Hijo cuando lo iban á precipitar, hubo una capilla, cuyos restos aun se ven. Se llama el Tremore, y rezamos una *Salve* á la Virgen atribulada, que estuvo allí agonizando hasta que supo haber pasado Jesucristo por medio de ellos sin que le tocasen.

El dia siguiente visitamos la Mensa-Christi;

esa es una gran piedra tosca y llana, en la que comió el Señor alguna vez con sus discípulos. Sobre ella se ha construido una linda capilla, que aun no se habia estrenado. Como la gente va á rezar mucho en esta capilla, apenas vieron que nosotros nos dirigiamos allí, se vinieron muchas mujeres, especialmente las enfermas, para consultar con Fr. Joaquin, religioso español, eximio farmacéutico y mejor médico que Galeno en aquel país. Con ese motivo, reparé que las nazarenas no son tan desaseadas ni tan feas como las otras mujeres de Palestina; les gusta vestirse bien, y adornarse. Entre las concurrentes habia unas jóvenes cristianas que, conociéndome extranjero algo curioso de sus costumbres, por lo que las observaba y preguntaba á los Padres, nos volvieron la espalda, y, dejando caer su manton, nos mostraron sus largas cabelleras cubiertas de medallitas de oro, sortijitas preciosas y alhajas de mucho valor, prendidas en una especie de malla del mismo color del pelo, á mas de las monedas que llevan ensartadas al rededor de la cara: cada una lleva un caudal. Las pobres no llevan tantas, pero siempre llevan algunas, y todas indispensablemente la sarta de monedas. Mucho me llamó la atencion ese adorno de la cabellera, y aun llegué á presumir que el devoto afan de las americanas en alhajar la cara y la cabellera de las vírgenes, como lo he visto en la Paz, Potosí, Arequipa, Copacabana, etc., puede tener origen de esta costumbre de las paisanas de la Nazarena inmaculada, venerada por las hijas de Sion.

Visité tambien la escuela de los niños regen-

tada por los Padres, la casa nueva para los peregrinos, muy aseada y bien servida por el convento, y un lindo establecimiento para la educacion de niñas, dirigido por las religiosas llamadas de Nazaret, aunque casi todas son europeas. Me mostraron allá al frente la casa del Patriarca, pero no la fui á ver: al Ilmo. Sr. Valerga tuve el honor de saludarle en Jafa cuando iba á Damasco. A una corta legua de la ciudad existe en la aldea de Jafa una capilla descubierta que fué la casa del Zebedeo, padre de san Juan evangelista y de Santiago, apóstol de las Españas. El dia 25 de julio va la Comunidad á cantar misa allí. Está situada sobre unas elevadas y cultivadas colinas que dominan una gran distancia. A la vista del coronado Tabor, resolví verificar mi marcha en derechura al Jordan, al salir del lago, antes de ir á Tiberias, como lo verifiqué, y no me pesó, pues ahorré dos leguas al menos de camino y mucho fastidio.

El Padre Guardian se empeñó en que hiciese esa visita con la seguridad y decencia posible, y al venir á saludarnos algunos individuos de Nazaret insinuó á Luis Jalil, dragoman de la comunidad, que me acompañase; y no solo se prestó con la mayor voluntad, sino que proporcionó animales, genízaro valiente y múcaro, con los cuales nada teníamos que temer de las hordas de malandrines beduinos. Con esa escolta, algunas provisiones y la caja del altar portátil, salimos del convento antes de amanecer el 16 de julio; caminamos mas de tres horas por la larga subida del Tabor, en cuya planicie nos hallamos á las ocho en punto. ¡Qué magnífico espectáculo!



pero no quise distraerme, reservándome gozar de él despues de la misa. De lejos parece que este monte biblico es perfectamente esférico en su cima, y no es así, pues tiene un lindo plano, que atravesamos dejando á la izquierda la iglesia de los griegos; subimos un poco por entre unos matorrales, luego otro pequeño plano, otra cuesta de arboleda, y en una especie de hoya vimos unas bóvedas. «¡Aquí es!» dijo el dragoman. Nos apeamos con cierta timidez respetuosa; dejamos los caballos al cuidado del genizaro, que era un buen turco, y nos dirigimos al propio lugar de la Transfiguracion. Antes habia aquí una buena iglesia, cuyas paredes existen; pero ahora solo hay una rústica y pequeña capilla de piedra sin puerta, con una pieza mas con tres como altarcitos ó mesas, que indican los tres tabernáculos que san Pedro quiso hacer para el Señor, para Moisés y para Elias. Aseamos el primero, tendimos los manteles, arreglamos el altar con la decencia posible, y penetrados de la mas profunda veneracion, dijimos nuestras misas el P. Ventura y yo. Los demás las sirvieron y las oyeron. Pero ¿quién podrá explicar las gratas impresiones que se despiertan en nuestra mente al leer allí aquel Evangelio y al celebrar aquel misterio de la revelacion de la divinidad de Jesucristo? A pesar de la pobreza actual del santuario, la fe nos representa el resplandor de su divino rostro, la blancura de sus vestidos, la lucidez de la nube que le servia de trono, la voz del cielo que le declaraba Hijo querido del Padre, legislador de los hombres, la presencia de Moisés y Elias revestidos de majestad y discurs-

riendo sobre el exceso de su amor que debía cumplir en Jerusalem (*Luc. ix, 31*), el asombro de los Apóstoles, la humildad de Jesús y su majestuosa dignidad, todo se os presenta allí y lo sentís á vuestro alrededor. Yo no dudo que, al sentir suavidad tanta, no habrá faltado quien haya repetido en aquella excelsa cumbre la voz de Pedro: *Bonum est nos hic esse!*

Concluidas las misas á mas de las nueve, tomamos nuestro desayuno á la sombra de un terebinto. Como nuestro dragoman era una notabilidad en Nazaret, le pregunté: «¿Por qué este santuario tan digno de la veneracion católica está tan descuidado en esa tosca bóveda que mas parece cueva que capilla?— Tiene V. razon, Padre; me contestó con un gran suspiro. La nacion de Nazaret (nacion se llaman los cristianos, y cada creencia ó secta la nacion tal) ha querido restaurarlo: yo mismo vine aquí, hicimos esas casas ó bóvedas para los peregrinos, estábamos preparando materiales para reedificar el santuario con un nuevo plan, ó sobre esas paredes del antiguo, que V. ve allí. Cuando estábamos con el mayor entusiasmo, vino una y otra orden del santo Patriarca, intimándonos bajo su indignacion que desistiésemos, y desistimos; y así se ha quedado. No sabemos las razones de su intimacion; pero obedecemos y bajamos.»

La contestacion de Jalil era perentoria, y aprobé su conducta; pero siento que el superior no tome por su cuenta esa debida restauracion, que él prohíbe á los católicos. Concluido el almuerzo me subí al lugar mas eminente con la Biblia en la mano: me mostraron á Naim en

la falda del Hermon, y ya que no podia ir hasta allí, recé el capítulo vii de san Lucas, en que tan al vivo está descrita la resurreccion del hijo de la viuda por la voz de Jesucristo. Al concluir magnifiqué á Dios como los testigos de aquel portentoso, y comprendi con cuánta razon exclamó David: *Thabor et Hermon in nomine tuo exultabunt: tuum brachium cum potentia.* (Psalmo LXXXVIII, 14). Si, saltar de gozo debian estos montes vecinos, el Tabor y el Hermon, en los cuales tan patente debia mostrarse el verdadero Hijo de María, cuyo trono debian preparar su diestra y su justicia, precediendo para su faz la verdad y la misericordia. Recomendamos á los visitantes del Tabor que lean allí arriba el consolante salmo: *Misericordias Domini in æternum cantabo!* y á mas de la incomparable suavidad que les infundirá aquel canto profético á vista de los lugares santificados por el Señor, adquirirán sin necesidad de comentarios la conviccion de san Leon papa: *Adstipulantur sibi invicem utriusque fœderis paginae.* Ya no se oye la voz de los profetas, pero se ve la verdad de los hechos. Las ruinas mismas de las iglesias edificadas allí por santa Elena y por Tancredo, las del monasterio construido por un rey de Hungría, comprueban la importancia de aquel monte glorioso, que domina todos los demás montes de aquella comarca, La vista se deleita mirando hacia el Este algun trecho del Jordan, los montes de la media tribu de Manasés, el país de Scitópolis y otros lugares insignes de la Historia sagrada: al Mediodia veis tenderse á vuestros piés el gran campo de Magedo ó de Esdre-

lon, cubierto ahora de verdes algodinales, campo de sangrientos desastres desde la época de los Jueces, de Judit y de los últimos Macabeos, hasta la época presente en que los nuevos amalectitas, los beduinos, lo hacen teatro de sus devastadoras rapiñas, viniendo del desierto con sus mujeres y sus hijos, sus camellos y sus burros, sus caballos y sus ovejas, plantando aquí sus tiendas como en campo propio, cosechando y devorando lo que no sembraron, cargando lo que no pueden comer, y quemando á veces lo que no pueden cargar, peor que los antiguos que, dice el historiador de Gedeon (*Jud. vi, 5*): *Ipsi et universi greges eorum veniebant cum tabernaculis suis, et instar locustarum universe complebant, innumera multitudo hominum et camelorum, quidquid tetigerant devastantes.* ¡Qué campo tan bello y tan vasto! Su anchura hácia el Sur es como de siete leguas, y su extension pasa de doce desde el Mediterráneo hasta el Jordan, formando una fértil llanura limitada á la derecha por las colinas de Nazaret, las de Ciofamar y el Carmelo, al frente las de Samaria y á la izquierda el Hermon: en su planicie se divisan unas pequeñas poblaciones, unas líneas casi imperceptibles, que son las sendas de sus colonos y los dos brazos del torrente Cison, el que va á desembocar por Caifa, donde el celoso Elías hizo degollar á los falsos gritadores del sordo Baal (*III Reg. xviii, 40*), y el que va al Jordan, donde Barac, dirigido por Débora, destruyó los carros y el innumerable ejército de Sisara. (*Jud. iv, 13*). Un diestro conocedor de la comarca hubiera visto en alguna de aquellas

rinconadas la casa de Jael, que clavó en el suelo la cabeza del General cananeo, y que yo no pude divisar; pero distinguí las cumbres de Gelboé esterilizadas por el apóstrofe de David.

Todo esto lo teneis delante hácia el Sur del Tabor: hácia el Oeste, á mas del Carmelo, los cerros de Nazaret y los de Sefori, puede verse el Mediterráneo, el fértil valle de Asser, y los confines de Tiro y de Sidon, donde venció con su humildad á Jesucristo la incomparable Cananea. (*Matth.* xv, 28).

Hácia el Norte se descubren el campo de Zabulon, el monte de las Bienaventuranzas, los altos picos del ante-Libano, las alturas de Safet, de Betulia, de Neftali, de Cesarea, de Filipino, parte del reino de Basan, de la pedregosa Traconitis y de la célebre Decápolis. Es por lo tanto magnífica é imponente la vista del Tabor, que domina como un gigante los montes todos de Samaria y Galilea y demás regiones limítrofes; y á mas de su elevacion este cono olimpico supera á los montes adyacentes, algo estériles y despoblados de árboles, por la constante lozania de su variada arboleda. Desde sus faldas hasta su periferia está revestido de encinas, de robles, de elches, de algarrobos, de terebintos y varios arbustos, mezclados con los hinojos, la ruda, la alhucema y otras plantas medicinales, que ostentan su vegetacion y sirven de nido á las aves del cielo. Desde allí se comprende la enérgica frase de Jeremías: *Dominus exercituum veniens sicut Carmelus in mari, et sicut Thabor in montibus!* (*Jer.* xlv, 18).

Despues de haber contemplado un panorama

tan interesante, descendimos de aquella grata altura, pasamos una cerca de piedra tosca, linea divisoria de nuestra propiedad, un campo de trigo segado por los griegos, cuya iglesia visitamos: es muy nueva, su altar mayor bien dorado, y sentí cierta emulacion de tener nosotros otra igual ó mejor. Nos volvimos al lado oriental, y fuimos bajando de aquel sagrado Olimpo. Al empezar la bajada observamos algunos trechos de la robusta muralla que construyó allí Flavio Josefo, como último baluarte de la libertad judáica, ó como inexpugnable presidio de la dominacion romana. Hay arriba algunas cisternas; pero el hambre hubiera hecho capitular á los mas entusiastas sitiados. Este lado del Tabor es menos frondoso que el otro, y ví abajo una aldea con gente que estaba trillando: le pregunté á Jalil qué poblacion era aquella: — Debúra me contesto. — ¿Cómo? le repliqué. — Debura, Padre. — Débora, querrá V. decir. — Sí, Débora es, me respondió el P. Cladera; sino que D. Luis con su acento indígena varia la pronunciacion.» Aquella heróica profetisa, juez y madre de Israel, residia en el monte Efraim, y se sentaba bajo la palmera de su nombre entre Rama y Betel; mas como Barac quiso que lo acompañase, vino con él al Tabor, y ella le indicó el momento oportuno del ataque. Bajaron probablemente por este mismo camino que nosotros bajamos; les volvió á asegurar que Dios pelearia por ellos, mientras ella rogaba; desde aquí vió desfilar como una reina aquel ejército dirigido por los príncipes de Benjamin y de Zabulon, de Isacar y de Neftali; vió el terror que

Dios infundia á los invasores cananeos, cuyos cadáveres traía el Cison y cuyos fugitivos persiguió el hijo de Abinoem hasta Haroseth y la casa de Haber Cineo, cuya esposa le mostró el cadáver de Sísara. Saqué la Biblia, leí los capítulos iv y v de los Jueces, y nadie puede formarse una idea del placer que sentí al recordar allí mismo un hecho tan glorioso. Al montar á caballo para seguir nuestra marcha al Jordan, no pude menos de exclamar: ¡Adios, Débora! ¡adios, inspirada libertadora del pueblo santo! El gusto que tuve en ver ese lugar, solo es comparable al que sentiria un buen español al ver Santa-Fe, recordando que allí una reina heroica, otra Débora, alentó al rey, á los duques, generales y magnates para el combate glorioso y decisivo contra la ocupacion agarena.

Por aquellos campos de bastantes lomas atravesamos dos riachuelos de poca agua, un pueblo de pocas casas, y á las once, con un sol que partia las piedras, llegamos á Saruni, aldea de árabes que nos recibieron como príncipes, pues eran amigos de Jalil, y se encontraba allí casualmente un cierto Yucub, Jacob, que habia sido antes dragoman de Nazaret: hablaba muy bien el italiano, de modo que con él y Jalil por intérpretes pudimos entablar con nuestros comedidos huéspedes una grata conversacion. Nos hicieron entrar en un divan, donde nos sentamos sobre frescas esteras y almohadas, á lo árabe; nos dieron café que ellos mismos habian traído de la Meca (que no me pareció tan bueno y aromático como el de Yungas), dulcificándolo con rica miel. Nosotros les dimos un poco de

azúcar, conversamos sobre Abd-el-Kader y su romería, cosa que les gustó, pues algunos le habian visto allá y le estiman. Luego nos trajeron leche, que probé con algun recelo, porque ellos la toman ágría, y temí que me sentara mal; pero me gustó: nos dieron tambien un poco de queso muy estucado y unas tortas cocidas entre piedras caldeadas. Estos son sus mejores conocimientos en el arte culinario. Sin embargo, las tomamos con gusto mezcladas con miel. Descansamos un rato en aquella especie de tabernáculo, observando con la leche, la miel, el butiro, las buccelas ó tortas que á pesar de los trastornos y cambios, el país conserva casi intactas las costumbres de los tiempos biblicos. Les agradecimos mucho su refocilacion, y á las doce y media continuamos nuestra marcha. ¡Adios, Saruni; Saron la bella!

Fuimos caminando por una bonita cañada, en cuyo fondo murmuraba un torrente que atravesamos, saliendo á unos campos de melica, de algodón y de rastrojo, como todos los que vimos del Tabor al Jordan, que son collados, valles y campos cubiertos de ubertad, de frumento y de exultacion, como cantaba el Pindaro sacro. (*Psalm. LXIV, 12*). En uno de esos campos encontramos unos árabes formando con greda un canal pendiente para abreviar sus camellos, que parece no gustan de beber el agua detenida, sino corriente; y se la sacaban de un pozo con un cubo de cuero contrabalanceado con una piedra, cual la sacara Moisés en Madian para que bebieran los rebaños de las hijas de Jetró. (*Exod. c. II, 16*). Subimos una suave colina, desde cuya



loma descubrimos el lago y el río. Me apeé para bajar mas ligero: era cerca la una cuando pude tocar y santiguarme con la suspirada linfa del Jordan. Quería entrar en él inmediatamente; pero me aconsejaron descansar un rato. El caso era que no había donde guarecerse de los rayos perpendiculares del sol, sino unos pequeños aromos silvestres, que en Bolivia llamamos algarrobos, de hojas pequeñas, con espinos y sin sombra. Tendimos nuestros ponchos por encima, y nos sentamos lo menos mal que Dios nos ayudó. Desudados ya, nos fuimos cerca la desembocadura en una playa limpia, nos desnudamos, y haciéndonos la señal de la cruz, nos zambullimos en las ondas del suspirado Jordan, santificadas con el bautismo de Jesucristo y con la predicacion del penitente Precursor. Me bañé con gozo indecible; y aunque no era ese el punto donde fué bautizado el Señor, recé el *Credo* y los actos de fe en memoria de aquel pasaje misterioso, renové los votos de mi Bautismo, le di gracias á Dios por mi regeneracion como hijo suyo, le pedí perdon de mis infracciones, gracia para serle fiel, y nos salimos. Quise tomar dos botellas de aquella agua para Europa y para América; pero temí los inconvenientes de poderlas hacer llegar sanas y sávas, y desistí. Pusimonos á la sombra, comimos un poco, y bebimos bastante agua del río, que nos pareció muy buena. Delante teníamos los restos de un puente antiquísimo, que en vez de reedificarlo allí, que es la garganta de la Galilea á la Arabia desierta y tribu de Gad, prefirieron construir otro á media legua mas abajo, por donde vimos venir una larga carava-

na de camellos y de burros, que al momento me recordaron á los ismaelitas de Galaad que compraron á José, pues esa es la direccion de Dostain ; pero Jalil nos dijo que debia ser una caravana en direccion á Ptolemaida.



Allá á la otra parte del Jordan, en la playa del lago, vimos un pueblo que creimos el de los Gerazenos, donde Jesús libró los posesos, cuyos espíritus invadieron los puercos que se arrojaron al mar (*Matth.* viii, 28); y por allí tambien multiplicó los panes y peces para saciar á cuatro mil hombres. (*Ibid.* xv, 29). A las tres continuamos la marcha, siguiendo la playa occidental del mar de Tiberias, topando con grandes ruinas: las primeras son de Tarichea, tomada y asolada por Tito, segun Josefo; las otras se suponen ser las de Enabris, atrincheramiento de Vespasiano para sitiar las otras plazas que se le resistian. A las cinco llegamos á Emaús, esto es, á los baños calientes termales, cuyas aguas

brotan con abundancia por varias partes; pero el mayor manantial es el que salta en la gran balsa de mármol, cubierta con una cúpula agujereada para la evaporacion, y sostenida por varias columnas, como una mezquita redonda. La desnudez de los que se bañaban y el calor sofocante nos hicieron salir luego. Aquel es el Vichy ó el Biarritz de Galilea, y entre la concurrencia heterogénea de los bañistas habia unos nazarenos conocidos de nuestro dragoman, que nos presentaron muy atentos unas tacitas de café. Lo tomamos con gusto, aunque algo apartados, y nos marchamos con presteza; porque, sea dicha la verdad, la moral y la decencia no estaban en aquella reunion á la órden del dia. Tiberias estaba á la vista; pero antes de llegar á ella encontramos los restos de la ciudad primitiva, fundada por Herodes Antipa en honor de Tiberio, honor que ciertamente no merecia aquel tirano; pero la adulacion es un contagio en los oprimidos.

La actual Tiberias fué tan importante como indican sus altas murallas, que se desploman por los temblores y el tiempo. Asi es que nosotros entramos á las seis, no por una de sus puertas, sino por donde Enrique III queria entrar á París, por una brecha, sirviéndonos de puente las ruinas del desplome y las basuras de las casas. Su bazar, sus calles y edificios se resienten de la angostura, tortuosidad y suciedad levantina. Llegamos á nuestro hospicio, cuyo Presidente Fr. José de Greccio y su compañero P. Roco ya nos esperaban. Visitamos luego su pequeña iglesia, en cuyo altar vimos un lindo

cuadro de Jesucristo entregando las llaves á san Pedro, pues esa Tiberias semi-destruida representa aquella Cesarea de Filipo, que estaba mas al Norte, donde el Salvador instituyó á Simon príncipe de su Iglesia, en premio de haber conocido y confesado su divinidad. (*Matth.* xvi, 13). Su poblacion actual llegará á unas tres mil almas, la mayor parte judíos, pocos turcos, bastantes griegos católicos y algunos latinos. Su temperatura es excesivamente calurosa: por eso cenamos en el patio y dormimos en el terrado, al aire libre, y aun así sudábamos; y como el calor apenas nos permitia dormir, dijimos Misa muy temprano, y á las cinco salimos para Cafarnaum, donde llegamos á las ocho, siguiendo siempre las orillas del lago, habiendo tocado en Magdalon, patria ó propiedad de la Magdalena, regado su vasto campo por dos riachuelos que le dan vida y lozanía; y como desde allí me mostraron las alturas de Betulia, llegué á sospechar que Holofernes mandaria forrajear acá, durante el sitio, los veinte y dos mil caballos de su ejército, valiéndose para ello de los mismos israelitas que él traía cautivos desde Nínive. (*Jud.* vii, 2). Al terminar ese vasto campo doblamos á la derecha, hácia el Noreste, subiendo una cuestecita por un camino practicado en la peña viva, encajonado para la seguridad de los caballos: obra probablemente de asirios ó de romanos. Luego vimos Betsaida, quiero decir, sus magníficas ruinas. Al lado de un molino pasamos un torrente por debajo el arco del acueducto que trae el agua; subimos un poco, y me llamó la atencion un gran trozo de edificio en

forma de anfiteatro, otros pedazos de piedras labradas esparcidas por acá y por allá entre árboles y matorrales, y me pregunté: ¿Es esta la célebre Betsaida? Sí; aquí fué la patria de san Pedro, de san Andrés y de san Felipe, donde san Juan y san Jaime estaban remendando sus redes cuando el Señor los llamó: pero fué esa ciudad tan incrédula y obstinada á las amorosas voces de Jesús, que la llamó desgraciada, peor que Tiro y Sidon. En aquellos montones de escombros resuena todavía el triste *Væ* del Redentor. (*Luc. x, 13*). ¡Terrible anatema!

Peor juicio que á Betsaida y que á Sodoma le tocó á Cafarnaum, donde llegamos á las nueve. Su situación sobre una loma, al pié de aquel famoso lago, era ventajosa; pero dudo que ningun viajero, al atravesar ahora aquel campo, pudiese adivinar que allí estuvo el emporio de la Decápolis. Yo mismo temia que mis guias se equivocasen, cuando atravesando unos arbustos espinosos parecidos al granado, me llevaron cerca la playa donde existe un gran resto de castillo, magníficos trozos de columnas, arquiv-trabes, chapiteles, cornisas de una iglesia, ó quizás de la sinagoga. Esto era como un epitafio roto de un sepulcro destruido, que leyéndolo bien, decia: ¡AQUÍ YACE CAFARNAUM! Aquí estuvo aquella ciudad tan favorecida de Jesucristo con sus milagros y doctrina celestial; aquí comenzó su predicacion; aquí vino despues de Caná, trayendo á su cara Madre y á sus discipulos; aquí se refugió cuando se evadió de entre los crueles nazarenos, y al bajar del Tabor; aquí curó al siervo paralítico del Centurion, á

la suegra de san Pedro, al poseso cuyo espíritu reconoció al Santo de Dios, al paralítico que le pusieron delante bajándolo por el techo (*Marcos*, II, 1), á la pobre mujer de doce años de flujo; aquí resucitó á la hija del principe Jairo, arrancó del telonio usurario á Mateo haciéndolo su apóstol, pagó el tributo al César sacando el didragma de las fauces de un pescado; aquí enseñaba en la Sinagoga como maestro de Israel con admiracion y asombro de aquellas turbas y doctores, que no se convirtieron, antes bien se escandalizaban de su misericordia y bondad. (*Marc.* II). Los curiosos oyentes de los famosos predicadores son discípulos de aquellos incrédulos, y deben temer que les suceda como á Cafarnaum, que habiendo sido como patria adoptiva de Jesucristo, pues el Evangelio le llama ciudad suya (*Matth.* IX, 1), parece que ahora se la ha tragado el infierno, como se lo predijo el Señor: *Usque in infernum descendes tu, Capharnaum!* Todo eso recordaba sobre aquellas ruinas con el Evangelio en la mano, cotejando los parajes y las citas para imponerme mejor. Y no quise cerrar aquel código divino sin leer la sagrada instruccion de Jesucristo sobre la Eucaristia, que tan dura pareció á los ciegos cafarnaitas, y que tan dulce debe ser á todo cristiano. Me puse, pues, la estola, nos hincamos con el P. Ventura y Fr. Daniel, y lei todo el capítulo VI de san Juan desde el versículo 17 hasta el fin, interrumpiendo algunos puntos los sollozos de los tres; pues era menos que imposible suprimirlos, principalmente al decir con los Apóstoles: *Et nos credimus quia tu es Christus Filius Dei.*

Después de tan conmovedora lectura recogimos unas piedrecitas de aquel lugar memorando, tomamos un poco de pan y queso, y nos volvimos, dejando de visitar las perdidas ruinas de Corozaim, que estuvo mas allá de la embocadura del Jordan en este lago, y que sufrió, por su obstinacion, igual anatema que Cafarnaum y Betsaida. Entre estas dos localidades nos encontramos con unos idumeos de endiablada catadura, armados hasta los dientes, cuya vista me causó tan mala impresion como al pobre viejo de Jericó la vista de aquellos fulanos que tan mal parado lo dejaron. Pero nuestra escolta, haciendo ruido con sus sables, se les acercó á reconocerlos. El saludo arrogante y el ademan de Jalil les impuso, y haciéndose los maulas nos dejaron pasar, mirándonos con ese reojo maligno que revela el pesar de un corazon pícaro cuando se siente precisado á ser comedido con el prójimo. A Jalil le dijeron que eran recaudadores: así podria ser; pero yo di gracias á Dios que nada nos recaudasen á nosotros. Algunas caravanas toman por acá su camino á Damasco, que sentí mucho no poder visitar ni por aquí ni por Beirut, á causa de Fr. Luis que debia esperarme en Jafa. Seguimos, pues, nuestra direccion de regreso á Tiberias, donde llegamos al punto de mediodia.

Entre esta y Magdalon se pasa por una elevada ladera, desde la cual se descubre perfectamente este lago de Genezaret, que me pareció mucho menor que el de Titicaca en Bolivia, que tiene como treinta leguas de largo y doce de ancho, cuando este, llamado tambien mar de

Galilea, tendrá cinco leguas de diámetro de Norte á Sur, y dos de Oriente á Poniente. Sin embargo, en su circunferencia estuvieron aquellas diez ciudades florecientes tan visitadas y adoctrinadas por Jesucristo que no quisieron convertirse, y de las cuales solo se ha podido restaurar la decadente Tiberias. Genazaret, la que dió su primitivo nombre al lago, se cree que confundió sus ruinas con las de la Tiberias antigua. ¡Así desaparecen de la faz de la tierra los pueblos que desprecian la voz del cielo!

Por la tarde quisimos embarcarnos por tener el gusto de navegar un poco por aquellas ondas navegadas, pisadas y calmadas por Jesucristo, en cuyas playas pescó á los pescadores de los hombres; pero el viento se puso algo récio y los barqueros tan exigentes que desistimos de nuestro intento, prefiriendo ir á bañarnos por devocion en una playa léjos de las murallas. Bebí bastante agua, cuya salobrez apenas pude percibir: el pueblo se sirve de ella para todos sus usos. Las del lago Titicaca son algo mas salobres; pero los peces de ambas tienen mucha analogía, pues hay unos pequeños, parecidos á los que allí llaman bogas y humantos, y otros mas grandes y espinosos que los suches, llamados acá el pescado de san Pedro, sea en memoria de aquel en cuya boca encontró el dinero del tributo, ó de aquellos ciento cincuenta y tres grandes que de una vez sacó en su red cuando despues de resucitado se les apareció Jesucristo en la marina de Tiberias, le preguntó tres veces si le amaba, y le entregó sus corderos y sus ovejas. (*Joan. xxi*). Este pasaje evangélico leído



en esa iglesita dedicada al Pescador y Pastor del rebaño cristiano, tal vez en la misma playa donde se instituyó, es mas sabroso y suave que el comer tales pescados. Sin embargo, el Padre Presidente logró algunos, que reservamos para el dia siguiente, 18 de julio, que debiamos comerlos en el lugar de la milagrosa multiplicacion con que el Señor sació á mas de cinco mil hombres. Le agradecí su prevision y sus finezas.

Pan y peces. Asi se llama el lugar donde Jesucristo alimentó milagrosamente á los que se olvidaron de comer por el hambre que tenian de seguirle y oírle. Esto se verificó en una despejada altura, á una legua larga de Tiberias, hácia el Oeste. La situacion elevada, *seorsum*, con sus inmediaciones cubiertas de césped y de verde grana, os representan las turbas sentadas por aquel campo, *super viride fenum*, recibiendo de manos de los Apóstoles multiplicados superabundantemente los cinco peces y dos panes que un muchacho trajera y que su divino Maestro bendijo. Los cuatro Evangelistas consiguieron este pasaje con las mismas circunstancias; pero preferimos recordarlo allí leyendo el de san Juan, capitulo vi, por la nota especial de la gratitud de las gentes saciadas que quisieron proclamar rey á Jesucristo, cuya humildad le hizo correr al monte á esconderse con mas afan que cuando lo quisieron apedrear. Rezamos el *Credo* y el *Pater noster* para ganar las indulgencias de tan inolvidable sitio, y para agradecer al Dador de todo bien el pan y alimento cotidiano que nos concede su poderosa providencia. Y figurándonos que nosotros formábamos parte

de aquel gentío que seguía al divino Taumaturgo, nos sentamos sobre la yerba, formamos nuestro grupito, y nos comimos los pececitos y el pan de Tiberias, con tan devoto sabor, como si los hubiésemos sacado de uno de los doce canastos que sobraron de aquel improvisado convite del desierto. Nada envidiamos entonces á los convidados de Asuero.

Mientras tomábamos un bocado esparcíamos la vista por el horizonte, contemplando á nuestra derecha la mayor parte del lago plateado y refulgente por los rayos del sol, las ruinas de Betsaida y Cafarnaum con el campo de Magdalon allí abajo; volviéndonos un poco veíamos á nuestra espalda la coronada cima del Tabor; á la izquierda, allí cerca, teníamos el monte de las Bienaventuranzas; al frente, allá lejos, divisábamos Safet, la antigua Betulia. Los geógrafos discrepan sobre la identidad de esos dos pueblos. Puede ser que haya perecido aquella ciudad tan codiciada de Holofernes; pero la memoria de Judit, de aquella viuda casta y bella que le cortó la cabeza, salvando así su patria y su nacion entera, jamás perecerá. *Immortalis est enim memoria illius*. Ni la historia ni la mitología pueden presentar una heroína igual. Así es que, figurándome á la incomparable hija de Merari rodeada de sacerdotes, de magnates y de todos sus conciudadanos, no pude menos de prorumpir: ¡Tú eres la gloria de Jerusalem; la alegría de Israel, el honor de nuestro pueblo! Porque obraste varonilmente, se confortó tu corazón; porque amaste la castidad, el Señor te confortó, y serás bendecida eternamente. *Fiat, fiat!*

Vense además, desde aquel lugar, dilatados valles, campos y colinas cubiertas de cebada, trigo, melica, algodón, sezame, algarrobos, olivos, higueras, tunales de gran corpulencia, otros árboles y plantas que indican la feracidad del terreno. Luego llegamos al monte de las Bienaventuranzas, cuya cumbre es peñascosa y descarnada: vista desde el camino presenta arriba un monton de piedras (restos tal vez de la iglesia que hubo allí) en forma de sillón, que pudo servir de cátedra á la Sabiduria increada cuando, abriendo su divina boca, enseñó á sus discipulos cosas tan altas en aquel admirable sermon del monte que, confesaba el mismo Rousseau, contenia mas sabiduria que todos los sistemas de los filósofos. ¡Oh, sí; cuán eclipsados quedan aquí la Academia y el Liceo, Platon y Sócrates, Aristóteles y Séneca, oyendo esas doctrinas de Jesucristo que san Mateo compendiará en tres capitulos! Los leimos con el mas profundo acatamiento, abajo en la falda, como las humildes turbas, pareciéndonos oír del eco de aquellas rocas la voz de Jesucristo mas dulce que la de Jehová en el Sinai. ¡Dichoso monte del Legislador de la gracia, que todos debiéramos venerar con mas efusion que los hebreos el Oreb y que los samaritanos Garizim! Aquí proclamó Dios la santidad de lo que el mundo reprueba, y reprobó lo que al mundo halaga é infatúa. La pobreza de espíritu, la mansedumbre, las lágrimas, el hambre de justicia, la misericordia, la pureza del corazon, la paz, la paciencia en la persecucion y en las calumnias: todo el mundo reputa bajezas estas que Dios

declara virtudes de sus hijos, de los herederos del cielo. *Ipsorum enim est regnum cœlorum.*

Con sentimiento iba á dejar ese monte, y á perder de vista aquellos otros montes de Zabulon, de Neftalí, de la Galilea marítima y de la Galilea de las gentes, que santificó Jesucristo con sus oraciones y vigiliass, instruyendo á las turbas y curando á los enfermos, instituyendo á sus Apóstoles (*Luc. vi, 12*) y la incontrastable solidez de su Iglesia sobre Pedro (*Matth. xvi, v. 18*); por donde pasó respirando virtud y bien, y haciéndolo todo bien; donde los israelitas y los gentiles (la Sirofenisa y el Centurion), las olas y los vientos enfurecidos, la muerte y los demonios arrojados confesaron su divinidad. (*Luc. iv, 41*). Al dar, pues, la última mirada á tan afortunado país, no pude menos de exclamar con el Evangelista y el Profeta: *Terra Zabulon, et terra Nephtalim, via maris trans Jordanem, Galilæa gentium, populus qui sedebat in tenebris, vidit lucem magnam; et sedentibus in regione umbræ mortis lux orta est eis.*

Seguimos nuestra marcha, dejando sobre la izquierda un pueblo en una altura, y luego encontramos el campo de las espigas. Nos apeamos para hacer beber á nuestros sedientos caballitos en una balsa de agua turbia, y para leer en el capítulo xii de san Mateo el gran escándalo de los hipócritas fariseos y la respuesta del Señor en defensa de sus discípulos, que en un sábadó cogieron en esos campos unas espigas, cuyos granos comieron limpiándolos con sus manos. Los acusadores tal vez eran de un pueblo que se ve á la izquierda, que domina este largo

campo rodeado de colinas y con algunas eras donde batian el trigo, que ya estaba todo segado; motivo por que no pude tomar una espiga al pasar en recuerdo de las cogidas por los Apóstoles. Me contenté con recordar que pisaba aquellos campos de Zabulon, tantas veces cruzados por Jesús, su Madre y sus discipulos. Pero tambien me entristeció el pensar que ese mismo campo está empapado con la sangre de los últimos cruzados, restos del reino latino de Jerusalem, en la fatal jornada en que la Europa poco cuerda perdió la Tierra Santa.

Nuestro camino hasta entonces era hácia el Oeste; torcimos algo á la izquierda hácia el Sud, y luego descubrimos unas casitas de Caná. Allá al frente en una altura descuella Michieth, la antigua Get, patria y sepulcro de Jonás, que no nos animamos á visitar por el calor y por el afan de ver la iglesia destruida y convertida en mezquita en la que fué casa feliz de aquellos esposos que vieron honradas sus bodas por la presencia de los mas divinos personajes que han habitado entre los hombres, y por el primero de los milagros que obró el Hijo de Dios á petición de su santísima Madre. Nos apeamos, dejando las cabalgaduras al genízaro Salim, y nos metimos por entre basureros (la inmundicia es la propiedad característica de los turcos, y creo que en Caná no hay un solo cristiano) en las paredes destruidas de aquel local donde el Legislador evangélico sancionó la casta indisolubilidad del Sacramento nupcial. Leimos ese acontecimiento en el capítulo II de san Juan, pero con algun disimulo, por no excitar alguna quimera

en aquellos infieles cananeos, que nos atisbaban con recelo. Abreviamos la visita y nos bajamos, como si solo hubiésemos ido á una observacion de curiosidad; dejamos de ver la casa de san Bartolomé, que era de allí, y por desviar sospechas nos dirigimos á la fuente que está en el ancho camino, para beber de aquella agua que fué seguramente la misma que contenian las hidrias ó tinajas convertidas por el Señor en generoso vino. San Simon tambien era de Caná, y alguno cree que fué el esposo de aquellas bodas. Despues de la fuente, de unas huertas de higueras y otros árboles frutales, cercados con tunales ó las espinosas higueras de Faraon, siguen unos olivares, y nos sentamos un rato á su sombra, recogimos algunas pepitas de aceitunas por recuerdo de Aquella que allí se interesó por el honor de aquellos esposos, y á quien Salomon llama bella como la oliva de los campos. Dejamos sobre la derecha la tumba del Profeta predicador de Nínive, y seguimos nuestra ruta pasando por Arena, pueblo crecido, de bastante movimiento, con su buena fuente al paso, cruzada por varios caminos é inmediato á Nazaret, que de este lado presenta una vista mas animada y pintoresca que del lado de Mensa-Christi. Llegamos allí á las once.

Dos dias descansamos en aquella dulce patria de Maria, durante cuya permanencia hubiese querido recordar allí mismo cuanto el melifluo san Bernardo escribiera sobre el *Missus est*. A falta de ese incentivo, procuré avivar la meditacion en los altos sacramentos verificados por el poder y por el amor de Dios en este rincon de

Galilea. Volví á visitar la fuente de la Virgen, la hermosa huerta del convento distante media legua, y la familia de mi buen compañero D. Luis Jalil, para agradecerle sus servicios, que no quiso dar por concluidos, sino que se empenó en acompañarme hasta el Carmelo, para donde, en efecto, salimos á la media noche del 20 de julio, dejando escrito allí en señal de mi reconocimiento:

*Terram sanctam visitans feliciter perveni in al-  
mam hanc mansionem beatissimæ Virg. Mariæ ci-  
vitatatis Nazareth in Galilæa, ubi Verbum caro fac-  
tum est, ipsiusque Sanctuarium humiliter adoravi,  
in altari etiam Officinæ S. Patriarchæ Joseph, ubi  
Jesus erat subditus illis, sacrum feci cum magna  
cordis lætitia: Synagogam, Mensam Christi, ipsius-  
que præcipitium, locum tremoris Virginis Matris,  
ejusque fontem veneratus sum: Domum novam a  
nostratibus fabricatum pro hospitibus peregrinis  
visitavi, admirans ipsius capacitatem, decentiam,  
commoditatem; scholarum pro pueris curam Fra-  
trum et patientiam, in Sanctuarii custodia et cultu  
indeffessam ipsorum devotionem, in Communitatis  
exercitiis observantiam, comitatem in advenis, in  
infirmis et pauperibus charitatem. In veritatis et  
gratitudinis testimonium hæc scripsi in hoc Con-  
ventu Nazareth die 19 julii anni Incarnationis Do-  
mini 1864.*

Es muy grato viajar de noche por estas tier-  
ras de ardores mas que tropicales en verano,  
aunque se prive uno del gusto de las perspecti-  
vas. Despues de pasar unas colinas y quebradas  
de mucha arboleda, salimos al campo de Esdre-  
lon; y ya que vi en el convento de Nazaret la  
celda donde se alojó el general Bonaparte, hu-

biera deseado ver en esa planicie el campo de la jornada que se llamó del Tabor, donde el Asia conociera el genio de aquel indomable, á quien estas gentes llaman el sultan de los sultanes. Pero era de noche, y no la pude divisar. Al amanecer llegamos al torrente Cison, célebre por el sacrificio de los profetas de Baal: los caballos bebieron, y nosotros descansamos un rato. Mas adelante atravesamos unos hermosos campos de cereales, por donde estaban ya puestos los palos que debían sostener los alambres del telégrafo desde Acre y Caifa á Naplusa, la antigua Sichar, y de allí á Jerusalem, etc.: digo, si los árabes ó beduinos no se divierten en hacer rabiar á los telegrafistas, rompiendo los hilos eléctricos ó quemando los palos para asar una pierna de camello en esos dilatados desiertos donde ellos viven y reinan sin rey ni roque. Dios quiera que lo dejen estar y no lo boten por brujería.

A las siete llegamos á Caiffa ó Haiffa, ciudad regular de buenas murallas; en su golfo habia algunas embarcaciones menores. Saludamos de paso los Padres Carmelitas del hospicio, y fuera la muralla vimos un conventito en construccion para monjas. A las ocho llegamos al monte favorito de Elías: era cabalmente su fiesta, y sus devotos de todas creencias y colores subian y bajaban bailando en bandas ó cuadrillas, entre las que me alegré de distinguir por su religiosidad á los fieles maronitas. Apenas saludé al reverendo Padre Prior de tan venerando santuario me llevó á la sacristía, y tuve el gusto de celebrar la santa Misa en la cueva del celoso Padre de los profetas: esa cueva está en la iglesia, debajo del



presbiterio, del cual se baja por dos tramos de escaleras que se reunen en la entrada de la gruta, que es angosta y baja: su bóveda es de la misma roca natural y tosca, ennegrecida además por el humo de las muchas velas que allí llevan las cristianas, las turcas y las judías, que todas lo quieren suyo. Lo cierto es que apiñándose allí dentro, mas que las indias en el camarín de Copacabana, aumentaban el calor y la opresion, y apenas podia ladearme en el altar, sobre cuya tarima estaban sentadas. Sudé mucho, y no puedo menos de confesar que celebré con gran sofocacion. Al concluir di gracias á Dios y á su santísima Madre; porque despues de haber tenido la dicha de ver y venerar los santos lugares donde ellos nacieron, vivieron, padecieron, murieron y resucitaron, pude ver y tocar esa gruta, asilo y oratorio de aquel portentoso varon de Dios que abria ó cerraba los cielos, que ungia ó aterraba á los reyes, que abrasaba á los vivos impíos y resucitaba á los muertos, y que viera en la pequeña pero fecundante nube de los campos de Israel la figura mas expresiva de la divina Madre de todas las gracias, el manantial inagotable de las misericordias y bendiciones del cielo. El altar mayor es sencillo, y la imágen de la Virgen de tamaño natural, con el divino Niño, son de una belleza y majestad admirables: sus ropajes, á pesar de ser de un brocado riquísimo muy doble, cae en graciosos pliegues acomodados con arte y elegancia, doblando algun tanto los realzados bordados de sus orillas. La Virgen está sentada, como una Reina, con el cetro en la derecha, el

Niño Jesús en la izquierda, ambos con corona de oro. La iglesia es casi octágona, sólida y graciosa, á pesar de los pocos adornos de sus cornisas y columnas de sencilla arquitectura. La media naranja le da mucha luz y realce: está pintada de fondo azul igual con grandes estrellas doradas; por remate su cimborio con despejadas vidrieras. El cuerpo de la iglesia está decorado con otros dos altares, un coro alto con órgano y algunos cuadros de mérito regular, entre ellos el de la incomparable española santa Teresa al lado izquierdo del presbiterio, mirando á la Virgen como inspirándose para la reforma de los hijos é hijas del Carmelo.

Este templo de forma europea, casi imitando al de Santa Inés de Roma, está como embutido dentro del convento, que es de buena capacidad, mucha seguridad y solidez. Su parte superior es un anchuroso terrado en que descuellan el campanario y la cúpula, tiene ochenta pasos de largo y cuarenta y cuatro de ancho. Su vista hácia el mar y la costa es vasta y deliciosísima: parece que Salomon habia contemplado tan bello espectáculo desde esta altura, cuando comparó la belleza de su Sulamitis á la torre de marfil, y su cabeza á la eminencia del Carmelo. (*Cant.* VII). La fábrica es de dos pisos con corredores espaciosos, con unas treinta celdas para sus moradores, varias habitaciones para huéspedes y peregrinos, una espaciosa capilla para rezar, oficinas correspondientes, un pequeño patio con un sepulcro de mármol; además una botica ó farmacia muy surtida, no solo para las necesidades de los religiosos, sino de los puebleci-

tos y caseríos de la comarca, esparcidos por ambas faldas y quebradas del prolongado Carmelo. *Charitas omnia sustinet.*

La fachada principal del convento é iglesia tiene como una ancha calle hermo세ada con la vista de un huerto adyacente y del mar: al lado derecho se extiende una larga plaza, en cuyo centro hay una cisterna, y al extremo un edificio, que parece fué fortin para almacenes, sobre ellos una columna en que debia colocarse la estatua colosal de la Virgen, en bronce, que los devotos peregrinos de Francia habian ofrecido, y aun lo habian anunciado los diarios europeos: pero, segun me dijo el Padre Prior, habian mandado una de loza ó tierra cocida, que se inutilizó y no se pudo colocar. Los marinos de los vapores aprovecharon esa circunstancia para pedir aquella especie de torre para un faro: lo obtuvieron y lo colocaron luego. Asi es que, cuando yo creí tener el gusto de ver esa gran estatua de María bendiciendo á los navegantes, vi un gran fanal, que cabalmente se estrenó y empezó á lucir su luz esa misma noche de san Elías. Subimos al tal faro, que tiene dos metros de diámetro y tres de alto: estábamos adentro tres frailes y dos hombres que lo preparaban, y aun quedaba lugar. De alli nos bajamos á la escuela de los profetas: se llama así una sala cortada en la peña á punta de pico y de cincel, está cerca la playa del mar, y tiene como veinte pasos de largo y doce de ancho, por el estilo de los sepulcros de los reyes de Jerusalem, con una pieza menor al lado izquierdo, cortada asimismo en roca viva. Las paredes están cubiertas de ins-

cripciones hebreas y árabes. Por ahora la poseen los turcos, que tienen allí un portero, quien por abrir la puerta y dar un jarro de agua fresca cobra una propina de los visitantes. Es lástima que no sea de los católicos: sería una linda capilla. Al lado de la puerta hay una gran cisterna, cuya agua bebimos: como á media cuesta encontramos otra muy bien labrada, casi sin agua. Mas arriba vimos un molino de viento, cuyas aspas habia hecho añicos el furioso viento que suele bramar por aquel monte. De allí tomamos una ladera para ir á visitar la nueva capilla que el Prior actual ha erigido á su seráfica Madre, la gran Teresa de Jesús; y ciertamente es digna de ser allí venerada aquella heroica mujer que absorbió el espíritu de los antiguos vates, celosos extirpadores del vicio, vivos modelos de virtud, santificadores de Israel. El altar de esa capilla, aun no concluida, ya se estrenó; y rogué á la Santa por la salud de mi querida madre, que es Teresa. Rodea dicha capilla un buen jardin custodiado por una cerca ó pared sólida y una portada con su fornida reja de hierro: porque aquí todo lo europeo y cristiano está en país enemigo, y es preciso hacer las obras con precaucion.

Asistimos á las Vísperas cantadas de san Elías y á las letanías, que concluyeron con la bendición del Santísimo, y la gente acabó de retirarse. Por la mañana hubo mucha de varias partes y diversos trajes, que cantaron y bailaron á su modo con grandes gritos y palmadas: ellos lo hacian con voluntad y entusiasmo; pero en nada se parecian á los saltos jubilosos de David

ante el arca del Testamento, ni aun á las danzas de los hebreos algo ebrios al rededor del becerro de oro. Esos pasos tan pesadamente marcados y esa monotonía árabe son ridículos para un extranjero, y en nada son comparables á la armoniosa cadencia de los graves Sicuris de los Andes. Pero dejemos que estos carmelitrófanos bailen y canten su *clac-clac*, como otros bailan su fandango y su polca, pues en eso cada pueblo tiene su gusto y sus manías. *Suos quisque patitur manes*, como decia el otro.

Aquí me despedí de mi Azarías, quiero decir, de mi fiel compañero de viaje D. Luis Jalil; pues estando el camino frecuentado y llevando una escolta de tres hombres, éramos cinco con Fr. Daniel, y no era preciso que él se molestase mas. Por la noche me despedí de aquellos virtuosos Padres, agradeciéndoles su cortés hospitalidad. El dia siguiente me levanté antes de las cuatro, dije la santa misa en el altar mayor con la imágen descubierta, recomendé á la Virgen mi viaje, mi alma, mis parientes y amigos, principalmente á las pobres Carmelitas de la Paz; y á las cinco salimos de aquel santo convento. Tomamos por una senda al Sur, para bajar á tomar el camino real de Caifa á Jafa, que va siempre por la costa, alternando entre firme y arenoso. Dejamos á la izquierda la fuente de Elias y el campo de los melones de piedra, que no tuvimos tiempo de visitar. A las siete llegamos á un arroyo, donde hicimos beber nuestros caballos, dejando á la derecha Castel-Peregrino, pueblo fortificado y abandonado por los Templarios. Vimos algunas rancherías á la izquierda; á las diez

pasamos por Dor ó Doura, de cuyo rey y provincia se apoderó Josué: aqui vino Sidetes á batar al pérfido Trifon, infame asesino de su rey y de los Macabeos. San Jerónimo escribe que santa Paula la visitó y que admiró sus ruinas como de una ciudad potentísima: todavía se ven algunas, y principalmente una torre ó columna muy alta, aislada y ruinoso. Pero mas magnificas son aun las ruinas de Cesarea, que se ve de muy lejos.

Antes de llegar á ellas pasamos un rio, que tal vez es el de los cocodrilos: podia haberlos habido, pues es ancho y hondo, llegando el agua al anca de los caballos á pesar de estar en tiempo seco, 22 de julio. Luego de vadeado empezamos á admirar los restos de un magnífico acueducto, cuyos trozos, compactamente conservados, no han podido desunir los siglos ni las olas que los baten incesantemente. A la una tocamos las murallas desplomadas de esa ciudad que Alejandro tomó á Estraton, y que Herodes Ascalonita restauró y engrandeció, dedicándola á su protector Augusto César: en ella residian despues los presidentes romanos de Judea; á ella vino san Pedro á bautizar al primer gentil, el centurion Cornelio y toda su casa, sobre la cual descendió el Espíritu Santo; en ella vivia el diácono san Felipe con sus cuatro hijas vírgenes profetisas y alabadoras de Dios (primer modelo de un monasterio de esposas de Jesucristo), en cuya casa se alojó san Pablo al pasar á Jerusalem; á ella lo trajeron para ser juzgado ante Festo, del cual apeló al César. Pero ¡qué desolacion ahora! Sus murallas, sus palacios,

sus templos, sus edificios, su puerto, todo está destrozado y visible, como el esqueleto mutilado de un camello en medio del desierto. Sus murallas con sus fosos, sus baluartes, sus torres se resisten á desaparecer: dos de sus puertas aun están enteras; el argamasa que une sus labradas piedras parece un betun de pedernal, como el de los muros de Panamá: él no afloja, aunque las piedras se gastan y se corroen, y eso hace que su parte superior va desplomándose falta de base. Nosotros entramos por el lado de una puerta caída, por encima de grandes escombros que cubrian su puente, cual si entráramos en una ciudad por la brecha abierta por el cañon enemigo. Sin embargo, entiendo que la destruccion de Cesarea en Palestina no es tanto causada por las guerras, cuanto por los terremotos. Aun se ven en pié altas paredes que han resistido los embates, casas medio caídas, columnas, cornisas, etc., etc., que podrian servir de guia á un arqueólogo para encontrar la plaza, el foro, el tribunal de Festo, el hipódromo y el palacio de Herodes; pero yo, rendido de sed, de cansancio y de calor, desconfiando poder encontrar sin un cicerone el lugar preciso de los debates de san Pablo con los judíos ante Agripa y Berenice, me eché á descansar á la sombra de la muralla cerca de un pozo. Quise reposar un poco, pues llevaba ya algunos trotes y dos madrugones; pero no pude: aquella desolacion me hacia cavilar mucho. Así seria, me decia á mí mismo, así seria Jerusalem despues del asalto de Tito y del incendio del templo; y así hubiera quedado con otras devas-

taciones, si la religion no se hubiera esforzado en conservar la roca del Calvario y la de aquel sepulcro vacío, pero sagrado, que van incesantemente á adorar todos los pueblos de la tierra.

Recé mi oficio á la fiel penitente de Jesucristo santa Magdalena, y despues seguimos la marcha por un camino siempre arenoso, aunque poblado de arbustos, de algunos bosques y grandes campos de pastecas (sandías), que cargaban muchos camellos en los embarcaderos improvisados; y aun encontramos dos grandes campamentos á la orilla del mar que las embarcaban á millares. Nos convidaron con una de ellas, y en efecto la necesitábamos; mas, como los vendedores y compradores tenian unas caras tan patibularias como Abugoisi, les agradecimos y pasamos. Pero nuestro genizaro Selim tenia el comedimiento de ir tomando por el camino alguna de los sandillares del paso, sin que se lamentasen sus dueños ó guardianes; pues parece que se concede este favor á todo pasajero ó caminante por esas arenas caldeadas. ¡Santa licencia, que no cede á sus viajeros pobres la culta Europa!

Refrigerándonos así las fauces y el estómago llegamos al caerse el sol á un pueblo que me parece se llama Amjalet ó Majalec, cuyos vecinos nos salieron á recibir con una atencion que no esperaba. Un turco que parecia gobernador ó cobrador de gabelas, nos acompañó al kan, ó casa de alojamiento, cuyos bajos hacian de mezquita; nos hizo subir al terrado, y de allí gritó: «¡Abdallah!» y luego vinieron varios trayendo café, sandías, pan y tortas, esteras y almohadas, y (lo que mas les agradecí) cebada para los



caballos. Nos invitaron con sus pipas, y mi compañero Fr. Daniel les alcanzó su tabaquera, que aceptaron, sentándose en círculo delante de nosotros y preguntándonos sobre nuestro viaje. Desgraciadamente el múcaro Miguel, que entendía el italiano, se había cansado antes de llegar á Cesarea; el genizaro Selim y el otro múcaro Ismail no entendían mas que el turco y el árabe como ellos, y solo pudimos contestarles lo preciso, como los sordo-mudos, con señas. El alcabalero quiso echarla de erudito, y nos preguntó si habíamos visto Kaisariet (Cesarea); le contesté que sí, y que había quedado asombrado de sus ruinas. Entonces nos explicó su historia, de cuyo largo relato pudimos resumir que un sultan de Roma la había edificado, trayendo las piedras de no sé dónde... Sobre cuyos puntos, si yo fuese mas fuerte en el turco, como dicen los franceses, diría que el turco ese era poco fuerte en historia. Porque vi que las canteras y las piedras abundan por allí cerca, y no hay mas que labrarlas, á no ser que quisiera hablar de los mármoles y pórfidos; y sabido es que el que hizo labrar las de Cesarea (que ahora todos se llevan á su antojo á barcadas) fué el Sultan de Judea, el degollador de los Inocentes, para adular al gran Sultan romano que nosotros llamamos Octaviano Augusto. Pero me guardé bien de hacer entonces estas observaciones, ya por atención al huésped en cuya lengua no podía explicarme, ni yo ser entendido en la mia (siendo entonces como dos recíprocos bárbaros, como decia san Pablo (*I Cor. xiv, 11*), ya porque tenia mas necesidad de descansar y de comer,

que de discutir. Mis ojeadas á la alforja le hicieron comprender eso al recaudador, que nos invitó á tender la servilleta, á sacar nuestro fiambre, y aun nos ayudó á comer con una franqueza de camarada: los demás se acercaron tambien, como los caballeros de la mesa redonda, sentados todos á lo árabe en el santo suelo, poniendo ellos dos grandes sandias que nos hicieron comer simultáneamente con los huevos duros, pescados fritos y pasteles que nos habian dado los buenos Carmelitas, panes de Nazaret y vino de Chipre, con las tortas recientes y agua de su parte: así es que aquella nuestra cena ó merienda podia llamarse, en el estilo de la Paz, un *aptapi*. Al vernos tomar vino se les iba el alma, y el compañero se lo ofreció; pero lo rehusaron. Le reconvine, porque temí que lo tomasen á fisga. «No, me contestó, no crea V. que dejen de beberlo, por mas que Mahomet y su Alcoran se lo prohiban: á nosotros nos toca convidarlos ya que lo bebemos, y crea V. que todos ellos lo bebieran si no se viesen unos á otros. Son unos hipócritas de siete suelas. Pero vamos, para que no se indigesten, les ofreceré un poco de aguardiente.» Les alcanzó la botella, y tomaron muy á su sabor, como nuestros tatitos, con cierta apariencia de santurriones. Como habíamos merendado á mano sin trinche ni cuchillo y con los menos cumplimientos posibles, nos lavamos las manos y la boca, como ellos; les dimos las gracias, y les indicamos que deseábamos rezar y reposar; pero algunos se quedaron en aquel terrado para hacernos los honores del divan ó de

sobremesa, trayéndonos pipas y café, que les agradecemos sin tomar; me levanté, rezamos el rosario, dimos gracias á Dios, y nos encomendamos á su santa guarda muy de corazon; pues aun cuando nuestros mukaledis nos parecian turcos honrados, no hay que fiar enteramente en la bondad turca. Y además, los beduinos suelen hacer siempre sus correrias por esas playas: estos fieros hijos de Ismael, dice un viajero, se creen con derecho á desnudar á los demás hijos de Abraham, en compensacion del patrimonio que les tocaba, y que, á su modo de ver, Isaac les usurpó. No sé si estos nietos de Agar formulan tal teoria; pero se ve que el desierto, la ambulancia y el pillaje caracterizan su práctica, sin desmentir el aviso del Angel á su abuela, cuando hace ya mas de tres mil años, la dijo: «Tu hijo será hombre fiero; él luchará contra todos, y todos lucharán contra él: su raza será indomable, correrá con sus tiendas las regiones desnudando á sus hermanos.» (*Gen. xvi, 12*).

Recelando, pues, algunas de sus visitas, encargamos la vigilancia á la escolta, nos recostamos con precaucion, dormimos poco, nos rociamos mucho, y apenas rayó el alba nos pusimos en camino. A las dos leguas, pasamos un rio, ó mas bien un charco; pues sus aguas estaban estancadas y enteladas como las de un pantano; y aun recelé que fuese el llamado lago de los cocodrilos. Pasamos, pues, sin beber ni dejar beber á nuestros caballos. A la izquierda del camino vimos unos caseríos y cuevas en una quebrada; pero ni rastro de las ruinas de Antipatris, que estuvo mas al interior, y que hubie-

ra deseado ver por haber sido traído allí san Pablo, de noche, al ser conducido de Jerusalem á Cesarea. (*Act. xxiii, 31*). Encontramos si otros campos de pastecas, y á las ocho atravesamos el Haram-Ali-Jub-Aleim, pueblo grande con su mezquita, que estaba muy concurrida, pues era viernes, día festivo de los turcos. Las azoteas y ventanas del edificio estaban cuajadas de mujeres; los hombres ocupaban la plazuela y las calles; y por lo mismo pasamos sin detenernos, porque lo menos que nos podían ofrecer eran gritos é insultos. Tomamos pronto á la derecha una especie de barranco seco, y volvimos á tomar el camino de la playa, que dejamos la tarde antes. Un cuarto de legua mas allá nos detuvimos á tomar un bocado, sentándonos sobre una hermosa peña que nos sirvió de mesa, y que se habia rodeado de las lomas inmediatas batidas por las olas. Sus vetas llamaron mi atencion y me acerqué á examinarlas. Era un tejido compacto de arena, conchas y jaspes floreados en diversas capas y formas muy caprichosas. Tomé un retazo que casi era tan pesado como el metal; pero siento mucho no ser geólogo ni mineralogista para poder explicar ese fenómeno. Lo único que sé decir es, que esas excrecencias raras y pesadas se parecen mucho á los jaspes de cobre de las minas de Korokoro, que allí llaman charques. Los inteligentes sabrán si algun cataclismo ha interrumpido allí alguna lucubracion útil de la naturaleza, asi como el frio súbito seca los frutos antes que maduren. *Mundum tradidit disputationi hominum.* (*Eccles. iii, 11*).

Por postre de nuestro *dejourné*, que no llegó á

ser almuerzo, tomamos una sandia y continuamos nuestra marcha. Jafa estaba ya á la vista; pero aun distaba tres horas, que fueron ciertamente las mas pesadas de toda la peregrinacion, porque el fresco de la marea cesó, los rayos del sol caldearon la arena mezclada con millones de conchas, en que se hundian los cansados caballos, y nunca acabábamos de llegar. Al fin, despues de doblar un cerro, sobre el cual habia otra mezquita menor que la precedente, atravesamos un gran rio, y antes de las once llegamos á Joppe, sin mas novedad, gracias á Dios, que el calor, la sed y el cansancio, que nunca fueron como el de Jesucristo al llegar fatigado al pozo de Jacob, y al clamar del alto de la cruz: *Sitio*, me abraso de sed... ¡Dichoso el viajero que puede contarle así! Y mas feliz aun el peregrino que, despues de haber recorrido la Tierra Santa y este dilatado valle de lágrimas, al llegar al fin de su carrera, puede beber en las fuentes del Salvador aquella agua sagrada que salta hasta la vida eterna!

En Jafa supe que mi compañero Fr. Luis Bielli se habia aliviado en Jerusalem, y que dentro algunos dias vendria á reunirse me para regresar juntos á Europa. Mientras lo esperaba se me ocurrió escribir este viaje, que sin esa detencion hubiera dejado en apuntes para mi uso privado. Despues de su convalecencia salimos de Jafa el 8 de agosto, acompañándonos á bordo varios religiosos con tierna fineza. ¡Dios les pague todos sus favores! Tocamos en Alejandria sin bajar á tierra, el 9; el 13 llegamos á Mesina, cuya catedral vimos iluminada con mas de veinte

mil velas el día de la Asuncion de la Virgen: el 16 bajamos á Nápoles, y el 17 volvimos á entrar en Roma felizmente, diciendo: *Cursum consummavi*: eso es, he concluido mi devota recorrida por los principales Lugares santos: no pude visitar Damasco, el mar Muerto, San Sabas, ni otros sitios memorables por la escasez del tiempo y la indisposicion de mi compañero. Me urgia ir luego á Burdeos á embarcar unos misioneros para Bolivia, y por eso mi correría fué algo precipitada. Suplico á los que leyeren este viaje tengan la bondad de disimular su desaliño. Al escribirlo, guiado por el P. F. de Perinaldo, he procurado, no poetizar, sino decir lo que he visto y sentido con la posible exactitud; si bien la vista, segun el estado y afectos del observador, suele presentar las mismas cosas con variedad. A los que no participaren de mis simpatías, les ruego dispensen las impertinencias de mis emociones á vista de objetos tan sagrados. ¿A qué escritor, aunque sea el mas clásico, no se le deben dispensar sus dormitaciones, frivolidades ó ineptias? Espero, pues, que se me leerá con indulgencia, no con la vara de censor en la mano, sino con piedad en el corazon, siquiera por el microscópico grano de arena con que deseo contribuir á la conservacion del edificio moral de la fe, de la ley evangélica, que salió de Sion, y de la palabra de Dios, que salió del Verbo humanado, y que aun ahora está saliendo de las piedras sepulcrales de Jerusalem.

## APÉNDICE

sobre las casas, parroquias, escuelas, oficinas, cristianos, limosnas y su inversion en Tierra Santa.

Al concluir esta relacion de viaje, vamos á dar un extracto del presupuesto general de la custodia de Tierra Santa, presentado al Capitulo general de la Orden por el reverendísimo Custodio Fr. Buenaventura de Solero, para que se vea cuántos conventos, parroquias, santuarios y escuelas sostiene la familia seráfica en aquellas partes, y la inversion que hace de las limosnas recogidas ó mandadas de toda la cristiandad.

La custodia de Tierra Santa abraza la Palestina, Siria, Egipto, Chipre y Constantinopla: en esas partes, pues, hay treinta casas entre conventos y hospicios, que son los siguientes: 1.º San Salvador, y 2.º el santísimo Sepulcro, en Jerusalem.— 3.º, Santa Catalina, en Belen.— 4.º, San Juan de Judea.— 5.º, San Nicodemus, en Ramle.— 6.º, San Pedro, en Jafa.— 7.º, la Anunciacion, en Nazaret.— 8.º, San Pedro, en Tiberias.— 9.º, San Juan de Acre.— 10, la Anunciata, en Sayda.— 11, San José, en Beirut.— 12, San Pedro y San Pablo de Arisa.— 13, Conversion de san Pablo en Damasco.— 14, San José de Trípoli.— 15, San Francisco, ibidem en la marina.— 16, Santa Cruz de Laltacchia.— 17, Santa María de Jesús, en Alepo.— 18, La Virgen de

las Gracias, en Larnaca.—19, Santa Cruz de Nicosia.—20, Santa Catalina de Limasol.—21, Santa Catalina de Alejandría.—22, La Asunta, en el Gran-Cairo.—23, San Francisco en Cairo viejo.—24, La Virgen del Cármen, en Bolaceo.—25, La sagrada Familia, en Roseta.—26, San Francisco, en Damiata.—27, la Inmaculada Concepcion, en Mansura.—28, San Antonio de Padua, en Fayum.—29, La Purísima, en Cafar-Zayat.—30, La Dolorosa, en Constantinopla.

Veinte y tres de los dichos son parroquias con un total de 27,659 católicos á su cargo, á saber: en Jerusalem, 1,468; en Belen, 2,300; en San Juan, 130; en Ramle, 52; en Jafa, 475; en Nazaret, 698; en Tiberias, 8; en Acre, 143; en Larnaca, 469; en Nicosia, 95; en Limasol, 23; en Alepo, 580; en Laltacchia, 87; en Trípoli, 55; en Damasco, 381; en Sayda, 162; en Alejandría, 13,645; en el Gran-Cairo, 6,368; en Roseta, 86; en Damiata, 304; en Mansura, 75; en Fayum, 18; en Cafar-Zayat, 37.

El personal de religiosos existentes en estas treinta casas ascendia en 1862 al número de 280 individuos, siendo 143 sacerdotes, 22 maestros de escuela, 44 misioneros apostólicos, y los demás predicadores, confesores, hebdomadarios, casi igual número de religiosos legos para cuidar los santuarios, almacenes y oficinas, alojar los peregrinos, trabajar de carpinteros, herreros, zapateros, albañiles, impresores, sastres, etc., cuyas artes enseñan á los jóvenes católicos, saliendo algunos muy aprovechados de estos talleres.



CONVERSIONES.

Desde el año 1856 al 61 se lograron 444 conversiones ó reconciliaciones al Catolicismo por nuestros misioneros, en la proporcion siguiente: 4 judíos; gentiles ó infieles, 9; turcos, 101; griegos, 147; armenios, 28; coftos, 75; protestantes, 54; nestorianos, monotelitas y jacobitas, 26.

GASTOS.

En la misma época se ha repartido y gastado en limosnas efectivas, vestidos, comestibles, medicinas, alquileres de casa, etc., la suma de 2.611,156 piastras turcas; advirtiéndose que la piastra se aproxima al real de vellón español. Y así, son mas de dos millones y medio de reales (130,558 pesos fuertes) lo que se ha gastado allí en pobres residentes; pues los peregrinos en dicho período fueron 39,341, que permanecieron 159,287 dias, y gastaron 1.592,350 piastras; como diez piastras diarias por término medio. Añádase ahora el gasto de escuelas, que hay veinte de varones con 22 maestros religiosos y 23 seculares con 1,143 alumnos; de niñas hay nueve con 8 maestras religiosas y 7 seculares con 488 alumnas; cuya dotacion y gastos, en los seis años expresados, son como siguen:

	Piastras.
A los 23 maestros seculares. . . . .	195,922
A las maestras religiosas. . . . .	118,625
A las maestras seculares. . . . .	26,667
Por libros, papel, tinta, plumas, etc., de alumnos y alumnas. . . . .	117,002
A los mismos en vestuario y comes- tible. . . . .	532,896
<b>Suma total de gastos y escuelas, en piastras turcas. . . . .</b>	<b>991,112</b>

Obsérvese que los 22 maestros religiosos no tienen salario, y que á mas de enseñar á leer y á escribir en italiano y en francés, latin y árabe, aritmética, geografía, etc., enseñan las artes á los mayores, vistiéndolos y alimentándolos; cuyo gasto total en el expresado periodo asciende á 224,000 piastras turcas.

	Piastras.
Agréguese la dotacion del señor Pa- triarca, de los años 1857, 1858, 1861 y varias patentes de las ta- zas de los Caballerados devueltas á la caja de Tierra Santa, que for- man un total de. . . . .	1.471,923
Con una deuda al mismo, que se le pagó despues, de. . . . .	344,050
<b>Suma. . . . .</b>	<b>1.815,973</b>

IMPRENTA.

Sus gastos ascienden á 163,803 piastras turcas.  
Las obras impresas fueron las siguientes:

	<u>Ejemplares.</u>
1. <sup>a</sup> Teología moral de san Ligorio, traducida al árabe. . . . .	1,500
2. <sup>a</sup> Vanidad del mundo, del P. Estella, traducida al árabe.. . . .	2,000
3. <sup>a</sup> Salmos, traducidos al árabe.. . . .	2,500
4. <sup>a</sup> Epístolas, Evangelios para los domingos y fiestas, en árabe. . . . .	1,000
5. <sup>a</sup> Máximas eternas de san Ligorio, en árabe. . . . .	4,000
6. <sup>a</sup> Visitas del mismo al santísimo Sacramento, en árabe. . . . .	4,000
7. <sup>a</sup> Gramática italiana. . . . .	1,000
8. <sup>a</sup> Asistencia á los moribundos. . . . .	1,000
9. <sup>a</sup> Via-crucis, en árabe, dos ediciones. . . . . .	3,000
10. Compendio de la doctrina cristiana italo-árabe, dos ediciones. . . . .	1,000
11. Método para oír con fruto la santa misa, dos ediciones. . . . .	1,000
12. Doctrina cristiana turco-latina. . . . .	500
13. Compendio de la doctrina cristiana, en árabe, dos ediciones. . . . .	2,000
14. Abecedario en árabe. . . . .	3,000
15. Compendio de la gramática latina. . . . . .	1,500

	Ejemplares.
16. Calendarios para la Custodia, seis años. . . . .	2,280
17. Suplemento al Breviario.. . . .	800
18. Suplemento al Misal romano. . . . .	700
19. La torre Antonia, memoria del P. Alejandro Bassi. . . . .	400
20. Mártires franciscanos de Damasco, memoria histórica. . . . .	500
21. Método para hacer los ejercicios espirituales. . . . .	300
22. Pia union para la conversion de los pecadores. . . . .	500
23. Patentes para los peregrinos. . . . .	2,000
24. Diplomas para la bandera de Tierra Santa, el señor Patriarca. . . . .	500
25. Exposicion de Mons. Spaccapetra á Pio IX, en francés y latin. . . . .	1,000
26. Cofradia del sagrado Corazon de María, en árabe.. . . .	3,000
27. Diplomas para los bienhechores de Tierra Santa.. . . .	200
28. Todos los papeles que ocurren imprimirse en la secretaría de Tierra Santa, y en las cancillerías de los consulados. . . . .	»

Véase ahora la distribucion gratuita de dichas obras, con el valor aproximativo de sus gastos que podrian sacarse, si se vendiesen.

	VALORES.	
	Ejemplares.	Piastras.
A las misiones y escuelas de Tierra Santa, obras diver- sas. . . . .	9,615	142,392
Al señor Patriarca Valerga, para su Seminario. . . . .	1,563	27,472
A las monjas de San José, pa- ra las escuelas. . . . .	1,235	20,547
A Mons. Basilio, obispo de Zachle, en el Líbano. . . . .	276	2,358
Al Pro-vicario de la mision del Africa central. . . . .	874	8,992
Suma de ejemplares y sus va- lores en seis años. . . . .	<u>13,563</u>	<u>201,761</u>

RESÚMEN DE GASTOS EN LOS DICHOS SEIS AÑOS.

	Piastras.
En limosnas, vestidos, etc., á pobres residentes. . . . .	2.611,156
Peregrinos 39,341, en los mismos seis años. . . . .	1.592,350
Escuelas, sus maestros y maestras seglares. . . . .	991,112
Artes y artesanos. . . . .	224,000
Señor Patriarca, en los mismos. . . . .	1.805,973
Imprenta. . . . .	163,803

De donde resulta que en los mencionados seis años se han gastado en la custodia de Tierra

Santa 7.388,394 piastras turcas ó reales castellanos. Es decir, que por término medio se gastan cada año 1.291,399 piastras turcas, que reducidas á pesos duros castellanos serian como 64,700.

A esta enorme suma de gastos deberia agregarse la manutencion y sosten de las 30 comunidades de la Custodia, la refaccion de sus casas, los viajes de los religiosos de un punto á otro, los ingentes gastos del culto en vasos sagrados, ropas, utensilios, cera, etc. Pero carecemos de datos, y cada cual puede suponer una aproximacion. Basta lo dicho para convencer al mundo de la utilidad y trabajo de los Franciscanos en Tierra Santa; la proficua inversion que hacen de las limosnas que recogen del mundo católico, á mas de los gastos extraordinarios que siempre ocurren, como v. g. los siguientes: el altar mayor de mármol en la gruta de Getsemani; otro idem en la Dolorosa del Calvario; otro idem, en la iglesia de Belen; una sala para la escuela de francés; en San Juan se ha fabricado un segundo dormitorio y reedificado el santuario de la Visitacion; en Nazaret se han restaurado y ensanchado las capillas dichas Mensa Christi, tienda de San José con un altar de mármol; en el Tabor se empezaron los trabajos de restauracion, que se suspendieron por órden superior; en Alepo se hizo el recinto del cementerio; en el Gran-Cairo se fabricó una capilla en la iglesia en honor de Maria santisima; en Cafar-Zayat se ha edificado el convento y la iglesia; en Damiaata se ha restaurado la capilla. *Omnia sint ad majorem Dei gloriam!*

## NOTICIAS HISTORICAS

SOBRE EL

# CÉLEBRE SANTUARIO DE EMAÚS

Á SESENTA ESTADIOS NOROESTE DE JERUSALEN,

POR

un peregrino de Tierra Santa.

( Traducidas del francés ).



Para no fatigar la atencion del lector, le remitimos á las notas mas extensas puestas al fin de este escrito (1). El objeto de estos esclarecimientos es presentar el testimonio unánime de autores de diferentes épocas sobre la autenticidad del santuario de Emaús, y al mismo tiempo edificar mas perfectamente las personas que no tendrán á mano las obras que citamos.

Sabiendo además cuán discutidas son á veces las biografías, declaramos que no queremos en manera alguna sostener la opinion exclusiva de los autores que citamos; y sobre todo cuanto digamos en esta noticia, diremos siempre con san Agustin: *Quærendo dicimus, non sententiam præcipitamus* (Serm. 23, de verbis Domini): Nuestro objeto único es encontrar la verdad, y no emitir opiniones precipitadas y temerarias.

(1) En esta traduccion las biografías y notas irán intercaladas en el mismo texto; pues las unas sirven para inteligencia de las otras, sin molestar.

## EL SANTUARIO DE EMAÚS.

En las montañas de Judea, al Noroeste de Jerusalen, á sesenta estadios, se venera un lugar célebre llamado Emaús.

Ante todo conviene saber que en la antigüedad se hace mencion de dos estadios; uno italiano ó romano de 625 pasos, y otro griego ú olímpico de solo 600: pero esta diferencia tal vez no es mas que aparente; porque teniendo el peso griego una media onza mas que el peso romano (en Italia la onza no es solo una medida de peso, sino tambien de dimension), 600 medias onzas forman exactamente los 25 pasos que el estadio romano tiene sobre el estadio griego. Siendo, pues, el estadio de 125 pasos, y por consiguiente el  $\frac{1}{8}$  de la milla romana, que tiene 1,000 pasos; resulta que los 60 estadios forman siete millas y media, ó cerca tres leguas francesas, que casi equivalen á 11 kilómetros.

Por consiguiente, eso debe distar de la Ciudad santa aquel lugar grandemente honrado por la presencia del divino Redentor, el mismo dia de su gloriosa resurreccion: dia en que dos de sus discipulos se volvian á la aldea de Emaús, cuando apareciéndoseles Nuestro Señor en el camino, se les juntó y les acompañó por espacio de cuatro millas, segun la tradicion, conversando con ellos... Oigamos á san Lucas, que en su capítulo xxiv consigna este hecho, y cuyo Evangelio lee la Iglesia el lunes de Pascua:



dice así: «En aquel mismo día dos de ellos iban á un castillo que estaba á sesenta estadios de Jerusalem, llamado Emaús. Y hablaban entre ellos de todo lo que habia sucedido. Y mientras ellos iban hablando y examinando consigo mismo, el mismo Jesús se les acercó é iba andando con ellos: mas ellos tenian sus ojos tales, que no le conocieron. Y les preguntó: —¿Qué andais conversando entre vosotros? ¿y por qué estais tristes?— Y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: —¿Tú solo eres peregrino en Jerusalem y no sabes las cosas que han pasado en estos dias?—¿Qué cosas?— les dijo él. Y le contestaron: —Las de Jesús Nazareno, que fué un profeta poderoso en obras y palabras, delante de Dios y de todo el pueblo: y de qué manera los sumos sacerdotes y nuestros príncipes lo han entregado, condenado á muerte, y lo han crucificado. Con todo, nosotros esperábamos que él habia de redimir á Israel; y despues de nuestro esperar, hoy es ya el tercer dia que murió y todo eso. Es cierto que algunas mujeres, de las que estaban con nosotros, nos han asustado; pues habiendo ido muy de mañana al monumento, y no habiendo hallado su cuerpo, volvieron diciendo que han visto ellas á unos Angeles que les han dicho que él está vivo. Y algunos de los nuestros han ido al monumento, y han hallado ser así, como han dicho las mujeres: pero á él no lo han encontrado. — Y él les dijo: —¡Oh necios y tardos de corazon en creer todo lo que anunciaban los profetas! ¿Acaso no fué preciso que Cristo padeciese todo eso, y de este modo entrarse en su gloria?—

Y comenzando desde Moisés y todos los profetas les interpretaba lo contenido en todas las escrituras que le pertenecian. Y se acercaron ya al castillo donde iban, y él hizo ademan de ir mas lejos. Pero le obligaron diciendo:—Quédate con nosotros, porque se hace tarde y viene la noche. — Y entró con ellos. Y ved ahí que estando en la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo y lo partió, y se lo estaba dando, cuando se les abrieron los ojos y le conocieron; pero él desapareció de su vista. Y se dijeron uno á otro:—¿No nos estaba ardiendo nuestro corazon en el pecho cuando nos hablaba en el camino y nos patentizaba las Escrituras?— Y levantándose al instante, se volvieron á Jerusalem; y hallaron juntos á los once y otros que estaban con ellos, diciendo:— El Señor ha resucitado verdaderamente, y se ha aparecido á Simon. — Y ellos contaban lo que habia pasado en el camino, y como lo conocieron en el partir el pan.»

Este es el hecho evangélico. Ahora vamos notando, citando textualmente las palabras de Quaresmio (*Historiæ... Terræ sanctæ elucidationis, lib. 6; Peregrinationis, 5, cap. 3*), que segun graves doctores, nuestro divino Redentor consagró ese pan que bendijo y rompió, lo mismo que lo habia hecho antes en la última cena, que lo cambió en su cuerpo y se lo dió á comer... San Agustin es de este sentir (*Serm. cxi, de tempore*); y los mismos términos de que se sirvió el Evangelista: *In fractione panis*, al romper el pan, confirman esta creencia. Esta frase de la Escritura significa, en efecto, la santa Eucaris-

tía, pues exactamente por palabras idénticas se nos indica este misterio en las Actas de los Apóstoles (xi, 42): *Erant autem perseverantes in doctrina Apostolorum et communicatione fractionis panis, et orationibus.*

En cuyo pasaje se habla sin duda de la Eucaristia, porque, á mas de la fraccion del pan, se hace mencion de la doctrina y de las oraciones. Siendo, pues, la oracion y la doctrina cosas espirituales, espiritualmente tambien debe-se entender la fraccion del pan; eso es, la distribucion de la sagrada Comunión. De otro modo hubiera sido una nota mas bien que un elogio el decir que los fieles se ocupaban frecuentemente en comidas, como para satisfacer su apetito.

A la opinion de san Agustin se adhiere Teofilacto en su comentario sobre el cap. xxiv de san Lucas, y otros escritores sagrados.

Pues ese lugar tan honrado por la presencia de Cristo resucitado, que, segun la tradicion, era la casa de Cleofás, uno de los discípulos mencionados por el Evangelista, estuvo en gran veneracion entre los cristianos primitivos, y fué visitado por piadosos é ilustres personajes, entre quienes citarémos á santa Paula, que le visitó en el cuarto siglo, como lo escribió san Jerónimo en el epitafio de la Santa y de su hija santa Eustoquia.

Hay algunos historiadores (M. N. Bouillet, autor del *Diccionario universal de historia y de geografia*) que no reconocen en Tierra Santa mas que un Emaús; y esos serian ciertamente los mas á propósito, porque entonces todas

las dificultades sobre el verdadero Emaús evangélico desaparecerían en seguida. Mas, nosotros creemos que esos autores no son exactos. Otros, como Mr. Barbié de Bocage, en su *Diccionario geográfico de la Biblia*, hacen mención de dos Emaús, el uno en la tribu de Benjamín y el otro en la Galilea inferior. Pero Flavio Josefo y otros muchos escritores célebres, habiendo hablado en sus obras de los diferentes lugares de la Palestina, señalan tres con el nombre de Emaús, é importa, para evitar todo error, distinguir bien los unos de los otros.

Un Emaús se halla en la ribera del lago de Tiberias en Galilea, y por su gran distancia de Jerusalem no puede dar lugar á que se le tome por el nuestro.

El otro Emaús, el evangélico, situado no lejos de Bethoron, lleva actualmente el nombre de Cubbebe.

El tercer Emaús, cuya situacion se llama hoy Amoas, estaba en la llanura de Saron, como á media legua del castillo ó aldea de Latroum.

El Emaús evangélico dista sesenta estadios de Jerusalem, como lo nota san Lucas; mientras que el del llano de Saron, que hoy ha desaparecido completamente, distaba mas de ciento sesenta. ¡Circunstancia muy providencial! La semejanza del nombre podia dar lugar á algun equívoco; pero habiendo el Evangelista, lo mismo que Flavio Josefo, indicado y precisado sesenta estadios como distancia medida de aquel castillo á la santa Ciudad, se ha hecho imposible la menor confusion con los otros dos Emaús, tanto con el de Galilea, como con el del llano de Saron.

San Jerónimo, uno de los Padres mas ilustres de la Iglesia, nacido en Estridon, en los confines de la Dalmacia y de la Pannonia, hácia el año 331, fué por primera vez á Palestina por los años 372, y murió por los de 420: este santo Doctor habla de Emaús, no solo en el epitafio de santa Paula, como antes hemos dicho, sino en los Comentarios sobre el cap. viii de Daniel, y tambien en otras obras suyas.

Sozomeno, llamado el Escolástico, autor griego originario de Salamina, en la isla de Chipre, escribió hácia el año 443 una gran historia eclesiástica, en la que hace mencion del Emaús evangélico, como lo atestiguan Guillermo de Tiro, Nicéforo y muchos otros escritores.

El venerable Beda, que floreció al principio del siglo VIII, habló igualmente en sus obras del Emaús del Evangelio.

Guillermo de Tiro, Jacobo de Vitry, Brocardo y otros historiadores antiguos han dado tambien sobre este santo lugar algunos apuntes que sirvieron de guia á los viajeros de la edad media.

En fin, las peregrinaciones ó visitas establecidas ó conservadas por los Padres franciscanos, sus relaciones escritas, juntas á las de otros viajeros, tanto antiguos como modernos, completan la série de documentos relativos al venerable santuario.

Nos parece oportuno dar aquí una idea de esas peregrinaciones ó visitas, cuya práctica remonta á los primeros tiempos del Cristianismo: se comprende, en efecto, que despues de la Ascension del Señor, los discipulos, privados ya de su divino Maestro, se complacerian en visi-

tar los sitios que habia recorrido con ellos, y que recorrerian con frecuencia esa via dolorosa á cuyo término encontraban ellos el Calvario, teatro de su dolorosa pasion, y el sepulcro testigo de su resurreccion gloriosa. Se comprende cuánto les gustaria ir á menudo acompañados de los primeros fieles (tal vez con la Virgen santísima al frente), á subir la cuesta del monte Olivete, siguiendo paso á paso las pisadas que nuestro divino Redentor estampó sobre la tierra, empezando así esa preciosa tradicion que tan grande luz esparce sobre la historia evangélica.

En vano los paganos, dueños de la Judea, intentaron destruir la Iglesia naciente destruyendo los santuarios: tan cierto es que esos monumentos elocuentes de nuestro culto son como el hogar vivificador de la familia cristiana. En vano sobre el Sepulcro y sobre el Gólgota erigieron las estatuas de sus mentidas divinidades; el paganismo fué impotente para impedir á los peregrinos esas piadosas visitas, que la persecucion no hizo mas que acrecentar; y cuando santa Elena vino á Tierra Santa, cumpliendo tambien su piadosa peregrinacion, arrojó los ídolos y las ruinas, purificó los Lugares santos, los cubrió con magnificos templos que aseguraron á la religion esos sus santuarios devueltos desde entonces al culto cristiano; y desde entonces las peregrinaciones á Tierra Santa adquirieron la mas alta importancia.

Es cierto que cuando los cruzados tuvieron que retirarse de Palestina, esta quedó abandonada á merced de los infieles, y los monumentos elevados por la piedad de los cristianos pa-

ra conservar y honrar los lugares santificados por la presencia de Nuestro Señor, fueron profanados por los musulmanes; pero no desaparecieron del todo. Los hijos de san Francisco, llamados los Padres de Tierra Santa, reemplazaron á los cruzados, y sin que las persecuciones, las pestes, los suplicios ni la muerte hayan podido hacerles ceder este puesto de honor, que ellos ocupan todavía hoy, quedando constantes custodios del santo Sepulcro y de otros santuarios, ellos han conservado siempre esos monumentos sagrados de nuestra religion santisima, sea estableciendo casas ú hospicios, sea por sus pias peregrinaciones: peregrinaciones periódicas y solemnes que ellos cumplen aun actualmente, yendo á los lugares donde el fanatismo musulman ó la falta de recursos no les permite conservar ó erigir iglesias ó conventos para su permanencia. Ved aquí, sin contar los lugares visitados dentro la misma ciudad, las principales de esas peregrinaciones, para las cuales se tiene cuidado en observar los dias propios á las fiestas y misterios que en ellos se cumplieron.

De Jerusalem á la gruta de la Agonía, al huerto de Getsemani, al monte Olivete, al sepulcro de Lázaro en Betania, á Emaús y á Jericó, al monte de la Cuarentena y al Jordan, cuando la tranquilidad del país y los recursos lo permiten.

De Belen á la gruta de la Leche y á la aldea de los Pastores.

De San Juan *in Montana*, el santuario de la Visitacion y el desierto del Bautista.

De Nazaret al santuario de Santiago, el precipicio, el monte Tabor y Safuri.

Del convento de Damasco la casa de san Ananías y el paraje donde san Pablo fué echado del caballo oyendo estas divinas palabras: *Saule, Saule. ¿cur me persequeris?*

Debemos, pues, agradecer á tales peregrinaciones la conservacion de los santuarios mas preciosos del Cristianismo: nobles y piadosas visitas que han salvado de la indiferencia y del olvido los lugares consagrados por la presencia de Nuestro Señor, testimonios de su nacimiento, de sus milagros, de su vida y de su muerte.

Entre ellos, como hemos visto y aun veremos mas, uno de los visitados fué nuestro Emaús; lugar que se hizo importante en los últimos tiempos de la historia de los hebreos, sufriendo sus vicisitudes. Lo mas cierto que sabemos de él es, que en la primera aparicion de la media luna en Palestina fué arruinado por los musulmanes, y que su precioso santuario fué profanado y saqueado por esos jurados enemigos del nombre cristiano, al par que todos los otros de Tierra Santa.

Mas tarde, habiéndose apoderado los cruzados de la Palestina, rompiendo el yugo odioso y bárbaro en que gemia, cuidaron de no dejar olvidado este lugar tan digno de veneracion, donde ellos habian hecho su última etapa antes de llegar á los muros de Jerusalem. Ellos restauraron á Emaús, lo rodearon de fuertes murallas, lo fortalecieron con una ciudadela, rehabilitaron el santuario, fabricaron iglesias y monasterios; y fué en esa época que dicho lugar, tan venerable por sí mismo, fué erigido en obispado sufragáneo de Cesarea de Palestina. En prueba de



eso, entre los obispados *in partibus infidelium* la Santa Sede ha conservado el del Emaús evangélico, como consta de la obra titulada: *Gerarchia della santa Chiesa cattolica*, etc., de Cav. Girolamo Petri, en 1851; en cuyo año el obispo titular de Emaús era Mons. Deu-Duhbelden, vicario apostólico de Bois-le-Duc.

Pero esos días de gloria para Emaús fueron de corta duracion: habiendo la Tierra Santa caído de nuevo en poder de los infieles, estos asolaron aquel desgraciado país, no perdonando á las mismas piedras, que en gran parte fueron transportadas á Jerusalem para reparar sus murallas, por orden de Soliman II, hácia el año 1534, como lo veremos mas adelante; de manera que ahora del célebre burgo de Emaús apenas han quedado restos y ruinas: ruinas empero que, conservando aun trozos de murallas y piedras de gran dimension, atestiguan una antigua data, sirvieron y sirven aun hoy para reconocer el lugar donde Nuestro Señor renovó la consagracion de su divino cuerpo.

Habiendo los religiosos Franciscanos sucedido á los cruzados en la guarda de los santos Lugares, tuvieron un cuidado particular en venerar y visitar frecuentemente á Emaús, acompañando allí á los peregrinos y viajeros que recorrian la Palestina. Fr. Pantaleon, religioso portugués, en el cap. 74 de su *Viaje á Tierra Santa*, da cuenta de su peregrinacion á Emaús en estos términos: « A un poco mas de dos leguas de Jerusalem siguiendo la ruta del puerto del puerto de Jafa... se halla el burgo de Emaús, á donde nuestro divino Redentor fué el dia

de su resurreccion con dos de sus discípulos, á quienes se apareció bajo la forma de peregrino, siendo reconocido en la fraccion del pan, como lo refiere san Lucas. Este burgo, en tiempo de nuestro Redentor, estaba rodeado de murallas (villa cercada)... Muchos cristianos de Jerusalem acostumbran ir á visitar ese lugar en la octava de Pascua, y nuestros religiosos iban al principio, llevando consigo todo lo necesario para decir misa, que celebraban con toda la solemnidad que permite el tiempo y el lugar.

«El dia de hoy apenas del dicho lugar de Emaús existen algunos recuerdos: solo se conserva la memoria de la casa donde se detuvo nuestro Redentor con los dos discípulos, la cual despues fué convertida en capilla; pero esa casa está hoy dia destruida, y aun la capilla está medio arruinada: y en ella se dice la misa, teniendo cuidado de limpiar antes ese sitio, que en esa estacion suele estar cerrado y repleto de inmundicias. Cerca las ruinas de dicha capilla se hallan algunas casas de turcos, que en nada molestan á los religiosos cuando van alli, antes les ayudan á limpiarlo, á fin de recibir algun socorro.»

Pedro de la Valle, llamado el Peregrino, sábio orientalista, nacido en Roma en 1586, se embarcó en Venecia en 1614; visitó sucesivamente la Turquía, el Egipto, la Tierra Santa, la Persia y la India, empleando doce años en esos diferentes viajes, cuya historia escribió en forma de cartas dirigidas á su amigo Mario Schipano: en su carta 13, fecha de Alepo 15 junio de 1616, refiere su primera visita, ó mas bien su pasaje.

por Emaús, de la manera siguiente: «Continuamos marchando, viniendo de Ramle, hasta muy tarde, y nos paramos á pasar la noche cerca las ruinas de Emaús, lugar que entonces yo no reconocí, pues que, habiendo preguntado por su nombre, me respondieron que se llamaba Cubbebe, como en efecto lo llama la gente del país. No obstante, yo creí que debia ser alguna cosa notable; porque, á pesar de su actual ruina y de que no restan sino unas casas, ó mas bien cabañas de pastores, se ven sin embargo restos de muchos edificios, piedras magníficas, cisternas hechas á golpe de cincel en la roca viva que forma la montaña, sobre la cual está situada la aldea, rodeada de olivares y de terrenos hechos fértiles á fuerza de trabajo, y sostenidos sobre las rocas por medio de piedras en márgen, como se practica en las montañas de Génova.»

El mismo viajero da en seguida cuenta de la peregrinacion que algunos dias despues hizo á Emaús, en compañía de los Padres Franciscanos de Tierra Santa, diciendo: «El dia siguiente, que era el lunes de Pascua, los religiosos fueron, segun costumbre, á hacer la fiesta del dia á Emaús: todos los peregrinos los acompañaron, y yo me junté á ellos, creyendo que no habia estado allí. Sin embargo, el viaje fué bien empleado; porque saliendo de la ciudad y marchando por otra ruta diferente de la que habia hecho al venir á Jerusalen, ví muchas cosas notables que todavia no habia visto, á saber: á poca distancia de la ciudad, la torre en donde vivia el buen anciano Simeon, autor del cántico *Nunc dimittis*, etc.; mas lejos el valle del

Terebinto, que es el lugar donde David mató al gigante, y en el fondo del valle, cauce de un torrente sin agua, observé unas piedras blancas, muy propias para la honda, de las que se sirvió David en la pelea. Habiendo atravesado el valle, encontramos al otro lado los restos de una iglesia que habia sido construida en el mismo paraje donde Cristo, en figura de peregrino, se unió á los dos discípulos, y les dijo: *Qui sunt hi sermones*, etc.; y un poco mas lejos, sobre la ladera de una colina, vimos el lugar donde Absalon mató á su hermano, para vengar la injuria hecha á su comun hermana. Despues de la fuente que allí se encuentra, entramos ya en el camino que yo habia hecho, y habiendo llegado cerca de Emaús, en el alto de la montaña, reconocí el lugar, y que la aldea de Cubbebe era Emaús, donde yo habia pasado la noche que precedió mi llegada á Jerusalem. Llegados allí bajamos del caballo, y sobre las ruinas de una antigua capilla que yo todavía no habia visto, y que habia sido edificada en el mismo lugar donde los discípulos reconocieron á Cristo *in fractione panis*, los religiosos cantaron en nuestra presencia el Evangelio del dia con algunos salmos y oraciones. Despues remontamos á caballo, volviendo á Jerusalem por otra ruta, durante la cual vimos el paraje donde Josué detuvo el sol con sus oraciones, y donde aun se ven algunos restos de la antigua ciudad de Gabaon. Mas lejos, sobre la cima de una montaña, encontramos la torre del profeta Samuel, que creo fué enterrado allí.»

El P. Antonio del Castillo del convento de Be-

len hácia el año 1627, describió en su viaje titulado: *El devoto peregrino*, los lugares por los cuales se pasaba para ir á Emaús y las ruinas que se veían en su tiempo.

El P. Francisco Quaresmio, antes de la obra considerada con justa razon como la mas completa sobre la Tierra Santa, titulada: *Historica, theologica et moralis Terræ Sanctæ elucidatio*: dos volúmenes en fólío, publicada en Amberes en 1639, merece ser citada aquí muy especialmente. El estuvo en Tierra Santa antes del año 1618, pues en esta época ya fué nombrado presidente de la santa Custodia, como lo atestiguan los anales de Tierra Santa. Y conviene saber que los presidentes, eso es, los superiores interinos de Tierra Santa, no son nombrados por los Capítulos ó Ministros generales de la Orden de san Francisco, como lo son los reverendísimos Padres Custodios, ni tampoco por la sagrada Congregacion de Propaganda, ni se los toma de Europa para mandarlos nombrados á Jerusalem, como suele hacerse en los nombramientos de los Padres Custodios, á imitacion de lo que se hace con los obispos, que á veces son elegidos sujetos muy distantes de las diócesis que deben gobernar; sino que el venerable Discretorio de Jerusalem es quien tiene el derecho y el deber de elegir el Presidente de la santa Custodia, escogiéndolo de entre los religiosos mas virtuosos y capaces que ya están en Tierra Santa y que son ordinariamente los que durante largos años han dado pruebas notables de celo y de prudencia, cualidades tan necesarias para gobernar la santa Custodia. Hacemos esta

larga observacion sobre la presidencia del Padre Quaresmio, para que se vea cuán competente es su autoridad en la presente materia. Pues, suponiendo que él estuvo de Tierra Santa solo ocho años antes de su nombramiento de Presidente, esto es, en 1610, pudo fácilmente conocer en Emaús ó sus inmediaciones, y particularmente en Jerusalem, personas que habian visto transportar las piedras de Emaús, destruido á la Ciudad santa, bajo Soliman II: porque en casi todos los países pueden encontrarse personas de noventa y tres años; y como en aquel tiempo no se solian mandar misioneros menores de veinte y tres años á Oriente, es probable que Quaresmio, que murió muy anciano hácia el año 1650, se encontraria ya en Tierra Santa aun antes de 1600.

Oigamos, pues, qué dice sobre Emaús este autor venerable. En su obra citada le dedica tres capítulos; en el primero, parafrasea el pasaje evangélico: en el segundo, habla de Baalator manchado con la sangre de Amnon: y en el tercero, que merece toda nuestra atencion, dice así: «En el tiempo de los cristianos, cuando bajo Godofredo ocuparon Tierra Santa, Emaús tuvo un obispo, dependiente ó sufragáneo del Metropolitano de Cesarea (*Guillelmus Tir., Bello sacro, lib. 14, c. 12*). Mas en nuestro calamitoso tiempo, arrasada hasta el suelo, no conserva la forma de ciudad ni de castillo. Sus muchas piedras labradas y cuadradas fueron llevadas á Jerusalem, cuando cerca el año del Señor 1517, bajo Selim, emperador de los turcos, la santa Ciudad fué restaurada y ceñida de nuevos mu-

ros, según lo transmitieron los moradores de aquellas partes que vivían en aquella época, algunos de los cuales viven aun (nótese esta expresión, *quorum aliqui adhuc vivunt*). Actualmente solo aparecen fundamentos y ruinas que muestran claramente su antigua fortaleza y dignidad, y no solo en su mismo sitio, sino también por sus alrededores. Lo que se ve más íntegro es la casa en que Cristo con dos discípulos fué hospedado: casa que antes fué convertida en una hermosa iglesia, pero ahora se visita toda decaída: *collapsa visitatur.*»

Para no hacernos demasiado difusos, suspendemos aquí esta cita, suprimiendo el resto á nuestro pesar; añadiremos, sin embargo, que Quaresmio, continuando su relación y sus reflexiones sobre el Emúas evangélico, no ha omitido dejarnos al fin de su capítulo III una discusión muy extensa, tan cuerda como sabia, sobre la fuente milagrosa de que hablan Sozomeno, Guillermo de Tiro, Nicéforo y algunos otros escritores, aun modernos, como cosa existente antes de llegar á Emaús muy cerca de la encrucijada donde Cristo resucitado marchando con Cleofás aparentó que quería ir á una aldea mas lejana. Ved aquí las palabras de Sozomeno, tales como las trae Quaresmio:

«Antes de la ciudad, cerca de una encrucijada donde fluyen tres caminos, y donde Cristo después de resucitar de entre los muertos, caminando con Cleofás, hizo ademán de querer pasar á otra aldea vecina, hay una fuente saludable, que tiene la propiedad de curar no solo las enfermedades de los que se lavan en sus

aguas, sino tambien las afecciones mórbidas de los animales. Esta virtud se le atribuye por haberse detenido Cristo allí, segun ellos creen, un corto instante de paso, acercándose á dicha fuente con sus discípulos á lavarse los piés. Desde entonces esta agua tiene la virtud curativa.»

Quaresmio, como hombre piadoso, no se opone directamente á esa creencia devota; pero presenta las cuestiones y dificultades que ella presenta, y busca cómo resolver. Escritor modesto, él procura respetar la autoridad de los autores que cita; pero historiador exacto y concienzudo, manifiesta sin embozo su opinion contra la existencia de la tal fuente milagrosa. Deseando en esta circunstancia y en todo lo posible seguir el raro ejemplo de moderacion, de tacto y de cordura que nos ha dejado este ilustre escritor, hemos pasado en completo silencio, no solo lo que se ha dicho y escrito sobre la fuente milagrosa de Emaús, sino tambien la opinion, tan delicada como bien apoyada, que afirma que el Emaús evangélico es la Nicópolis de los romanos. Es por esta razon que no hemos mencionado la embajada que algunos autores han pretendido habersele encargado á Julio africano para el emperador Heliogábalo, con el objeto de obtener de él la reconstruccion del Emaús evangélico, hecho, segun ellos, la Nicópolis de romanos, y arruinada por un terremoto cerca el año 131 de Jesucristo.

Es igualmente por esta razon que no hemos querido hablar de la gloriosa victoria de Judas Macabeo sobre Lirias, general del ejército de Antíoco Epifanes (*I Mach.* iii, 40, 57, *et* iv, 3, 34),



que algunos creen haber reportado en las inmediaciones del Emaús evangélico, ni de la opinion emitida por otros que piensan haber tenido este Emaús el honor de haber sido elevado al rango de toparquia. Porque, á mas de ser estas cuestiones muy secundarias y casi ajenas á nuestro objeto, tememos que con la mejor intencion del mundo, el deseo de referir cosas maravillosas ha hecho quizás transportar las aguas termales del Emaús de Galilea, que tienen la propiedad natural de curar ciertas enfermedades humanas, y tal vez de los animales, al Emaús evangélico, para hacer aquí una fuente milagrosa. Puede ser que el ansia de hacer mas ilustre á este lugar sagrado haya inducido á ciertos escritores á atribuirle honores controvertidos. ¿Que acaso la reiteracion del gran misterio cumplido allí por Jesucristo el mismo dia de su resurreccion, no ha hecho bastante venerando ya al castillo de Emaús, para que necesite mendigar otros honores á su gloria?

Nosotros, pues, dejamos gustosos á esos escritores la responsabilidad de sus aserciones, concluyendo con Quaresmio: *In re dubia, judicet quivis quod probabilius judicaverit; ego quæ vidi et audivi, proposui*. En las cosas dudosas, tenga cada cual la libertad mas razonable: *In dubiis libertas*, dijo ya san Agustin; pero nosotros referimos lo que nosotros mismos hemos visto y entendido.

Volvamos ahora á nuestras citas y biografias.

El P. Eugenio Roger, misionero franciscano en el siglo XVII, estuvo cinco años en Palestina y compuso la obra interesante llamada: *La Tier-*

*ra Santa ó Descripción topográfica muy particular de los Santos Lugares, etc.*, impresa en París en 1664; y en su capítulo 17 dice: «La ciudad de Emaús, distante de Jerusalem, hácia Occidente, como dos leguas y media de un camino bastante agradable, en medio del cual se ve el sitio donde nuestro glorioso Salvador, en forma de peregrino, se apareció á dos discípulos que iban allí, preguntándoles qué conversaban y por qué estaban tristes; en ese lugar, pues, se construyó en lo sucesivo un buen monasterio, que aun ahora está medio demolido é inhabitado.

«En cuanto á la ciudad de Emaús, que quiere decir *consejo deseado*, habia sido erigida en obispado en tiempo de los cristianos; pero ahora ni un cristiano hay allí, y no es mas que una pobre aldea habitada por moros. Separado de esta, al lado del Mediodía, hay el castillo donde nuestro Redentor entró con sus discípulos, que despues sirvió de casa y de iglesia episcopal. Al presente no hay persona que la habite, aunque tiene algunas piezas, entre ellas la misma sala donde nuestro divino Redentor se dió á conocer á sus discípulos bendiciendo su pan; aun está entera. Allí van nuestros religiosos de Jerusalem el lunes de Pascua y cantan el Evangelio, y cuando el preste pronuncia estas palabras: «El tomó el pan, y lo bendijo,» da la bendicion á un pan, que rompe y reparté á toda la compañía, que lo conserva con devocion. Concluida esta ceremonia, vuelven á Jerusalem.»

Juan Doubdan, canónigo de San Dionisio, emprendió su peregrinacion á Tierra Santa en 1651, consagró á ella dos años, y publicó su

Viaje, en París, en 1661. El capítulo 14 de su obra está casi enteramente reducido á la historia y descripción de Emaús, y de él extractamos el fragmento siguiente: «Emaús, ó Emmaús, fué en otro tiempo una ciudad muy extensa, como se puede ver por las ruinas que quedan, y que se extienden algo léjos; estuvo situada en muy buen terreno, favorecida de toda suerte de recursos; pero ha corrido el mismo azar y fortuna de muchas otras que han sido arruinadas y reedificadas varias veces, como sabemos por la historia... De aquí viene que fuese reducida á un pueblito, ó aldea, que en alguna parte se llama castillo, como lo era cuando Nuestro Señor tocó allí con sus dos discípulos: *in castellum, nomine Emmaus*. Donde es preciso notar la distancia de este pueblo á Jerusalem, de sesenta estadios, que equivalen á dos leguas y media, para no confundirla con otro punto del mismo nombre que se halla cerca de Tiberias, del cual habla Josefo, como hemos notado antes, y donde hay unos baños muy soberanos para los enfermos.

«Mientras los cristianos fueron dueños de Tierra Santa, Emaús fué decorada con muchas iglesias, entre ellas la casa de Cleofás, uno de los peregrinos y discípulos, la cual Nuestro Señor convirtió en iglesia, y la consagró á su servicio, cuando él bendijo y rompió el pan, como dice san Jerónimo hablando de santa Paula, que fué á visitarla por devoción. Despues fué honrada con sede episcopal, sufragánea del arzobispo de Cesarea de Palestina. Y, como ya he dicho, su terreno era tan bueno y fértil, que los

cristianos, yendo á sitiar á Jerusalem, retiraron allí una parte de su ejército, á causa de las buenas aguas y pastos que le hallaron para la comodidad de los hombres y de los animales, como lo atestiguan los que han escrito de la guerra santa.

« Este pobre y desgraciado pueblo ha llegado á quedar tan desolado y destruido, que apenas se puede ver una casa en pié, no teniendo mas que unas chozas en que se cobijan estos pobres moros, que viven solamente de su ganado, que guardan en los campos vecinos, y que nos permitieron, agasajándolos, hacer á gusto nuestras devociones, de las cuales quisieron ellos ser espectadores con un gran respeto y silencio. Nosotros entramos en las ruinas de la capilla de Cleofás, de cuyo edificio no hay actualmente mas que un lienzo de gruesas y fornidas murallas, en el cual se ve aun una parte de piedras labradas de seis á siete piés de alto y mas de dos y medio de ancho; siendo el resto nada mas que piezas cuyas paredes están arruinadas y casi pulverizadas. Nosotros nos detuvimos allí como media hora rezando nuestras oraciones, y un religioso, vestido de alba y estola, cantó el Evangelio del dia y del pasaje referido por san Lucas; en seguida el Padre predicador hizo una corta pero devota plática sobre lo mismo.»

Juan de Thevonot, viajero francés, nacido en París en 1633, visitó la Inglaterra, la Holanda, Alemania, Italia, Asia Menor, Egipto, la Siria, la Persia y parte de las Indias. En su viaje, publicado en Amsterdam en 1667, dice lo siguiente relativo á Emaús: « Partimos de Jerusalem el

lunes 29 de abril, sobre las siete de la mañana, para ir á Emaús, distante dos leguas y media de Jerusalem; salimos por la puerta de Belen, y primeramente, á mitad del camino, nos hicieron notar el paraje donde Nuestro Señor se juntó á sus dos discípulos Cleofás y san Lucas (aunque Baronio no cree que san Lucas fuese el otro discípulo); en seguida encontramos á la izquierda la fuente donde bebieron juntos; y despues, como á las nueve, llegamos al castillo de Emaús, que es el lugar donde los discípulos reconocieron al Señor *in fractione panis*. Dicho lugar está todo arruinado, con algunos vestigios del castillo antiguo, entre los cuales se ve una capilla medio arruinada: uno de los religiosos vestido de alba y estola, en ese mismo lugar donde estuvo la casa de Cleofás, leyó el propio Evangelio. Despues comimos cerca de la fuente; y habiéndonos despedido de los religiosos que nos habian acompañado para ver este lugar, partimos sobre las diez, tomando el camino de Rama para ir á Jafa, embarcarnos para Acre, y de allí para Nazaret.»

El P. Mariano Morone, milanés, nombrado Custodio de Tierra Santa en 1652 y reelecto en 1655, en su viaje: *La Tierra Santa nuevamente ilustrada*, donde copia y compendia á Quaresmio, dice esto sobre Emaús: «Allá van todos los años los religiosos de Jerusalem con los peregrinos, el lunes de Pascua, cuyo evangelio es el de san Lucas, y lo cantan en la misma capilla que fué antiguamente la casa de Cleofás, aunque ella está en parte arruinada: hacen tambien un pequeño discurso, y conclu-

yen rezando las oraciones prescritas para ganar la indulgencia plenaria concedida á este santo lugar, *in perpetuum.*»

Estos escritores y viajeros que acabamos de citar pertenecen al siglo XVII; del XVIII tenemos al P. Naut, jesuita, y muchos otros autores de diferentes naciones, todos los cuales nos han dejado noticias importantes sobre Emaús, su santuario y la ruta que allí conduce; probando muy claramente que el santuario tan felizmente reconocido y mostrado á todo el mundo desde el 22 de febrero de 1852, rescatado de mano de los infieles el 24 de mayo de 1861, es sin duda la antigua habitacion de Cleofás, donde el Salvador se dignó quedarse y renovar el inefable misterio de su precioso cuerpo: habitacion que, por un admirable rasgo de la Providencia, ha quedado sola en pié en medio de las ruinas que aun se ven, mientras que tantos edificios sólidos y magníficos que en otro tiempo realzaban al famoso Emaús han desaparecido completamente.

Debemos notar que desde el año 1760 se tuvo el dolor de ver interrumpidas las piadosas y consolantes visitas á Emaús, á consecuencia de las guerras intestinas de tribu á tribu, de raza á raza, que desolaron por mas de ochenta años aquellas comarcas. De los mismos anales de Tierra Santa se desprende que en todo aquel período no pudo hacerse la peregrinacion solemne á ese lugar sagrado. Pero á pesar de esta interrupcion de las peregrinaciones en tan largo espacio de tiempo, á pesar de las dificultades para restablecerlas, á pesar de la confusion penosa que algunos escritores han hecho de los

tres Emaús, á pesar de las ruinas que cubrían y ocultaban enteramente el lugar donde estuvo la casa de Cleofás, hay una cosa bien notable y consolante, y es que ese Santuario venerable jamás fué perdido de vista. Los Franciscanos de Tierra Santa no cesaron de pensar en la dicha de volverlo á recobrar y venerar: cuando los peregrinos les preguntaban por él, no podían menos de contestarles que estaba allá... indicándoles la montaña de San Samuel, diciéndoles: «Debe estar por ahí, cerca de esa colina; pero ahora sería peligroso ir allá.» Sin embargo, algunos viajeros atrevidos y los Franciscanos no menos intrépidos visitaron á Emaús de tiempo en tiempo, hácia fines del siglo pasado y principios del presente; pero eso no se verificaba sin riesgo, sin fatigas y sin penas. Mas despues de la ocupacion de Palestina por las tropas de Ibrahim-Bajá, los peligros casi han desaparecido: y decimos casi, porque las guerras intestinas de tribu á tribu se renuevan frecuentemente, aun en estos últimos tiempos. ¡ Cosa notable! por estos paises se puede viajar con tanta seguridad como en Europa, siguiendo empero las rutas frecuentadas; porque si os desviais, aunque sea en corta distancia, para ver aldeas y pueblecitos, os exponeis á grandes peligros. El fanatismo musulman es mas ciego y feroz en esos pueblos que en las grandes ciudades: así es que ahora, sin muchas dificultades, se entra en la mezquita de Santa Sofia de Constantino- pla y en la de Omar en Jerusalem; pero es imposible que un cristiano entre en el Hebron. Decimos esto para que se vea que las dificulta-

des para exploraciones han persistido y persisten á veces: y sobreponiéndose á esas dificultades el P. Alejandro Bassi pudo llegar á Emaús en 1846. Pero como él no encontró allí mas que ruinas y escombros que cubrían el santuario, publicando despues en 1856 su notable *Pellegrinaggio storico e descrittivo di Terre Sancte*, en Turin; los religiosos Franciscanos, hermanos suyos, que, como él dice, no habian podido entonces indicarle la ruta precisa para ir á Emaús, quedaron en la misma duda y oscuridad primera sobre el punto fijo donde se hallaban las ruinas de Emaús.

Para salir de esa duda se han hecho diferentes esfuerzos, en diferentes ocasiones, para volverlo á encontrar, y particularmente á fines del año 1851 y principio del 52 algunos religiosos, animados con la bendicion de su superior, se pusieron en busca del venerable santuario con gran cuidado y perseverancia. Sus excursiones é investigaciones primeras fueron infructuosas; porque no era tan fácil reconocer aquellas santas paredes, casi enteramente cubiertas bajo los escombros de los edificios vecinos; escombros casi de un aspecto uniforme con otros que mirados de lejos no se distinguen bien de los que están esparcidos por los montes y valles de Judea. Hubo un momento en que estos buenos religiosos creyeron poder cantar victoria, tomando por el lugar que buscaban un pueblecito llamado Beit-Zurig; pero las señas de la antigua ruta y los senderos modernos que van á dar á ese punto, en nada concordaban con las antiguas descripciones, y por otra parte ningun



vestigio de santuario existia en Beit-Zurig. Se reconoció, pues, la equivocacion, y se repitieron nuevas pesquisas en los dias siguientes. En fin, el 21 de febrero de 1852, cuatro religiosos Franciscanos, Fr. Remigio de Cereto, Fr. José Valverde, Fr. Serafin de Rocca Sealenga y fray Gargano, se encaminaron hácia las montañas de Judea, animados de un ardiente deseo y de una firme esperanza de encontrar el santuario, oculto aun á los mas de los peregrinos. Su esperanza no fué burlada: despues de haber andado mas de nueve horas, al caer la noche llegaron á un lugar que un paisano, encontrado por ellos en esas alturas, les habia designado como debiendo ser el objeto de sus investigaciones. Al amanecer del dia siguiente lo reconocieron bien, y examinando una á una las señas dadas por un antiguo manuscrito que traian consigo, seguros ya de haber dado con el blanco de sus ansiosas investigaciones, el corazon rebosando de santa alegría besaron con respeto aquel suelo consagrado por el Salvador del mundo, teniendo el gozo inmenso de elevarle sus súplicas en lugar tan santo.

Apenas la dichosa nueva habia llegado á los religiosos de Jerusalem, cuando fué confirmada por un nuevo testimonio, cuya concordancia atestigua la autoridad. El otro dia 23 de febrero, el P. Manuel Forner, misionero apostólico, al cual debemos sábios esclarecimientos sobre la situacion de algunos lugares biblicos, salia, sin haberse concertado con los cuatro religiosos antedichos, del convento de San Juan *in Montana*, acompañado solamente de Fr. Salvador Gisner,

para ir tambien en busca y descubierta de Emaús. Llegados al paraje donde, segun la tradicion, el Salvador encontró los dos discipulos, buscaron la colina, el cáuce del torrente, las ruinas de la iglesia y la fuente, mencionadas por Pedro del Valle y otros escritores: todo fué sucesivamente reconocido; pero como solo estaban á la mitad del camino, continuaron, y despues de unos veinte minutos de marcha llegaron á las ruinas de Baalator. Allí un viejo musulman, encontrándose con ellos, les besó la mano, les saludó con respeto, les preguntó dónde iban y qué buscaban. — Buscamos, le respondió el P. Manuel, á Emaús, que debe estar cerca de un pueblecito que vosotros llamais Cubbebe. — Bien, replicó el viejo, ese era precisamente una ciudad de los Francos, un lugar que os pertenecia, donde los cristianos venian antiguamente á orar. Y no sé por qué ellos no vienen mas. — ¿Y de quién sabeis vos esas cosas? le preguntó el misionero. — De mi padre y de mi abuelo, y además, añadió el turco, esto es una tradicion constante entre nosotros. Andad, pues, y volved de ese lado (mostrándoles el Norte), y hallaréis el sitio que buscáis.

Los religiosos recompensaron al buen viejo, y tomando la ruta que él les habia indicado, encontraron efectivamente á dos millas de allí, cerca de la aldea de Cubbebe, entre montones de ruinas, el verdadero santuario de Emaús, que la vispera habia sido reconocido y venerado por los otros religiosos. Y como si el cielo hubiese querido que nada faltase á su conviccion, otro viejo musulman que estaba en la

puerta de su cabaña les repitió lo mismo que les habia informado el precedente, añadiéndoles que no debian extrañar si encontraban tan pocas ruinas del antiguo pueblo de Emaús, porque las piedras mas grandes habian sido transportadas á Jerusalem, para reparar sus muros, en tiempo de Soliman. Así se encontró confirmado sobre el mismo lugar, despues de tanto tiempo, lo que el P. Quaresmio habia sabido de testigos oculares al principio del siglo XVII, como hemos visto antes.

Maravillados de esta coincidencia y de ver todas las pruebas desarrollarse por sí mismas á su vista, por decirlo así, los dos religiosos, llenos de emocion y de reconocimiento, se arrodillaron y dieron en alta voz gracias al Señor, que habia oido sus deseos y bendecido visiblemente su empresa.

En los dias siguientes fué un placer para los religiosos de Jerusalem y de San Juan el ir á visitar el encontrado santuario: despues el reverendísimo Padre Custodio de Tierra Santa; Bernardino de Montefranco, general de la Orden franciscana; Mons. Bartolini, prelado romano muy distinguido; Mons. Spaccapietra, arzobispo de Ancira y visitador apostólico en el patriarcado de Jerusalem en 1860; el Conde de Chambord con toda su comitiva, y otros muchos personajes distinguidos por su rango y por su piedad visitaron á su vez este lugar tan grato á los corazones cristianos.

La antigua peregrinacion fué restablecida por los Padres Franciscanos de Tierra Santa despues de 1852, con solo el cambio del dia, susti-

tuyendo el jueves de Pascua al lunes de la misma semana; siendo dicha peregrinacion una de las mas interesantes de Tierra Santa. Se empieza en el mismo lugar donde Jesucristo, en forma de peregrino, se apareció á los dos discipulos, y se sigue el mismo camino que él anduvo con ellos hasta el castillo de Emaús. Llegados allí, los sacerdotes celebran la santa Misa en la sala tan providencialmente conservada; uno de ellos revestido de sobrepelliz y estola canta en seguida el Evangelio relativo al milagro, y se termina rezando las oraciones prescritas para ganar las indulgencias concedidas al santuario *ab antiquo*, y confirmadas por Pio IV, como consta del bulario de Tierra Santa.

Concluida la ceremonia religiosa los peregrinos hacen una pequeña colacion, que parten con los pobres habitantes del país, segun la constante y caritativa costumbre de los religiosos en todos sus peregrinaciones. De vuelta suele visitarse la mas alta colina de estas inmediaciones, donde hubo una gran iglesia fabricada por los cruzados, transformada ahora en mezquita, en la que se venera la memoria del santo profeta Samuel, cuya tumba os pretenden mostrar los actuales musulmanes.

Desde esa época la peregrinacion de Emaús se ha continuado regularmente una vez al año, sin alguna oposicion; aunque el santuario continuaba sujeto en poder de los turcos, quienes, muy á pesar de los cristianos, se servian de él como de un establo comun á toda la aldea. En los últimos años se hicieron muchas tentativas para recobrar tan preciosos restos, pero to-

das inútilmente; y de temer era que mas tarde pasasen á manos de los cismáticos, cuando plugo al Señor oír los votos de sus fieles siervos. El 24 de mayo de 1861, una persona enteramente dedicada á los santos Lugares, desembolsando una gruesa suma, adquirió el antiguo santuario, con sus ruinas y una cierta porcion de terreno adyacente, con intencion de restaurarlo y de restablecerlo para el culto divino. Se empezó luego á despejar las ruinas, y se fué reconociendo cada vez mas claro que el santuario adquirido era sin ninguna duda la antigua y célebre casa de Cleofás.

En apoyo de los testimonios ya citados, recordaremos el del jesuita P. Nau, cuyo viaje se imprimió en 1744. «Al presente, dice hablando de Emaús, no hay mas que una sola cosa entera; la iglesia, que hace siete ú ocho años aun tenia algunas paredes, y se acaba de perder. No se ve mas que una confusion de piedras revueltas las unas sobre las otras, excepto en el ángulo de esas ruinas, donde se encuentra una larga sala abovedada, donde hay algunas prensas de hacer aceite.»

Esa sala, cuyo longitud es de 17 metros, su anchura de 5 metros 90 centímetros y su altura de 5 metros 50 centímetros, ha sido recobrada en nuestros dias tal cual ella fué descrita por diferentes autores de los siglos pasados: todavía se ven las fuertes y gruesas paredes con la portada de piedras de corte señaladas en 1652 por el canónigo J. Doubdar, lo mismo que los lagares para aceite notados en 1742 por el jesuita Naut. Además, vaciando la sala de la tier-

ra y escombros que casi la cubrían enteramente, se han hallado dos piedras sepulcrales colocadas contra las paredes, frente por frente la una de la otra; una de ellas, perfectamente conservada, está labrada á lomo de asno, y tiene en uno de sus frontones una cruz latina como de 20 centímetros de alto, esculpida en relieve.

Esta última ¿seria tal vez la losa de la tumba de Cleofás, martirizado por los judíos y enterrado en su propia casa, como trae el Martirologio romano el 24 de setiembre? *Septimo kalendas octobris... In castello Emmaus natalis beati Cleophæ Christi discipuli, quem tradunt, in eadem domo, in qua mensam Domino paraverat, pro confessione illius a Judæis occisum, et gloriosa memoria sepultum.* Nosotros no nos atrevemos á avanzarlo, ni aun á indicarlo como probable; pues esa lápida no parece remontar á una época tan lejana, y mas bien parece ser del tiempo de los cruzados. Pero nosotros esperamos que las excavaciones que deben aun hacerse esclarecerán muchos puntos. Ya entre los escombros se han encontrado monedas de la época de los cruzados, y una de ellas lleva las cinco cruces de Jerusalem: es de esperar que se encontrarán otras que servirán de datos mas explicitos sobre la historia y las vicisitudes del venerable santuario.

En resúmen: siendo su distancia de Jerusalem la de sesenta estadios, como lo nota el Evangelista; su posicion al Oeste algo inclinado al Norte, como lo indican los geógrafos y arqueólogos mas exactos, tanto antiguos como modernos; las peregrinaciones del lunes de Pascua desde *ab antiquo* y constantemente hechas á es-

te punto, como lo demuestran los relatos de muchos autores y los Anales de Tierra Santa; las relaciones de los peregrinos, cuya mayor parte cuidan de notar que yendo, ó mejor volviendo de Emaús, han visitado el monte de San Samuel, cuyo coronado edificio es como el faro de Judea, y solo dista de Emaús cerca diez y nueve estadios; la tradicion constante, en fin, de las gentes del país, que están acordes en decir sin titubear, mostrándoos un sitio vecino todo cubierto de ruinas, designado por ellos con la palabra árabe de *El-Kenicé* (la iglesia): «Alli estaba la iglesia de los cristianos;» é indicándoos la sala: «Aquí es el lugar donde Saied na Jssa (Nuestro Señor Jesucristo) ha comido, y donde los cristianos venian antiguamente á orar;» todo demuestra claramente que esta misma sala, reconocida en 1852, es el verdadero santuario de Emaús, el mismo paraje donde estuvo la casa de Cleofás, y como un segundo cenáculo donde Jesús resucitado consagró y dió su divino cuerpo á los dos felices discipulos que lo reconocieron *in fractione panis*.

Mas la obra está incompleta: resta aun por restaurar el santuario arruinado por el tiempo y el fanatismo musulman, y por edificar á su lado una habitacion para los que deberán guardarlo y servirlo, recibir á los peregrinos y auxiliar á los pobres moradores de estos parajes, particularmente á los de Cubbebe, que lejos de mostrarse hostiles á los cristianos, les han invitado muchas veces á venir á establecerse en medio de ellos, contando que serán asistidos, sobre todo en sus enfermedades.

Hemos puesto la esperanza en la Providencia divina, y los trabajos se han emprendido: las cisternas descubiertas debajo las ruinas han sido limpiadas y restablecidas (una de ellas es muy grande, cortada en la roca, seguramente una de las observadas por Pedro del Valle); las antiguas y grandes piedras esparcidas por aquel contorno se han reunido, la reparacion del santuario se ha comenzado, empleando en el trabajo á los pobres musulmanes del pais, con el objeto de familiarizarlos y de disponerlos á recibir el tesoro de la luz evangélica.

Creemos de nuestro deber el recomendar esta santa empresa al cielo y á las oraciones de las personas piadosas, para obtener que el comun enemigo del bien no la trastorne, por las tergiversaciones habituales de los turcos, ni por los celos de los pueblos vecinos de Cubbebe, ni por otros obstáculos; y que si hay todavía algun punto por esclarecer, se esclarezca todo cuanto antes. La recomendamos además á fin de que, habiéndose obtenido las mas completas aprobaciones, desaparezcan todos los inconvenientes, y que el santuario de Emaús sea cuanto antes restaurado, dignamente servido, especialmente por la celebracion diaria del santo sacrificio de la misa, y que vuelva á ser tan visitado como profundamente venerado por los piadosos peregrinos.— ¡*Faxit Deus!*



## NOTA.

---

Muchas personas deseosas de ir á Jerusalem se arredran porque les parece muy difícil y costoso el tal viaje; siendo en realidad fácil y de poca monta poder satisfacer sus piadosos deseos.

Bueno seria, pero no necesario, que el devoto visitante de Tierra Santa se procurase una recomendacion del Comisario ó encargado de los santos Lugares, ó bien de alguna persona allá conocida; porque siempre facilita la introduccion. Pero no es preciso, repito, porque todo peregrino ó visitante, desde que pone el pié en aquellas playas hasta que sale de ellas, es bien recibido y atendido en todos los hospicios y conventos, viajes y visitas por los religiosos Franciscanos encargados de su custodia, entre los cuales suele haber siempre algun español. Y como por lo regular suelen haber otros viajeros, rara vez se viaja solo, sino acompañado, con mozos, dragoman ó genizaro para mayor seguridad.

En los lugares menores se puede estar tres dias, y en Jerusalem un mes, para poder ver tantas cosas notables de dentro la ciudad y de sus alrededores; y en todas partes, en vez de fondas, hallará hospedería con cama limpia, comida decente y atentos encargados, que nada le exigirán; si bien la prudencia y la caridad dictan el gratificar tanto esmero y tanto gasto para la conservacion de los santuarios y la asistencia de los pobres y peregrinos. Así es que al despedirse cada uno suele dar una limosna y las gracias.

La ruta mas fácil para ir á Jerusalem es la de

Marsella, de cuyo puerto salen semanalmente vapores que tocan en Civitavecchia, Nápoles, Mesina, Alejandria y Jafa, puerto de Jerusalem. En segunda clase se va con comodidad, con 2,000 reales poco mas ó menos de ida y vuelta. Los gastos de allá, en viajes, mozos, animales, bacchis ó regalillos, podrán ascender á otros 2,000, que con la gratificación ó mas bien limosna, que cada uno suele hacer segun sus recursos, puede realizarse el viaje de ida y vuelta con 6,000 reales, ó sean 300 duros. Suma que se gasta cualquiera que va y vuelve de París, por pocos dias que se detenga en aquella pequeña Babilonia.

Tambien se puede ir con mas economía, tomando el pasaje de tercera clase; pero es muy incómodo. Tambien podrian hacerse en Palestina las visitas á pié; pero es cosa muy pesada, morosa y expuesta.

Los que tienen tiempo y dinero suelen aprovechar, como de paso, la oportunidad de los vapores y carriles para visitar Constantinopla, Atenas, Roma, Florencia, Milan, Génova, Turin, etc., etc. Pero esto no entra en el presupuesto del viaje á Tierra Santa, sino como gastos extraordinarios que cada cual debe calcularse bien, para no encontrarse con chascos pesados fuera de su patria. El que visite el sepulcro de Jesucristo tenga la caridad de acordarse de este pobre pecador.

FIN.

# ÍNDICE.

PÁG.

## I.

Introduccion. — Salida de Roma. — Llegada á Alejandria. — Nuestra iglesia. — Ferro-carril. — Gran-Cairo. — Nuestro convento. — Mezquita. — Cairo viejo. — Cementerio. — Entierro turco. — Boda. — Fuentes. — Monjas. — Regreso. — Abdel-Kader. . . . .	5
--	---

## II.

Vista de Jafa. — Su puerto. — Hospicio. — Iglesia. — Mezquita de San Pedro. — Escuela. — Beaterio. — Bazar. — Fuente. — Mercado. — Sicomoro. — Camellos. — Camino de Ramle. — Torre de los 40 Mártires. — Ruinas. — Hospicio. — Iglesia. — Religiosos. — Palmera. — Parra: sus uvas. — Camino de Jerusalem. — Latroum. — Feracidad de la tierra. — Iglesia de los Macabeos, de Jeremías. — Colonia. — Terebinto. . . . .	24
--	----

## III.

Llegada á Jerusalem. — Iglesia del Santo Sepulcro. — Piedra de la uncion. — Devocion que se siente. — Construccion. — Nuestra capilla y conven-	
---	--

tito.—Calvario.—Altarcito de la Dolorosa.—Salida.—Bazar.—Sus gentes.—Reflexiones. . . 41

#### IV.

Viaje á San Juan.—Visitacion.—Convento.—Santuario.—Padre Radó.—Cantores indios.—Visperas, Procecion, Devocion, Magnificat.—Precauciones.—Monjas del monte Sion.—Ratisbona.—Desierto de San Juan, Gruta, Fuente, Sepulcros, etc., etc. . . . . 55

#### V.

Capilla de la Flagelacion.—Celdas para los devotos.—Getsemaní.—Sepulcro de la Virgen.—Olivos.—Piedra de santo Tomás, cerca de la Virgen.—Viri Galilæi.—Huella de Jesucristo.—Vista del Olivete.—Lugar del *Pater noster* y *Credo*.—Vista de Jerusalem.—Sepulcro de los judíos, de Josafat, Zacarías, Siloé.—Piedra del Cedron.—Fuente de la Virgen.—Monte del Escándalo.—Pozo de Nêhemias.—Cueva de San Pedro.—Haceldama.—Santiago.—Cambio de esa iglesia.—Casa de Anás, Sion, Cenáculo, etc. . . . 70

#### VI.

Capilla de la Dolorosa.—Id. del Pasmó: su sacerdote.—Lamartine.—Betania, piedra, sepulcro de Lázaro.—Casa de Simon.—Monasterio antiguo.—Betfage.—Higuera maldita.—Camaleon.—Gruta de Jeremías.—Sepulcros de los Reyes.—Ciudadela rusa.—Visitacion entredicha.—Belen, sus cercanías.—Fons signatus, estanques de Salomon, Hortus conclusus.—Monjas de San José.—Regreso y cosas notables. . . . . 90

## VII.

Religiosos del santísimo Sepulcro.—Procesion á las capillas.—Capilla de la Invencion.—Cúpula, griegos, etc.—Via-Crucis.—Salida de Jerusalem.—Emaús.—Lida, su Cura.—Leprosos.—P. Forner.—Versos del Jordan. . . . .	120
--	-----

## VIII.

El Carmelo.—Tolemaida.—Ciofamar.—Safuri.—Nazaret y sus notabilidades.—El Tabor.—Naim.—Débora.—Saruni.—El Jordan.—Emaús.—Tiberias.—Betsaida.—Cafarnaum.—El mar de Galilea.—Pan y peces.—Betulia.—Bienaventuranzas.—Espigas.—Caná.—Carmelo.—Daor.—Cesarea.—Amjalet.—Jafa.—Regreso. . . . .	146
Apéndice sobre las casas, parroquias, escuelas, oficinas, cristianos, limosnas y su inversion en Tierra Santa. . . . .	195
Noticias históricas sobre el célebre santuario de Emaús. . . . .	203
Nota. . . . .	237

Relaciones del arzobispo Español — Troncoso  
de España — (siglo de la Inquisición — España)  
relaciones de — Vitoria — España — (siglo de la Inquisición)  
— España — (siglo de la Inquisición) — España — (siglo de la Inquisición)  
— España — (siglo de la Inquisición) — España — (siglo de la Inquisición)

El Correo — Telemaco — Cicerón — Séneca  
Narciso y sus discípulos — El Telemaco — Séneca  
— Telemaco — Cicerón — Séneca — El Telemaco  
Telemaco — Cicerón — Séneca — El Telemaco  
Telemaco — Cicerón — Séneca — El Telemaco  
Telemaco — Cicerón — Séneca — El Telemaco

Apéndice sobre las cosas que se han escrito  
de las cosas que se han escrito en la Inquisición  
de las cosas que se han escrito en la Inquisición  
de las cosas que se han escrito en la Inquisición  
de las cosas que se han escrito en la Inquisición  
de las cosas que se han escrito en la Inquisición

## BIBLIOTECA FRANCISCANA.

**Revista franciscana.**—Publicacion mensual destinada á la propagacion de la venerable Orden Tercera de penitencia del seráfico Padre san Francisco de Asis, dirigida por el M. R. P. Fr. Ramon Buldú, provincial de la Orden.

Sale el 4 de cada mes en entregas de 82 páginas. Precio: España, 12 reales al año.—Cuba y Puerto-Rico, 20.—Filipinas, 24.—Extranjero, 30.

**Manual de la Tercera Orden de nuestro seráfico Padre san Francisco de Asis.**—Contiene: la historia, origen, excelencias de dicha Tercera Orden, la santa Regla y los Estatutos aprobados por el Capítulo general del año 1688, y sancionados de nuevo por el último Capítulo general celebrado en Roma en el año 1868; el ceremonial para la toma de hábito y profesion; y finalmente, algunas devociones y ejercicios piadosos y peculiares de la Orden seráfica. Publicado por disposicion del muy reverendo P. Fr. Ramon Buldú, ministro provincial de Cataluña. Con aprobacion de la autoridad eclesiástica.

Esta obra que consta de 350 páginas, con un grabado del seráfico Padre, y buena impresion, solo cuesta en Barcelona 5 reales el ejemplar en rústica, y 7 en piel de color ó relieve. Fuera, 6 y 8 reales respectivamente. Por cada diez que se tomen se dan dos gratis en rústica ó uno encuadernado.

**Pequeño Manual de la Tercera Orden seráfica,** que contiene aquellos conocimientos que son indispensables á todo Hermano.—Véndese á real cada ejemplar: por cada diez se dan dos gratis.

**La Corona de las siete alegrías de la santísima Virgen, y el santo ejercicio del Via-Crucis.**—Un ejem-

plar en rústica, 4 real. Encuadernado en percalina 2 y medio reales. Tomando 10 se dan dos gratis en rústica ó uno en percalina.

**La Tercera Orden, por Mons. Segur.**—Precio: un ejemplar 60 céntimos de real, ó sean 5 cuartos. El ciento, 60 rs.: por cada diez se remiten dos gratis.

**Indulgencia de la Porciúncula.**—Reseña histórica de esta admirable indulgencia con una sencilla instruccion para aprovecharse de tan inestimable tesoro. — A 40 rs. el ciento y 6 cuartos el ejemplar. Por cada diez ejemplares se dan dos gratis.

**Patentes para la profesion de los Hermanos de la venerable Orden Tercera con un grabado del seráfico Padre bendiciendo á Fr. Leon.** Véndense á 18 rs. el ciento, 2 rs. la docena y 2 cuartos una.

**Devoto quinario con que se excita á la piedad cristiana á venerar las llagas del seráfico Padre san Francisco.**— A 70 rs. el ciento y 6 cuartos el ejemplar: por cada diez se remiten dos gratis.

**Novenas de san Antonio de Padua; de santa Clara; de san Francisco de Asis, y de la Inmaculada Concepcion de María santísima.**— Véndense á 70 rs. el ciento 6 cuartos el ejemplar: por cada diez se remiten dos gratis.

**La bendicion de san Francisco de Asis.**—Preciosa lámina grabada al acero. Véndese á real una y 10 rs. docena. Se remite á cualquier punto de España á 10 cuartos una y 12 rs. docena.

Edicion económica de la misma lámina, á 6 rs. el ciento y real la docena; franco el porte en España.

La misma en fotografías tamaño de sello, á real y medio la hoja.

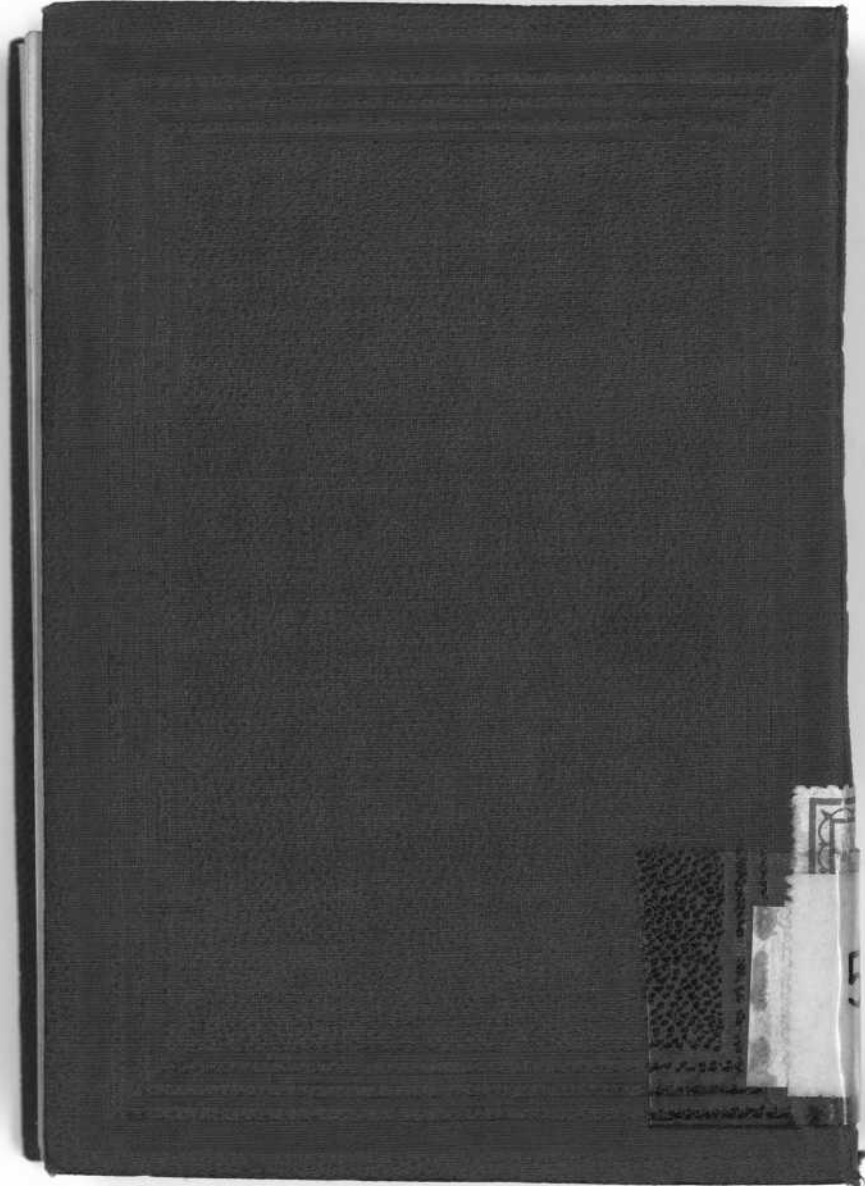
Dirigirse al señor Administrador de la *Biblioteca popular*, calle del Pino, 5, bajos, Barcelona.











VISITA

A

TIERRA SANTA

5675